

MONS. FERNANDO OCÁRIZ BRAÑA, PRELADO DEL OPUS DEI

CARTAS, MENSAJES Y ENTREVISTAS

[De la página web del Opus Dei](#)

ÍNDICE

CARTAS Y MENSAJES

[31 de enero de 2017](#)

Primera carta de Mons. Fernando Ocariz a los fieles del Opus Dei. En ella, rememora lo vivido desde el pasado 23 de enero, agradece las oraciones por su persona y recuerda a Mons. Javier Echevarría.

[14 de febrero de 2017](#)

La carta pastoral recoge las conclusiones del último Congreso general, celebrado el pasado mes de enero.

[5 de abril de 2017](#)

Ante la cercanía de la Semana Santa, el Prelado recuerda la centralidad de Jesucristo en la vida del cristiano.

[10 de mayo de 2017](#)

Mons. Fernando Ocariz invita en este mensaje a acompañar al Santo Padre en su viaje a Fátima con la oración y con el amor atento a quienes nos rodean.

[4 de junio de 2017, Solemnidad de Pentecostés](#)

Familias que salen adelante unidas, que ayudan a otras familias, y que se dejan ayudar. En esta carta, el Prelado propone algunas líneas para seguir cuidando de la familia, lugar nativo del amor.

[7 de julio de 2017](#)

Dios espera de los cristianos que llevemos a todos el Evangelio: en su pureza original y en su novedad radiante, con fidelidad y con audacia.

[15 de agosto de 2017, festividad de la Asunción de la Virgen María.](#)

El Opus Dei es una familia, y una familia que no se cierra en sí misma, sino que hace familia a su alrededor, abriéndose a las necesidades materiales y espirituales de todos.

[24 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de la Merced](#)

“¿Qué buscáis?”, dice Jesús a los jóvenes. Si les ayudamos a crecer sanos y fuertes de corazón, podrán escuchar su llamada: “venid y veréis”.

[Mensaje del Prelado \(10 de octubre 2017\)](#)

La de un cristiano es una fidelidad agradecida, porque no somos fieles a una idea sino a una Persona: «Jesús, ¡qué bueno eres, qué bueno!».

[Mensaje del Prelado \(1 de noviembre 2017\)](#)

Sí, es posible estar contentos en medio de incertidumbres, problemas, preocupaciones... Transmitamos a todos la alegría que Dios nos da.

[9 de enero de 2018, aniversario del nacimiento de san Josemaría](#)

«Quiero dejaros como herencia el amor a la libertad y el buen humor», decía san Josemaría. Al hilo de sus enseñanzas, esta carta del Prelado invita a agradecer esa herencia y a reflexionar sobre el don de la libertad.

ENTREVISTAS

[“La vitalidad en la Iglesia depende de la apertura total al Evangelio”](#)

Entrevista de Alfonso Riobó al Prelado del Opus Dei, monseñor Fernando Ocáriz, publicada por la [Revista Palabra](#)

[“Toda misión de liderazgo debe ser de servicio”](#)

El 23 de enero, el papa Francisco nombró a monseñor Fernando Ocáriz prelado del Opus Dei, convirtiéndose así en el nuevo Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Pocas semanas después concedió esta entrevista a la revista de Antiguos Alumnos del IESE.

[«Son tiempos para abrirnos a la acción de Dios»](#)

Versión íntegra de la entrevista al Prelado del Opus Dei publicada por el periódico portugués “Jornal de Noticias”.

[«El trato de persona a persona es el mensaje para la nueva evangelización»](#)

Y “ese es el impulso misionero que la Obra puede aportar, ese trato de persona a persona, la evangelización de persona a persona”, ha explicado el nuevo Prelado del Opus Dei en una entrevista de José Luis Restán y Eva Galvache en el programa ‘El Espejo’, de COPE (España).

[«El Opus Dei también desea estar “en salida”»](#)

El pasado mes de enero, el papa Francisco nombró prelado del Opus Dei a Mons. Fernando Ocáriz Braña (París, 1944). Se convierte así en el tercer sucesor de san Josemaría al frente de la prelatura, tras el fallecimiento de Mons. Javier Echevarría, el pasado 12 de diciembre. (Encarni Llamas Fortes – Diócesis de Málaga).

[«Podemos “tocar” a Jesús vivo en todas las ocasiones de la existencia ordinaria»](#)

Entrevista de Teresa Gutiérrez de Cabiedes a Mons. Fernando Ocáriz, publicada recientemente en el semanario español «Alfa y Omega».

[«Queremos llevar el amor de Dios al ancho mundo del trabajo»](#)

“La única ambición del cristiano, aunque no sea miembro del Opus Dei, es mostrar cómo la esperanza cristiana responde a los deseos humanos de felicidad”, afirmó Mons. Fernando Ocáriz en la entrevista publicada el pasado 8 de noviembre en el semanario belga ‘Tertio’.

31 de enero de 2017

Primera carta de Mons. Fernando Ocáriz a los fieles del Opus Dei. En ella, rememora lo vivido desde el pasado 23 de enero, agradece las oraciones por su persona y recuerda a Mons. Javier Echevarría.

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Comprenderéis la emoción con que os escribo llamándoos por primera vez hijas e hijos míos. Desde la misma noche del lunes 23, vuestras hermanas y hermanos de Roma empezaron a llamarme Padre. Lo hicieron con una naturalidad y una espontaneidad que me sorprendían y conmovían. Yo en cambio he tardado, casi una semana, en animarme a llamarles alguna vez hijas e hijos, pues me siento confundido, a la vez que doy gracias por esa fidelidad valiente y sencilla. Somos todos hermanos en Jesucristo, a la vez que ahora soy Padre de esa multitud que forma el Opus Dei en el mundo entero: un inmenso número de laicos, hombres y mujeres de los horizontes más variados, y muchos sacerdotes, algunos incardinados en la prelatura, otros en muy variadas diócesis donde solo dependen del respectivo Obispo, pero formando también parte de esta pequeña familia bien unida para servir a la Iglesia.

En estos días, venían a mi mente aquellas palabras de san Pablo a los Corintios, que resaltan que la llamada de Dios nos precede siempre, que no se fija en nuestra necedad y flaqueza (cfr. 1 Cor 1, 27). Doy gracias a Dios por la serenidad que me da y que no me explicaría si no fuera por vuestra oración y cercanía. Pido –y pedid conmigo– a la Virgen Santísima que estemos todos siempre muy unidos, con la unidad que nos concede el Espíritu Santo, Amor infinito.

Es constante el recuerdo de don Javier, segundo sucesor de san Josemaría. No es un pensamiento sobre el pasado; pertenece a la historia de las misericordias de Dios, que de alguna manera quedan siempre vivas en la Iglesia. Recordar a don Javier es enseguida volver la mirada a san Josemaría y al beato Álvaro. Es recordar con profundo agradecimiento a un hombre que dio su vida para hacer la Obra como buen hijo de dos santos, y que ahora nos sigue ayudando desde el Cielo.

*Cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo: para eso, necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales, a fin de darles a conocer, con don de lenguas, cómo deben corresponder a la acción del Espíritu Santo, a la efusión permanente de las riquezas del Corazón divino. A nosotros, los cristianos, nos corresponde anunciar en estos días, a ese mundo del que somos y en el que vivimos, el mensaje antiguo y nuevo del Evangelio (Es Cristo que pasa, n. 132). Hijas e hijos míos, a nosotros nos toca, cada día, encarnar esas ansias apostólicas de nuestro Fundador, hacer realidad aquel lema suyo: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*.*

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

Fernando

Roma, 31 de enero de 2017

14 de febrero de 2017

La carta pastoral recoge las conclusiones del último Congreso general, celebrado el pasado mes de enero.

SUMARIO

[Todos con Pedro a Jesús por María](#)

[Edificar sobre roca](#)

[Desafíos actuales en la aventura de la formación](#)

[Dar y recibir formación](#)

[En la Iglesia](#)

[Nuevos retos apostólicos](#)

[Importancia de la familia](#)

[La Obra en nuestras manos](#)

[Apostolado con la juventud](#)

[Algunas prioridades](#)

+++

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

1. Deseaba mucho volver a escribiros, ahora de manera un poco más extensa. Con estas letras quiero haceros partícipes de las conclusiones del último Congreso general, que se ha tenido en Roma en el pasado mes de enero. Lo hago porque, como don Javier en el año 2010, quiero que todos sintáis el peso de la Obra, el peso de las almas, la responsabilidad de llevar adelante esta pequeña familia que formamos. Con toda la Iglesia, aspiramos, en expresión de san Pablo, a reconciliar el mundo con Dios (cfr. 2 Cor 5, 19): tarea inmensa, que nos superaría si no contásemos con la gracia divina.

A nosotros corresponde, como os escribía con palabras de san Josemaría en mi primera carta como Padre de esta pequeña parte de la Iglesia, redimir y santificar nuestro tiempo, comprender y compartir las ansias de los demás. Retomo ahora el hilo de esas palabras: *No es verdad que toda la gente de hoy —así, en general y en bloque— esté cerrada, o permanezca indiferente, a lo que la fe cristiana enseña sobre el destino y el ser del hombre; no es cierto que los hombres de estos tiempos se ocupen sólo de las cosas de la tierra, y se desinteresen de mirar al cielo. Aunque no faltan ideologías —y personas que las sustentan— que están cerradas, hay en nuestra época anhelos grandes y actitudes rastreras, heroísmos y cobardías, ilusiones y desengaños; criaturas que sueñan con un mundo nuevo más justo y más humano, y otras que, quizá decepcionadas ante el fracaso de sus primitivos ideales, se refugian en el egoísmo de buscar sólo la propia tranquilidad, o en permanecer inmersas en el error.*

A todos esos hombres y a todas esas mujeres, estén donde estén, en sus momentos de exaltación o en sus crisis y derrotas, les hemos de hacer llegar el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés: Jesús es la piedra angular, el Redentor, el todo de

nuestra vida, porque fuera de Él no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos ser salvos (Hch 4, 12)¹.

Todos con Pedro a Jesús por María

2. El Papa es, para la Iglesia, Pedro que anuncia a Cristo al mundo proclamando la alegría del Evangelio². El Congreso general ha querido reafirmar en primer lugar nuestra unión filial al Romano Pontífice y ha hecho suya una vez más la oración que nos enseñó san Josemaría: ***omnes cum Petro ad Jesum per Mariam***³.

Agradecemos al Papa Francisco, entre otras muchas cosas, el Año jubilar de la misericordia, su ejemplo de piedad y de austeridad, el impulso apostólico que está dando al mundo entero, su cercanía con las personas, especialmente las más necesitadas. También le agradecemos que, en el marco de su ministerio petrino, haya tomado la decisión de beatificar a don Álvaro. El Congreso ha querido hacer constar también su reconocimiento al Papa por confirmarme como sucesor de san Josemaría, del beato Álvaro y de don Javier al frente de la Obra, y nombrarme así, el mismo día de mi elección, Prelado del Opus Dei. Ya os escribí que me sentía confundido, y a la vez alegre por la unidad que nos concede el Espíritu Santo, Amor infinito. No quiero vivir sino para ser buen Padre de cada uno, de cada uno, participando, a pesar de mis limitaciones, de la paternidad amorosa de Dios. Me conmueve también que, con fecha 1 de febrero, el Papa haya querido escribirme una carta de aliento y ponerme bajo el cuidado de la Virgen.

Edificar sobre roca

3. ¿Cómo corresponder a tantas gracias, hijas e hijos míos? Renovemos el deseo de encarnar y comunicar fielmente el espíritu del Opus Dei, tal como nos lo transmitió san Josemaría, afianzados en un profundo sentido de nuestra filiación divina en Cristo, y decididos a buscar a Dios en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias de nuestra vida, para ser sal y luz del mundo (cfr. *Mt 5, 13-14*). La vocación cristiana es grandiosa, conduce a nuestra misteriosa identificación con el Verbo encarnado, que san Juan Pablo II expresó una vez con palabras audaces, retomando una expresión del Concilio Vaticano II: «Mediante la gracia recibida en el bautismo, el hombre participa en el nacimiento eterno del Hijo del Padre, puesto que se convierte en hijo adoptivo de Dios: hijo en el Hijo»⁴.

4. Don Javier fue un buen hijo de Dios siendo un hijo fiel de san Josemaría. Esa fidelidad fue la razón de ser de su vida. El Congreso general da gracias a Dios por la vida y las enseñanzas de quien fue nuestro Prelado desde 1994 a 2016. También se ha hecho eco del deseo, por parte de todos los fieles de la Prelatura, los socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y los Cooperadores, de subrayar el amor de don Javier a la Iglesia y a esta porción del Pueblo de Dios que es el Opus Dei. Don Javier ha dejado un fecundo ejemplo de caridad pastoral, que se expresaba en la unión con el Santo Padre y con todos sus hermanos en el colegio episcopal, en su celo por las almas y en su activa solicitud por los enfermos y más necesitados. Por eso, seguro de que os alegrará saberlo, dejo aquí constancia de la opinión general de los miembros del Congreso, y de tantas otras personas, acerca de la conveniencia de recoger recuerdos y testimonios sobre don Javier, su vida entregada y sus enseñanzas.

¹ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 132.

² Cfr. Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, *incipit*.

³ San Josemaría, *Camino*, n. 833.

⁴ San Juan Pablo II, Homilía, 23-III-1980. Cfr. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

Por otra parte, el Congreso ha constatado el bien que hacen las causas de beatificación y canonización de fieles de la Obra en diversos países, y la importancia de seguir extendiendo su devoción privada para ayudar a muchas almas a descubrir el amor divino y la alegría de la vida cristiana en medio del mundo, cuyo testimonio dieron, entre otros muchos, el venerable Isidoro Zorzano y la venerable Montserrat Grases. Al coronar los méritos de los santos, el Señor corona sus propios dones⁵. A través de los santos honramos al Dios tres veces Santo y renovamos nuestros deseos de santidad: de amor a Dios y a los demás en Él.

5. Las Administraciones de los Centros del Opus Dei, que constituyen el ***apostolado de los apostolados***, son como su «*columna vertebral*»⁶. El Congreso ha querido subrayar, una vez más, el papel decisivo de su labor para hacer realidad el ambiente de familia en la Obra y para ayudar a quienes acuden a nuestras casas a percibir de manera visible esa realidad. Correspondamos a ese don rezando para que el Señor bendiga esa labor con abundantes vocaciones, y para que sea un ejemplo radiante del valor y dignidad de las tareas del hogar. Las mujeres de la Prelatura revisarán los servicios que prestan las Administraciones según las circunstancias y necesidades actuales, para que sigan sosteniendo el ambiente de hogar, el tono humano y de familia que hace que cada Centro sea de verdad para nosotros Betania.

6. Además de manifestar su agradecimiento a quienes fueron *Custodes* de don Javier, por la dedicación con que le atendieron, el Congreso valoró la gran ayuda que prestan los fieles mayores o enfermos, con el ofrecimiento alegre y sencillo de sus limitaciones, para seguir impulsando la labor de evangelización que la Obra desarrolla en todo el mundo. A ese empuje callado se suma, sin duda, la atención esmerada de quienes les cuidan, con cariño y espíritu de servicio generoso, siguiendo la tradición que hemos heredado de san Josemaría, como parte importante del espíritu de familia. Hijas e hijos míos, ¡mucho depende de cómo cuidamos a los ancianos y a los enfermos!

El Congreso general hizo constar también su reconocimiento hacia vuestros hermanos y hermanas que, a lo largo de estos años, han ido a comenzar la labor apostólica en nuevos países, dejando su lugar de origen para ayudar a hacer la Obra en otras latitudes. Recordaréis con qué frecuencia nos repetía don Javier que hay mucha gente buena esperándonos en todas partes.

Desafíos actuales en la aventura de la formación

7. El dinamismo apostólico, fruto del Espíritu Santo, ha sido sostenido por la profunda labor de formación que la Prelatura ofrece a sus fieles, y que constituye su misión: ***se hace del mundo entero una gran catequesis***⁷. El Congreso quiso subrayar algunos contenidos de esa formación en las circunstancias actuales. Permitidme que los enumere a continuación, para que, en cada circunscripción de la Prelatura, en cada Centro, en cada familia de mis hijas e hijos, en cada alma, la luz y la fuerza de la gracia nos haga ver qué más podemos hacer y, sobre todo, cómo podemos mejorar lo que ya hacemos.

8. En primer lugar, se ha considerado la centralidad de la Persona de Jesucristo, a quien deseamos conocer, tratar y amar. Poner a Jesús en el centro de nuestra vida significa adentrarse más en la oración contemplativa en medio del mundo, y ayudar a los demás a ir por ***caminos de contemplación***⁸; redescubrir con luces nuevas el valor antropológico y cristiano de los diferentes

⁵ Cfr. Misal Romano, *Prefacio I de los santos*.

⁶ Don Javier, Carta, 28-XI-2002, n. 18, en “Cartas de familia” V, n. 125. Cfr. *Instrucción*, 31-V-1936, n. 66.

⁷ San Josemaría, *Apuntes de una reunión familiar*, 6-II-1967, en Noticias 1967, p. 84 (AGP, biblioteca, P02).

⁸ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 67.

medios ascéticos; llegar a la persona en su integridad: inteligencia, voluntad, corazón, relaciones con los demás; fomentar la libertad interior, que lleva a hacer las cosas por amor; ayudar a pensar, para que cada uno descubra lo que Dios le pide y asuma sus decisiones con plena responsabilidad personal; alimentar la confianza en la gracia de Dios, para salir al paso del voluntarismo y del sentimentalismo; exponer el ideal de la vida cristiana sin confundirlo con el perfeccionismo, enseñando a convivir con la debilidad propia y la de los demás; asumir, con todas sus consecuencias, una actitud cotidiana de abandono esperanzado, basada en la filiación divina.

Así se fortalece el sentido de misión de nuestra vocación, con una entrega plena y alegre: porque estamos llamados a contribuir, con iniciativa y espontaneidad, a mejorar el mundo y la cultura de nuestro tiempo, de modo que se abran a los planes de Dios para la humanidad: *cogitationes cordis eius*, los proyectos de su corazón, que se mantienen *de generación en generación* (Sal 33 [32] 11).

En este sentido, conviene facilitar que todos deseen vivir con el corazón en Dios y, por tanto, desprendidos de las cosas materiales. Libres para amar: éste es el sentido de nuestro espíritu de pobreza, austeridad y desprendimiento, aspectos evangélicos grandemente valorados por el magisterio del Papa Francisco.

Además, nuestro amor a la Iglesia nos moverá a procurar recursos para el desarrollo de las labores apostólicas, y a promover en todos una gran ilusión profesional: a los que todavía son estudiantes y han de albergar grandes deseos de construir la sociedad, y a los que ejercen una profesión; conviene que, con rectitud de intención, fomenten la santa ambición de llegar lejos y de dejar huella. Al mismo tiempo, animo a todos los Numerarios y Numerarias a tener una disponibilidad activa y generosa para dedicarse cuando sea preciso, con esa misma ilusión profesional, a las tareas de formación y gobierno.

9. Ese amplio panorama nos invita a renovar el afán de expansión, como en los primeros tiempos de la Obra, para llevar la alegría del Evangelio a muchas almas, para que muchos sientan *la atracción de Jesucristo*⁹. Nuestro Padre nos decía: *si queremos ser más, seamos mejores*¹⁰. Quisiera que esta consideración suscitara en nosotros un renovado sentido de urgencia para promover, con la gracia de Dios y la correspondencia libre y generosa de las personas, muchas vocaciones —las que Dios quiera— de Numerarios, Agregados, Supernumerarios y sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Libertad y vocación: aquí tenemos dos dimensiones esenciales de la vida humana, que se llaman la una a la otra. Somos libres para amar a un Dios que llama, a un Dios que es amor y que pone en nosotros el amor para amarle y amar a los demás¹¹. Esta caridad nos da plena conciencia de nuestra misión, que no es *un apostolado ejercido de manera esporádica o eventual, sino habitualmente y por vocación, tomándolo como el ideal de toda la vida*¹². El ideal del amor a Dios y a los demás nos lleva a cultivar la amistad con muchas personas: no hacemos apostolado, ¡somos apóstoles! Así va la “Iglesia en salida” de la que habla con frecuencia el Papa, recordándonos la importancia de la ternura, de la magnanimidad, del contacto personal.

Este «dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes»¹³, no es una estrategia, sino la fuerza misma del Espíritu Santo, Caridad increada. *En un cristiano, en un hijo de Dios, amistad y*

⁹ San Josemaría, *Notas de una meditación*, 1-IV-1962 (AGP, biblioteca, P09, p. 46).

¹⁰ San Josemaría, *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 122.

¹¹ Cfr. San Josemaría, *Forja*, n. 270.

¹² San Josemaría, *Instrucción*, mayo 1935/14-IX-1950, n. 15.

¹³ Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 20.

caridad forman una sola cosa: luz divina que da calor¹⁴. Las circunstancias actuales de la evangelización hacen aún más necesario, si cabe, dar prioridad al trato personal, a este aspecto relacional que está en el centro del modo de hacer apostolado que san Josemaría encontró en los relatos evangélicos. **Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros personalmente, con el apostolado del ejemplo y de la amistad leal**¹⁵.

Dar y recibir formación

10. Al preparar e impartir los medios de formación, nos ilusiona pensar en su fecundidad en las almas, con la gracia de Dios que da el crecimiento (cfr. 1 Cor 3, 6). Además de poner muy en primer lugar los medios sobrenaturales, es bueno que nos esforcemos por utilizar un lenguaje comprensible, con tono positivo y alentador, con una visión esperanzada del mundo donde nos ha tocado vivir, que es nuestro lugar de encuentro con Dios; por facilitar la participación activa de los asistentes; por mostrar la incidencia práctica del espíritu del Opus Dei en la vida familiar y social, de modo que crezca la unidad de vida: una auténtica coherencia cristiana entre lo que se piensa, se reza y se vive (cfr. *Jn* 4, 24; *Rm* 12, 1; 2 *Ts* 3, 6-15).

11. Para la fraternidad y el apostolado de amistad y confianza, resultan de gran importancia algunas virtudes: junto a la humildad, la alegría y la generosidad; y se hace necesario un sincero interés por los demás, en forma de comprensión, respeto y aprecio de las distintas opiniones. Un tono positivo en las conversaciones permite enfocar mejor las cuestiones. En definitiva, se trata de ser **sembradores de paz y de alegría**¹⁶, como nos enseñó nuestro Padre, también rectificando con deportividad cuando en lugar de paz hayamos sembrado más bien un poco de discordia. Nuestros Centros, las casas de los Agregados, de los Supernumerarios y de los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, han de irradiar un atractivo calor de hogar (cfr. *Sal* 133 [132] 1; *Jn* 13, 34-35).

Recuerdo la paz y la serenidad que irradiaba la sola presencia de don Álvaro, que vivía lo que nos enseñaba: «El espíritu de familia es tan esencial para nosotros, que cada hija y cada hijo mío lo lleva siempre consigo; tan fuerte, que enseguida se manifiesta en torno a nosotros, facilitando la creación de un ambiente de hogar en cualquier sitio donde nos encontremos. Por eso, nuestro ser y sentirnos familia no se fundamenta en la materialidad de vivir bajo el mismo techo, sino en el espíritu de filiación y de fraternidad, que el Señor ha querido desde el primer momento para su Obra»¹⁷.

12. Pido al Señor que se cuide con un especial empeño la formación de quienes ejercen una dirección espiritual personal, sacerdotes o laicos, para que sepan ayudar con dedicación y acierto a los demás. Con la gracia de Dios, han de mover a acoger con generosidad las mociones del Espíritu Santo, que habla en el fondo del corazón (cfr. *Mt* 10, 20). El buen ejemplo y el esmerado cumplimiento de las obligaciones profesionales, familiares y sociales, son imprescindibles para ayudar a otras personas a seguir al Señor. Nuestro Padre nos ha enseñado que el prestigio profesional, considerado como auténtico servicio, es **anzuelo de pescador de hombres**¹⁸: la fe ilumina la inteligencia y da sentido a la vida, hace descubrir aquella nueva dimensión que lleva a la Vida en Cristo.

¹⁴ San Josemaría, *Forja*, n. 565.

¹⁵ San Josemaría, *Carta 11-III-1940*, n. 55.

¹⁶ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 30.

¹⁷ Beato Álvaro, Carta, 1-XII-1985, en “Cartas de familia” I, n. 204.

¹⁸ San Josemaría, *Camino*, n. 372.

13. Conviene favorecer, con acciones específicas, la formación profesional permanente de quienes participan en las tareas de dirección de las labores apostólicas. Se trata de mejorar sus capacidades de gobierno y de dirección de personas y equipos. Una gran responsabilidad reside en el reforzar la identidad cristiana de las labores, la calidad de su gestión y el servicio que ofrecen a la sociedad. La colegialidad es un arte que no se improvisa: saber escuchar, cambiar de parecer, compartir opiniones, contar con lo mejor que cada persona puede aportar.

En la Iglesia

14. Para que la nueva evangelización dé frutos, es decisiva la comunión entre los católicos mismos. Hacer crecer el aprecio mutuo entre los fieles de la Iglesia, y entre las más variadas agrupaciones que puedan existir, es parte de nuestra misión en la gran familia de los hijos e hijas de Dios: ***el principal apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de auténtica caridad***¹⁹. Para esto, es necesario reforzar, del modo oportuno en cada caso, la relación con personas de otras instituciones y realidades de la Iglesia, superar posibles malentendidos y encomendar al Señor las iniciativas promovidas por otros, viviendo la humildad colectiva.

15. La ayuda que se ofrece a sacerdotes y seminaristas resulta también de gran importancia para el bien de la Iglesia y de la sociedad. Los socios Agregados y Supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, por participar plenamente de la vocación a la Obra, son protagonistas de primera línea para dar un nuevo dinamismo a todas las labores, respetando totalmente la dependencia única de su propio Obispo, y en el contexto de su ministerio pastoral, que desarrollan habitualmente entera y directamente al servicio de la diócesis de incardinación, a la que han de amar siempre más.

Todos los fieles del Opus Dei están llamados a rezar y a tratar con cercanía y veneración a los Obispos y a los sacerdotes de su ámbito geográfico, y a colaborar con ellos en la medida de sus posibilidades: siempre que sea coherente con la santificación de su trabajo profesional y de sus deberes familiares.

A los sacerdotes me limitaré a recordarles ahora unas palabras del Papa sobre el ministerio de la confesión: seamos acogedores con todos, testigos de la ternura de Dios, solícitos en ayudar a reflexionar, claros, disponibles, prudentes, generosos. Con un corazón magnánimo celebraremos el misterio de la infinita misericordia de un Dios que perdona²⁰.

Será bueno seguir aprovechando las oportunidades de animar a algunos fieles de la Prelatura, Cooperadores y gente joven, a ofrecerse para colaborar, con plena libertad y responsabilidad personales, en catequesis, cursos prematrimoniales, labores sociales, en las parroquias u otros lugares que lo necesiten, siempre que se trate de servicios acordes con su condición secular y mentalidad laical, y sin que en eso dependan para nada de la autoridad de la Prelatura. Por otro lado, quiero hacer una mención especial de las religiosas y los religiosos, que tanto bien han hecho y hacen a la Iglesia y al mundo. ***Quien no ame y venere el estado religioso, no es buen hijo mío***²¹, nos enseñaba nuestro Padre. Me alegra, además, pensar en tantos religiosos, además de sacerdotes diocesanos, que han visto florecer su vocación al calor de la Obra.

Para un mejor servicio de la Iglesia y una cuidadosa atención de las almas, el Congreso general ha indicado que se estudie, con imaginación creativa y flexibilidad, la mejor manera de impulsar y

¹⁹ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 226.

²⁰ Cfr. Francisco, cfr. Carta ap. *Misericordia et misera*, 20-XI-2016, n. 10.

²¹ San Josemaría, *Instrucción*, mayo 1935/14-IX-1950, nota 5.

coordinar las labores apostólicas: por ejemplo, unificando en ocasiones algunos Centros del Opus Dei, para economizar energías y facilitar una vida en familia llena de alegría y cariño; o disponiendo de más puntos de apoyo, *apeaderos* convenientemente instalados y organizados de modo flexible, para impartir los medios de formación allí donde está la gente: en los centros neurálgicos de las ciudades, en zonas de fuerte densidad laboral, en polos de crecimiento urbano, en colegios y universidades, por ejemplo.

Nuevos retos apostólicos

16. El Congreso general ha querido retomar una llamada del Congreso del año 2002, que don Javier formuló así: fomentar «una nueva cultura, una nueva legislación, una nueva moda, coherentes con la dignidad de la persona humana y su destino a la gloria de los hijos de Dios en Jesucristo»²². Todos los fieles de la Prelatura, los chicos de San Rafael y los Cooperadores han de sentirse protagonistas de esta nueva cultura, que ha de superar la mentalidad relativista contemporánea. Esto exige de cada uno, según sus posibilidades, una honda formación humana, profesional y doctrinal, y una presencia decidida en los foros a los que puedan acceder, con la apertura de miras que permite tratar a todos.

Es preciso también cierto ascendiente —el que se adquiere si se toma en serio a los demás— y un personal *don de lenguas*, cultivado con deseo de renovación permanente. Así se favorece esa empatía por la que la visión cristiana de la realidad resulta convincente, pues cuenta también con las inquietudes del prójimo, sin avasallar ni caer en el monólogo. El respeto a la dignidad de cada persona, por encima de sus errores, y al bien común de la sociedad, el trabajo sereno y responsable, en colaboración con otros ciudadanos, pone en evidencia la belleza y el atractivo de los valores cristianos en los variados ámbitos de la sociedad.

17. Para entender la complejidad de ciertos sectores de la vida social se requiere la ayuda de expertos; por ejemplo, en campos como los siguientes: el uso de las tecnologías digitales de información y comunicación; el seguimiento de iniciativas educativas; la comunicación institucional; la administración de proyectos universitarios; la dirección y gestión de hospitales y clínicas; los proyectos de promoción social; la creación y sostenimiento de fondos patrimoniales. La exigencia de competencia profesional es parte de la mentalidad laical y va a la par con los deseos del alma sacerdotal: perfeccionar la creación y corregir.

Para promover una nueva cultura, resulta necesario *formar* a aquellos expertos que, con buen criterio, podrían ayudar a enfocar —con la base de una antropología cristiana— cuestiones especialmente complejas: género, igualdad, objeción de conciencia, libertad religiosa, libertad de expresión, bioética, modos de comunicación, por citar sólo algunas. Un lugar privilegiado para estudiar estos temas son las universidades y los centros de investigación.

Además, conviene elaborar, con prudencia y con audacia, un plan de formación adecuado a cada persona, empezando por las más jóvenes, para que tengan ideas bien fundadas. Sin encerrarse en una actitud meramente defensiva, es necesario hacerse cargo de los aciertos de las distintas posturas, dialogar con otras personas, aprendiendo de todos y respetando esmeradamente su libertad, más aún en materias opinables.

18. Es famosa la afirmación del beato Pablo VI, que decía que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan», y seguía: «Si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio»²³. En la cultura contemporánea se precisan rostros que hagan

²² Don Javier, Carta, 28-XI-2002, n. 11, en “Cartas de familia” V, n. 118.

²³ Beato Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 41.

creíble un mensaje. Conviene, por eso, presentar testimonios atractivos de vida cristiana puesta al servicio de los demás. Además de formar líderes de opinión, hace falta impulsar iniciativas de información sobre la Iglesia y, en su seno, la Prelatura del Opus Dei, también mediante las redes sociales, tan eficaces para llegar inmediatamente a miles de personas. El desarrollo de estas iniciativas depende de la generosidad y de la creatividad de quienes las sostengan.

19. Junto al apostolado personal de amistad y confianza, el Congreso ha querido manifestar su pleno sostenimiento a las labores apostólicas corporativas y personales. Su fecundidad apostólica está probada por la formación integral que dispensan: enseñan, educan, abren al servicio a los demás. Interesa que permitan tratar a muchas más personas, acercándolas paulatinamente a las riquezas de la fe cristiana, que libera del miedo y de la tristeza. Para que esa fe se encarne en la vida cotidiana, hacen falta medios de formación adaptados a familias, alumnos de colegios, estudiantes universitarios, etc. Esto requiere motivar a las personas y prepararlas bien.

20. La evangelización de la sociedad y el desarrollo sostenido de la labor apostólica hacen conveniente que surjan nuevos centros educativos en los que se pueda proporcionar una formación humana y cristiana a los padres y a sus hijos, desde la más tierna infancia. Cuando la creación de estos centros esté sujeta a una legislación que impida o dificulte ser obra corporativa o labor personal, a pesar de todo pueden darse condiciones que permitan recibir una atención espiritual por parte de sacerdotes de la Prelatura.

Importancia de la familia

21. El Papa enseña en su segunda encíclica: «En la familia se cultivan los primeros hábitos de amor y cuidado de la vida, como por ejemplo el uso correcto de las cosas, el orden y la limpieza, el respeto al ecosistema local y la protección de todos los seres creados. La familia es el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal»²⁴. Se madura con el tiempo y con la mirada puesta adelante con confianza: es preciso fomentar en las familias el sentido hondo de la virtud de la esperanza.

Convendrá estudiar modos prácticos para desarrollar la preparación al matrimonio, sostener el amor mutuo entre los esposos y la vida cristiana en las familias, impulsar la vida sacramental de abuelos, padres e hijos, especialmente la confesión frecuente. Cristo abraza todas las edades del hombre, nadie es inútil o superfluo.

El Congreso valora la acción de grupos de estudio sobre el papel educativo, social y económico de la familia, con vistas a crear en la opinión pública un ambiente favorable a las familias numerosas. Será oportuno reforzar la atención a las que ya están en relación con los diversos instrumentos apostólicos (*kindergarten*, colegios, clubes, universidades, residencias).

La Orientación familiar, tan alentada por don Javier, sigue siendo una prioridad, pues contribuye eficazmente a consolidar el amor mutuo de los esposos y su apertura a la vida, y facilita que desde la realidad de la familia natural se desemboque en la alegría de la familia como espacio espiritual cristiano. Con muchas iniciativas se llega cada vez a más familias jóvenes y se realiza una amplia labor formativa. Se descubre así a muchas personas la belleza del matrimonio sacramental, imagen de la unión de Cristo con su Iglesia (cfr. *Ef* 5, 32): con el sacramento, la paz y la alegría del Espíritu Santo entran en los hogares. En el amor mutuo de los padres, como en la liturgia y en la comunión de

²⁴ Francisco, Enc. *Laudato si'*, 24-V-2015, n. 213.

la Iglesia, Dios «nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este “antes” de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta»²⁵.

22. El Congreso ha querido señalar un campo apostólico de gran relevancia en los últimos años: se trata de contribuir a que crezca la fe y la formación de tantos inmigrantes procedentes de países de tradición católica (por ejemplo, filipinos, latinoamericanos, polacos, etc.) y de formarles humanamente. Además de ayudarles a desarrollar su propia identidad, esta formación hace de ellos, en el país que los acoge, una auténtica levadura para la evangelización (cfr. *Lc* 13, 20). En el mundo entero, varias decenas de iglesias encomendadas por los Obispos a sacerdotes incardinados en la Prelatura pueden sostener eficazmente esta labor, siguiendo los planes pastorales de los Ordinarios diocesanos de quienes dependen.

La Obra en nuestras manos

23. Para impulsar las labores, no están sólo los Numerarios y los Agregados: conviene responsabilizar también mucho a los Supernumerarios y Supernumerarias, y ayudarles: han de sentir la Obra como suya, como un hijo más. Así, como dijo nuestro Padre en una ocasión, ***entre todos enjugaremos muchas lágrimas, daremos mucha cultura; daremos mucha paz, evitaremos muchos choques y muchas luchas; y haremos que las gentes se miren a los ojos con nobleza de cristianos, sin odios***²⁶. Interesa que mis hijos Supernumerarios colaboren con pleno empeño en la labor de San Rafael, que tiene como ***fin inmediato*** dar una ***formación integral***²⁷. Es normal, e incluso habitual en algunos lugares, que los Supernumerarios impulsen y dirijan clubes juveniles y otras iniciativas educativas.

Como consecuencia de una formación bien asimilada, sin rigidez ni agobio, cuando resulta prudente y adecuado, los Supernumerarios colaboran con Dios en el nacimiento de vocaciones de Numerarios y Agregados; rezan en particular por sus hijos, con esa posible perspectiva, con el más grande respeto de la libertad personal, y dejándolo todo en las manos de Dios.

En la labor de San Gabriel, conviene aumentar en varios lugares el número de Supernumerarios encargados de grupo, celadores, y quienes ejercen una dirección espiritual personal regular; apoyarse más en ellos para atender cursos de retiro; animarles a impulsar el apostolado en lugares donde aún no hay un Centro; procurar que haya más presencia activa de Agregados y Supernumerarios en los grupos de trabajo o equipos para determinadas iniciativas apostólicas. Para facilitar su formación, dispondrán de materiales adecuados en diversas lenguas.

Apostolado con la juventud

24. El Congreso general dejó constancia de la importancia de la labor de San Rafael, ***la niña de nuestros ojos***²⁸. Se sugiere dar prioridad a medidas generales y particulares que favorezcan el desarrollo de la labor con la gente joven de todo tipo y que, con la gracia de Dios, se fomenten abundantes vocaciones de Numerarios y Agregados jóvenes. Todos los fieles de la Prelatura y los socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz considerarán cómo colaborar —con la oración, la mortificación y la acción— para llegar a muchas más personas jóvenes.

²⁵ Benedicto XVI, Enc. *Deus caritas est*, 25-XII-2005, n. 17; cfr. 1 *Jn* 4, 10.

²⁶ San Josemaría, *Apuntes de una reunión familiar*, 18-VI-1974, en “Catequesis en América” (1974) vol. I, p. 549 (AGP, biblioteca, P04).

²⁷ San Josemaría, *Carta 24-X-1942*, n. 3.

²⁸ *Ibid.*, n. 70.

En la labor de San Rafael, una prioridad clara de la formación de los chicos y chicas es la de ayudarles a ser ***almas de oración***²⁹, enseñándoles de modo práctico cómo hablar con Dios y cómo escucharle. Conviene también que descubran el valor humano y sobrenatural de la amistad verdadera, la importancia del estudio, de la lectura y de la excelencia profesional para servir a la Iglesia y a la sociedad. Entre las virtudes que se deben fomentar en los jóvenes, el Congreso ha querido mencionar la fortaleza y la reciedumbre, la templanza (por ejemplo, en el uso inteligente y sobrio de las tecnologías), y todo lo que desarrolla el espíritu de servicio. Importa ayudar a los jóvenes a dar razón de su fe y a sacar las consecuencias prácticas que trae consigo el seguimiento del Señor: en su familia, con sus amigos y en las redes sociales.

25. Es bonito ayudar a que los jóvenes y sus padres valoren y descubran el atractivo de una entrega total al Señor con el corazón indiviso, a la vez que se les presenta la belleza de la vocación a formar una familia cristiana. Desde los Centros de San Rafael donde se realice labor con universitarios, vale la pena abordar los distintos aspectos del noviazgo y del matrimonio, sirviéndose de diversos recursos: por ejemplo, testimonios de Supernumerarios y Supernumerarias, cursos de Orientación familiar para solteros, conferencias o proyecciones, lecturas de comprobada utilidad. La urgente necesidad del testimonio de un mayor número de familias cristianas nos invita a llegar al inicio de este camino vocacional, ya antes del noviazgo, con auténtico respeto y fe profunda en la misión evangelizadora de la familia cristiana, «comunidad de fe, esperanza y caridad»³⁰.

26. Continuemos con entusiasmo la labor apostólica con universitarios y jóvenes profesionales solteros o recién casados, aprovechando la formación que miles de ellos han recibido en tantas iniciativas apostólicas, en particular los colegios, clubes y Centros de San Rafael. En este sentido, resulta oportuno profesionalizar las asociaciones de *alumni*, trabajando con iniciativa y creatividad, desarrollando fórmulas atractivas que permitan la continuidad del trato en la labor de San Gabriel, promoviendo la colaboración de muchas personas, como Cooperadores.

27. En los medios de formación de San Rafael y de San Gabriel, es bueno favorecer el ejercicio de las obras de misericordia espirituales y corporales, siguiendo la enseñanza constante de la Iglesia, la experiencia de san Josemaría, y el ejemplo y las palabras del Papa Francisco. Las actividades y las iniciativas personales relacionadas con la solidaridad, el servicio a los necesitados y la responsabilidad social, no son algo coyuntural ni marginal, sino que se encuentran en el núcleo del Evangelio. Profundizar en la doctrina social de la Iglesia, por ejemplo a través de cursos y conferencias, ayudará especialmente en contextos de mayor desigualdad social.

28. Las universidades que son labores apostólicas han de seguir promoviendo la investigación con impacto internacional, y crear espacios de colaboración con intelectuales de prestigio mundial. Este trabajo ayudará a desarrollar paradigmas científicos y modelos conceptuales coherentes con una visión cristiana de la persona, con la convicción de que las sociedades necesitan esas perspectivas para fomentar la paz y la justicia social. Esa actitud de servicio a todos se expresa también, naturalmente, en el trato de amistad con colegas de otras universidades.

Algunas prioridades

29. Además del comienzo cada vez más cercano del apostolado estable de la Prelatura en nuevos países, el Congreso sugiere orientar la expansión apostólica hacia algunos lugares en los que ya se

²⁹ *Ibid.*, n. 5.

³⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2204.

trabaja, y que tienen gran incidencia para la configuración futura de la sociedad, por encontrarse en ellos organismos internacionales o centros de liderazgo intelectual.

El Congreso invita a proseguir la publicación y la difusión de las obras completas de san Josemaría y el correspondiente trabajo de investigación histórica, para el bien de la Iglesia y de las almas. Concretamente, se sugiere desarrollar aún más, desde perspectivas diversas (académica, teológica, sociológica, espiritual, entre otras) ese aspecto central del mensaje de san Josemaría que es el trabajo de los hijos de Dios como *quicio* de la santidad y ámbito natural del apostolado, con tantas consecuencias para la Iglesia y para la sociedad.

30. Ya estoy a punto de terminar. Después de la lectura de las páginas anteriores, os podríais preguntar: entre tantas conclusiones a las que ha llegado el Congreso, ¿cuáles son las prioridades que el Señor nos presenta en este momento histórico del mundo, de la Iglesia y de la Obra? La respuesta es clara: en primer lugar, cuidar con delicadeza de enamorados nuestra unión con Dios, partiendo de la contemplación de Jesucristo, rostro de la Misericordia del Padre. El programa de san Josemaría será siempre válido: *Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo*³¹. La labor apostólica de la Obra es y ha de ser siempre una superabundancia de nuestra vida interior. Son momentos, hijas e hijos míos, para adentrarnos más y más por caminos de contemplación en medio del mundo.

31. La Iglesia, desde hace décadas, ha fijado su atención maternal en dos prioridades: la familia y los jóvenes. También nosotros, como *partecica* de la Iglesia, queremos secundar los desvelos de los últimos Papas para que la familia responda cada día con mayor fidelidad a los planes amorosos que Dios ha trazado para ella. A la vez, debemos ayudar a todos los jóvenes para que los sueños que tienen de amor y de servicio se conviertan en una gozosa realidad. Las conclusiones del Congreso encuentran en el acompañamiento a la familia y a los jóvenes una línea de fuerza, de la que se podrán sacar muchas consecuencias prácticas en nuestra labor apostólica diaria.

Junto a estas prioridades, querría subrayar la urgencia que todos tenemos de agrandar el corazón —le pedimos al Señor que nos dé un corazón a su medida—, para que entren en él todas las necesidades, los dolores, los sufrimientos de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, especialmente de los más débiles. En el mundo actual, la pobreza presenta muchos rostros diversos: enfermos y ancianos que son tratados con indiferencia, la soledad que experimentan muchas personas abandonadas, el drama de los refugiados, la miseria en la que vive buena parte de la humanidad como consecuencia muchas veces de injusticias que claman al Cielo. Nada de esto nos puede resultar indiferente. Sé que todas mis hijas y todos mis hijos pondrán en movimiento la «*imaginación de la caridad*»³², para llevar el bálsamo de la ternura de Dios a todos nuestros hermanos que pasan necesidad: *Los pobres —decía aquel amigo nuestro— son mi mejor libro espiritual y el motivo principal para mis oraciones. Me duelen ellos, y Cristo me duele con ellos. Y, porque me duele, comprendo que le amo y que les amo*³³.

32. El Congreso ha querido poner explícitamente en manos de la Virgen las conclusiones que acabo de transmitirlos. Sólo con su mediación materna seremos capaces de ir adelante en la apasionante misión que se nos confía como discípulos de Jesucristo. Ella es la *Mater pulchræ dilectionis*, la Madre del Amor Hermoso (cfr. *Sir* 24, 24), que celebramos en el calendario propio de la Prelatura como fiesta litúrgica hoy, 14 de febrero³⁴. En esta fecha, Dios hizo ver a san Josemaría, en 1930, la

³¹ San Josemaría, *Camino*, n. 382.

³² San Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 50.

³³ San Josemaría, *Surco*, n. 827.

³⁴ Cfr. Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los sacramentos, Decreto 626/12/L, 10-XI-2012.

vocación de las mujeres del Opus Dei; y en 1943, el lugar de los sacerdotes. Así se recalcó más la unidad de la Obra, unidad de una *desorganización organizada*³⁵, pero sobre todo unidad que nace del Amor, de estar todos pendientes de los demás, hijos de la que es *Madre de Dios y Madre nuestra*³⁶.

Al cantar hoy el *Te Deum* de acción de gracias ante el Señor expuesto solemnemente en la custodia, me acordé de vosotros. **Comunión, unión, comunicación, confidencia: Palabra, Pan, Amor**³⁷. Considerando que Jesucristo, ahora escondido *en el Pan y la Palabra*, ha de venir al final de los tiempos, le pedí que venga en nuestra ayuda y os confié a todos a su misericordia.

33. Hijas e hijos míos, si en este mundo, tan bello y a la vez tan atormentado, alguno se siente alguna vez solo, que sepa que el Padre reza por él y le acompaña de verdad, en la Comunión de los santos, y que lo lleva en su corazón. Me gusta recordar en ese sentido cómo la liturgia canta la presentación del Niño en el Templo, fiesta litúrgica que hemos celebrado el 2 de este mes: parecía, dice, que Simeón sostuviera a Jesús en sus brazos; en realidad, era al revés: «*Senex Puerum portabat, Puer autem senem regebat*»³⁸: el anciano llevaba al Niño, pero era el Niño quien sostenía al anciano y lo dirigía. Así nos sostiene Dios, aunque a veces podamos percibir solamente lo que nos pesan las almas; así nos sostiene, a través de la *bendita Comunión de los Santos*³⁹.

Per singulos dies, benedicimus te, día tras día, te bendecimos, Señor, con toda la Iglesia: “cada día”, como amaba repetir don Javier, fiel hijo de san Josemaría y del beato Álvaro; fiel hijo, decía, empeñado en una lucha cotidiana para dejarse llevar por el Amor divino. Elevo mi alma al Dios tres veces Santo, de la mano de la Virgen, Madre del Amor que se da sin medida: haz, Señor, que desde la fe en tu Amor vivamos cada día con un amor siempre nuevo, en una alegre esperanza.

Con todo cariño, os bendice
vuestro Padre
Fernando

Roma, 14 de febrero de 2017.

Fiesta de Santa María, Madre del Amor Hermoso.

5 de abril de 2017

Ante la cercanía de la Semana Santa, el Prelado recuerda la centralidad de Jesucristo en la vida del cristiano.

+++

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Se acerca la Semana Santa. Procuremos vivir los próximos días con intensidad, de modo que siempre de nuevo podamos decir con San Pablo: **mihi vivere Christus est!**, ¡para mí vivir es Cristo! (cfr. *Fil* 1,21). El Señor no es para nosotros solo un ejemplo. Me viene a la memoria un comentario del Papa:

³⁵ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 19.

³⁶ San Josemaría, *Forja*, n. 11.

³⁷ San Josemaría, *Camino*, n. 535.

³⁸ Liturgia de las Horas, Primeras Vísperas de la fiesta de la Presentación del Señor, Antífona *ad Magnificat*.

³⁹ San Josemaría, *Surco*, n. 56.

«A mí siempre me llamó mucho la atención que el Papa Benedicto dijera que la fe no es una teoría, una filosofía, una idea: es un encuentro. Un encuentro con Jesús»⁴⁰. Para nosotros vivir es Cristo. Y si, a veces, por debilidad, cansancio, o por tantas circunstancias de la vida, perdemos de vista esta realidad, Él siempre nos está esperando, e incluso *se hace el enconradizo con los que no le buscan*⁴¹.

Leer el Evangelio con cariño nos ayuda a crecer en la amistad con Jesús, «de la que todo depende»⁴²: a *buscarle, encontrarle, tratarle, amarle*⁴³. Al contemplar la vida del Señor, Dios siempre nos sorprenderá con luces nuevas. Aunque a veces pueda parecer que esa lectura no deja huella, después vienen a los labios o al pensamiento las palabras de Jesús, sus reacciones y sus gestos, que iluminan las situaciones ordinarias o menos ordinarias de nuestra vida. Se trata –y es un don que pido al Señor para todos– de que *respiremos* con el Evangelio, con la Palabra de Dios. Para esto, nos ayudan tantos buenos comentarios sobre la Sagrada Escritura, en los escritos de san Josemaría, y también en muchos otros textos: vidas de Cristo, escritos de los Padres, etc.

El reciente Congreso general ha insistido en la centralidad de Jesucristo: nos ilusiona que, en esta *gran catequesis*, que es la Obra, todo gire cada vez más en torno a su Persona⁴⁴. Con ese deseo de meteros a fondo en el Evangelio, al dar charlas, clases, meditaciones, o al hablar de la vida cristiana con los amigos, transmitiréis con más luminosidad la gran noticia del amor de Dios por cada uno. Decía San Ambrosio: «Recoge el agua de Cristo (...). Llena de este agua tu interior, para que tu tierra quede bien humedecida (...); y una vez lleno, regarás a los demás»⁴⁵. Pido a Santa María que nos enseñe a guardar y ponderar en nuestro corazón, como Ella, todo lo que se refiere a Jesús (cfr. *Lc* 2,19), para que caminemos y ayudemos a los demás a caminar, cada uno donde Dios le llama, por *caminos de contemplación*.

Aunque aún está reciente la carta que os escribí recogiendo las conclusiones del Congreso general, quizá habréis echado en falta, el mes pasado, una carta del Padre. Tras considerarlo con calma y consultar a la Asesoría Central y al Consejo General, me ha parecido oportuno comunicarme con vosotros alternando cartas con mensajes más breves, que os haré llegar a través de la web de la Obra, ahora que internet es un medio más para estar unidos.

En la semana de Pascua haré un breve viaje pastoral a Irlanda: acompañadme con vuestra oración. Y no dejéis de rezar por los 31 fieles de la Prelatura que recibirán la ordenación sacerdotal el próximo día 29. Por último, quiero agradeceros la cercanía que me manifestáis con vuestras cartas y con vuestra oración. También la mía por vosotras y por vosotros os acompaña siempre.

Deseándoos una feliz Pascua de Resurrección, os bendice con todo cariño vuestro Padre,



Roma, 5 de abril de 2017

⁴⁰ Francisco, Homilía, 28-XI-2016.

⁴¹ San Josemaría, Homilía “Sacerdote para la eternidad” (13-IV-1973), en *Amar a la Iglesia*, Palabra 1986, 69.

⁴² Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* (I), 8.

⁴³ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 300.

⁴⁴ Cfr. Carta, 14-II-2017, n. 8.

⁴⁵ San Ambrosio, *Epístola* 2, 4 (PL 16, 880).

10 de mayo de 2017

Mons. Fernando Ocáriz invita en este mensaje a acompañar al Santo Padre en su viaje a Fátima con la oración y con el amor atento a quienes nos rodean.

El centenario, ya inminente, de las apariciones de la Virgen en la *Cova da Iria* y la peregrinación del Papa a Fátima despiertan de nuevo en nosotros, de un modo especial, aquel deseo vibrante de san Josemaría: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!* Acompañemos al Papa Francisco con la cercanía que da la oración: dejemos en las manos de nuestra Madre las grandes intenciones de paz y de conversión que Ella comunicó en sus apariciones. Confiémosle también la unidad de la Iglesia y de los cristianos, para que, ¡todos con Pedro!, sembremos paz y alegría en el mundo. A la intercesión de los próximos santos Francisco y Jacinta encomendamos a quienes sufren las consecuencias físicas y espirituales de la violencia, de la guerra, de la falta de libertad, de la discriminación, de la soledad, de la pobreza. La Virgen recomendó en Fátima el Rosario. Recémoslo con el cariño y la confianza de hijos que acuden al corazón de la Madre.

La oración será fecunda si la paz y la fraternidad que inspiran los mensajes de Nuestra Señora se hacen más presentes en el amor atento, abierto, delicado, a quienes Dios pone a nuestro lado. La caridad no es una fría educación. Meditémoslo con calma: en nuestra casa, en el trabajo, en la relación con todos, a pesar de nuestras limitaciones y de nuestra impaciencia, ¿pueden reconocer los demás en nosotros algo de la mirada maternal de Santa María?



Roma, 10 de mayo de 2017

4 de junio de 2017, Solemnidad de Pentecostés

Familias que salen adelante unidas, que ayudan a otras familias, y que se dejan ayudar. En esta carta, el Prelado propone algunas líneas para seguir cuidando de la familia, lugar nativo del amor.

+++

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Como ha recordado el reciente Congreso general⁴⁶, en las últimas décadas la familia ocupa un lugar destacado entre las prioridades de la Iglesia y, por tanto, de la Prelatura. Con estas líneas querría detenerme de nuevo, brevemente, en este apostolado tan urgente y necesario.

Es patente que muchas personas ven hoy como un modelo más, e incluso cuestionan como una concepción arcaica, lo que en realidad es el designio de Dios para la unión del hombre y la mujer. Sin embargo, debemos llenarnos de esperanza: la luz de la verdad sobre la familia está inscrita por Dios en el corazón humano, y por eso se abre y se abrirá camino siempre en medio de las tormentas.

Cada familia, con su empuje e ilusión por salir adelante unida, «vuelve a entregar la dirección del mundo a la alianza del hombre y de la mujer con Dios»⁴⁷. Al pensar en esta realidad, me vienen a la

⁴⁶ Cfr. Carta pastoral, 14-II-2017, nn. 21, 31.

⁴⁷ Francisco, Audiencia, 2-IX-2015.

cabeza unas palabras de san Josemaría: «Tarea del cristiano: ahogar el mal en abundancia de bien. No se trata de campañas negativas, ni de ser antinada. Al contrario: vivir de afirmación, llenos de optimismo, con juventud, alegría y paz; ver con comprensión a todos: a los que siguen a Cristo y a los que le abandonan o no le conocen. –Pero comprensión no significa abstencionismo, ni indiferencia, sino actividad»⁴⁸. No perdamos la serenidad y las fuerzas lamentándonos ante las dificultades que atraviesan tantas familias, y la misma institución familiar. Procuremos proteger y promover, con fortaleza y profesionalidad, la familia cristiana: algo que no es solo nuestro, sino que pertenece a Dios, y a las generaciones que vienen y vendrán.

La familia y el matrimonio son un camino de santidad: «¿Te ríes porque te digo que tienes “vocación matrimonial”? –Pues la tienes: así, vocación». Vocación a la santidad, que es felicidad. La familia es el lugar nativo del amor; es el primer lugar en el⁴⁹ que se hace presente en nuestras vidas el Amor de Dios, más allá de lo que podamos hacer o dejar de hacer: «Nosotros amamos, porque Él nos amó primero» (1 Jn 4,19). La paternidad y la maternidad nos dicen quiénes somos, cada una y cada uno: un regalo de Dios, un fruto del Amor. En medio de las mil dificultades que pueden surgir en la vida de una familia, saberse y saber que los demás son un regalo de Dios nos impulsa a quererles más. Y la sociedad requiere siempre ese amor sin condiciones.

Más que en otras épocas, se nota hoy, a todos los niveles, la urgencia de asistir a las familias con mayores dificultades. No se nace sabiendo ser padre o madre, marido o mujer: conviene formarse y ayudar a formarse a otros esposos y padres. ¡Familias que ayudan a otras familias! Con la experiencia que da la vida familiar, se puede colaborar eficazmente en ese campo inmenso de la obra de misericordia que es *enseñar al que no sabe*. Sin “dar lecciones”, con naturalidad, ¡cuánto se puede hacer para preparar bien a los matrimonios y seguir a los recién casados, o a quienes pasan por un mal momento! Además, a veces la familia en dificultad podría ser la de alguno de vosotros; será entonces el momento de abrir el corazón y de dejaros ayudar, con la misma sencillez con que habéis apoyado a otros.

Pensad también, con corazón grande, cómo ayudar a quienes se encuentran en las así llamadas situaciones irregulares. El Papa Francisco ha reafirmado que la doctrina no cambia⁵⁰, pero urge a mejorar la atención de estos hermanos y hermanas, a los que es preciso acompañar con una mirada más cercana, de acogida y discernimiento, que les facilite superar esas situaciones, con la gracia de Dios.

Fijaos en el diálogo de Jesús con la Samaritana (cfr. Jn 4,1-45). Aquella mujer, aun estando lejos de Dios, empezó a rezar sin saberlo: se puso a hablar con Dios, que se hizo el encontradizo, y le fue llevando poco a poco, hasta poner su historia en su verdadera luz. La Samaritana no se queda sola ante su herida: está, a la vez, ante la mirada amabilísima del «Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 1,3-4). El Señor nos llama a ser para todas esas personas –a pesar de nuestra poquedad y miseria personal– transmisores de su cercanía y su consuelo.

Interesa, en todo caso, que tratemos de *llegar antes*: «Aprender a amar a alguien no es algo que se improvisa (...). En realidad, cada persona se prepara para el matrimonio desde su nacimiento»⁵¹. Os recuerdo que en las actividades apostólicas con gente joven conviene tratar de la belleza del celibato apostólico, y también de la vocación a formar una familia cristiana, abordando con creatividad los

⁴⁸ San Josemaría, *Surco*, n. 864.

⁴⁹ San Josemaría, *Camino*, n. 27.

⁵⁰ Cfr. Francisco, Ex. Ap. *Amoris laetitia* (19-III-2016), n. 300.

⁵¹ Francisco, *Amoris laetitia*, n. 208.

distintos aspectos del noviazgo y del matrimonio⁵²: testimonios de familias; cursos de orientación familiar para solteros, conferencias, proyecciones, lecturas; actividades para padres en los colegios; colaboración en las parroquias; promoción de diversiones que puedan ser el origen de futuros matrimonios cristianos, etc.

Quienes os encargáis más directamente de las actividades de formación, pensad que la mejora de cada familia tiene un efecto multiplicador en la sociedad. El atractivo de una familia cristiana se contagia: «Con el testimonio, y también con la palabra, las familias hablan de Jesús a los demás, transmiten la fe, despiertan el deseo de Dios, y muestran la belleza del Evangelio»⁵³.

Encomendemos a la acción callada y fecunda del Espíritu Santo esta serena e inmensa tarea familiar. Os bendice con todo cariño

vuestro Padre,



Roma, 4 de junio de 2017, Solemnidad de Pentecostés

7 de julio de 2017

Dios espera de los cristianos que llevemos a todos el Evangelio: en su pureza original y en su novedad radiante, con fidelidad y con audacia.

+++

Rezando en Fátima con todos vosotros, repasaba en la presencia de nuestra Madre del Cielo algunos de los retos de este mundo nuestro, tan complejos como apasionantes. ¿Qué espera hoy el Señor de nosotros, los cristianos? Que salgamos al encuentro de las inquietudes y necesidades de las personas, para llevar a todos el Evangelio en su pureza original y, a la vez, en su novedad radiante. Dos escenas de pesca en el mar de Tiberíades, en las que se entrevé la navegación de los cristianos a lo largo de la historia, trazan las coordenadas de esta tarea: la enérgica invitación del Maestro a ser audaces –«guía mar adentro» (Lc 5,4)–, y aquel «¡es el Señor!» del discípulo amado (Jn 21,7), reflejo de la fidelidad atenta y delicada que permite reconocer a Jesús.

Adentrarnos en el mar del mundo no significa adaptar el mensaje o el espíritu a las coyunturas del momento, porque el Evangelio ya contiene en sí mismo la capacidad de iluminar todas las situaciones. Se trata más bien de una llamada a que cada uno de nosotros, con sus recursos espirituales e intelectuales, con sus competencias profesionales o su experiencia de vida, y también con sus límites y defectos, se esfuerce en ver los modos de colaborar más y mejor en la inmensa tarea de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Para esto, es preciso conocer en profundidad el tiempo en el que vivimos, las dinámicas que lo atraviesan, las potencialidades que lo caracterizan, y los límites y las injusticias, a veces graves, que lo aquejan. Y, sobre todo, es necesaria nuestra unión personal con Jesús, en la oración y en los sacramentos. Así, podremos mantenernos abiertos a la acción del Espíritu Santo, para llamar con caridad a la puerta de los corazones de nuestros contemporáneos.

⁵² Cfr. Carta pastoral, 14-II-2017, n. 25.

⁵³ Francisco, *Amoris laetitia*, n. 184.

Lemaudo

Enxomil, 7 de julio de 2017

15 de agosto de 2017, festividad de la Asunción de la Virgen María.

El Opus Dei es una familia, y una familia que no se cierra en sí misma, sino que hace familia a su alrededor, abriéndose a las necesidades materiales y espirituales de todos.

Como sabéis, durante estas semanas –al pasar por España, Portugal, Francia, y ahora Alemania, Holanda y Bélgica–, estoy teniendo la ocasión de encontrarme con muchas personas de la Obra, con sus familias, y con cooperadores y amigos. Compartiendo sus alegrías, sus penas y, sobre todo, el deseo de llevar el amor de Cristo a tantas personas, recuerdo aquellas palabras que a san Josemaría le salían tan de dentro del alma, en agradecimiento a Dios: «pienso en la Obra y me quedo *abobao*».

Seguramente a vosotros os sucederá lo mismo, aunque a veces, por las dificultades o los problemas del día a día, se pueda hacer difícil ver más allá de nuestra labor inmediata. Pido a Santa María, en la fiesta de la Asunción, que nos ayude a levantar siempre la mirada del corazón a Dios a través de lo que tenemos entre manos; a cuidar de la Obra, que para nosotros es el modo principal de cuidar de la Iglesia. El Opus Dei no es un conjunto de edificios e iniciativas. Es mucho más: es una familia, y una familia que no se cierra en sí misma, sino que hace familia a su alrededor, abriéndose a las necesidades materiales y espirituales de todos. En las familias cada uno es importante. Cuidemos, pues, de cada una y cada uno, con nuestra oración, con nuestra cercanía, con nuestra comprensión, con nuestro buen humor.

Lemaudo

Solingen, 15 de agosto de 2017

24 septiembre 2017, festividad de Nuestra Señora de la Merced

«¿Qué buscáis?», dice Jesús a los jóvenes. Si les ayudamos a crecer sanos y fuertes de corazón, podrán escuchar su llamada: “venid y veréis”.

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Tras los pasados meses, en los que he tenido la alegría de ver a muchos de vosotros, os escribo con la mirada puesta ya en el tema de la próxima reunión del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar dentro de un año en Roma: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”. Como sabéis, la labor apostólica con la juventud estuvo muy presente en el reciente Congreso general⁵⁴. Quisiera, con estas líneas, animaros simplemente a considerar –sin descender a detalles– cómo podemos intensificar este aspecto prioritario de nuestra vocación cristiana.

«¿Qué buscáis?», dice el Señor a Juan y Andrés, la primera vez que se acercan a Él (*Jn* 1,38). La juventud es un momento de búsqueda; es la época en que cobra protagonismo la pregunta “¿quién

⁵⁴ Carta pastoral, 14-II-2017, 17, 24-28, 31.

quiero ser?”, que para un cristiano significa también: “¿quién estoy llamado a ser?”. Es la pregunta por la vocación: sobre cómo corresponder al amor de Dios. «Y tú, querido joven, querida joven, – escribía el Papa Francisco hace dos años– ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza? ¿Eres consciente del valor que tienes ante Dios que por amor te ha dado todo?»⁵⁵.

Existen hoy muchos obstáculos, a veces complejos, que dificultan este encuentro personal con el amor de Dios; pero también hay signos de esperanza. «No es verdad –decía Benedicto XVI– que la juventud piense sobre todo en el consumo y en el placer. No es verdad que sea materialista y egoísta. Es verdad lo contrario: los jóvenes quieren cosas grandes»⁵⁶. Esta afirmación responde a la realidad de la vida de muchos jóvenes, ilusionados por mejorar el mundo, aunque parezca chocar con la indolencia de tantos otros, a quienes vemos “envejecidos” por un constante bombardeo de consumo, entretenimiento, inmediatez, frivolidad. Es fácil lamentarse de esa situación; más exigente, en cambio, es procurar estar a la altura de esos deseos de cosas grandes que anidan, a veces encubiertos por una capa de aparente indiferencia, en sus corazones. ¿Somos capaces de hacerles vibrar con la belleza de la fe, de una vida vivida para los demás? Pregunto a cada uno de mis hijos e hijas más jóvenes: ¿sabes transmitir a tus amigos la vibración por ese Dios que es la Belleza, la Bondad, la Verdad, el único que puede saciar las ansias de felicidad de su corazón? Y a quienes no somos tan jóvenes por edad, pero procuramos mantener la juventud del corazón: ¿tratamos de entender sus dificultades, sus ilusiones? ¿Nos hacemos jóvenes con ellos?

A san Josemaría le gustaba el modo en que se llama en portugués a los jóvenes: *os novos*. En una ocasión comentaba: «Sed todos muy jóvenes. ¡Renovaos! (...) Renovar es volver a ser jóvenes, volver a ser nuevos, tener una nueva capacidad de entrega»⁵⁷. Para animar a que muchas almas tengan sueños generosos de entrega a Dios y a los demás, es necesario que todos los cristianos nos esforcemos en ser testimonios auténticos de una vida que tiende sinceramente a la identificación con Jesucristo. A pesar de nuestras limitaciones, con la gracia de Dios podemos ser sembradores de paz y de alegría en el lugar –ya sea un rincón del mundo o una encrucijada de culturas– donde el Señor nos quiere. Procuremos conservar y potenciar la “juventud” que Dios nos da⁵⁸. Nuestro testimonio sereno de esa juventud de espíritu deja siempre en los demás una impronta que, tarde o temprano, se revela como una ayuda para su vida.

Decía san Josemaría –y la consideración se extiende a todos los que inciden de un modo u otro en la educación de los jóvenes– que los padres son responsables del noventa por ciento de la vocación de sus hijos. Pensando en todos, pero especialmente en los cooperadores y en los supernumerarios y supernumerarias, a la vez que os animo a considerar si podéis aumentar, con creatividad y generosidad, vuestra implicación en las iniciativas de formación de la juventud (colegios, clubs, etc.), os sugiero que pongáis ante todo la mirada en vuestro hogar. Pensad si vuestros hijos pueden estar felices de pertenecer a su familia, porque tienen unos padres que les escuchan y les toman en serio, que les quieren como son; que se atreven a hacerse con ellos sus mismas preguntas; que les ayudan a percibir, en las pequeñas realidades de la vida diaria, el valor de las cosas, el esfuerzo que requiere sacar adelante un hogar; que saben exigirles, que no tienen miedo de ponerles en contacto con el sufrimiento y la fragilidad, tan presentes en la vida de mucha gente, quizá empezando por la propia

⁵⁵ Francisco, Mensaje de preparación para la JMJ de Cracovia, 15-VIII-2015.

⁵⁶ Benedicto XVI, Discurso, 25-IV-2005

⁵⁷ San Josemaría, notas de una reunión familiar, 19-III-1964.

⁵⁸ Cfr. San Josemaría, *Surco*, n. 79.

familia; que les ayudan, con su piedad, a *tocara* Dios, a ser «almas de oración». Ayudadles, en fin, a crecer sanos y fuertes de corazón, para que puedan escuchar a Dios que dice a cada uno y a cada una, como a Juan y Andrés, «venid y veréis» (Jn 1,39).

Os bendice con todo cariño
vuestro Padre,



Roma, 24 de septiembre de 2017, nuestra Señora de la Merced.

Mensaje del Prelado (10 octubre 2017)

La de un cristiano es una fidelidad agradecida, porque no somos fieles a una idea sino a una Persona: «Jesús, ¡qué bueno eres, qué bueno!».

Las recientes fechas del dos y seis de octubre, aniversarios de la fundación de la Obra y de la canonización de san Josemaría, nos invitan una vez más a recorrer nuestro camino con agradecimiento y fidelidad. «¡Qué bueno es el Señor, que nos ha buscado, que nos ha hecho conocer esta manera santa de ser eficaces, de entregar la vida sencillamente, de amar a las criaturas todas en Dios y de sembrar paz y alegría entre los hombres! Jesús, ¡qué bueno eres, qué bueno!» (Carta II-III-1940, n. 78).

Recordemos la oración de don Javier por la fidelidad de todas y de todos, en sus últimas horas en esta vida. La de un cristiano es una *fidelidad agradecida*, porque no somos fieles a una idea sino a una Persona: a Cristo Jesús, Señor nuestro, que –podemos decir cada uno– «me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). Sabernos queridos personalmente por Dios nos empuja, con su gracia, a un amor fiel y perseverante. Un amor lleno de esperanza en lo que Dios hará en la Iglesia y en el mundo, a través de la vida de cada una y cada uno, aun en medio de nuestra fragilidad.



Roma, 10 de octubre de 2017

Mensaje del Prelado (1 noviembre 2017)

Sí, es posible estar contentos en medio de incertidumbres, problemas, preocupaciones... Transmitamos a todos la alegría que Dios nos da.

Todos los Santos es la fiesta de la santidad discreta, sencilla. La santidad sin brillo humano, que parece no dejar rastro en la historia; y que, sin embargo, brilla ante el Señor y deja en el mundo una siembra de Amor de la que no se pierde nada. Al pensar en tantos hombres y mujeres que han recorrido ya ese camino y ahora gozan de Dios, recordaba unas palabras de la oración de san Josemaría: «Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos

nosotros? (...). Y entonces me explico bien aquello del Apóstol: “ni ojo vio, ni oído oyó...” (1 Cor 2,9) Vale la pena, hijos míos, vale la pena».

Somos pobres vasos de barro: frágiles, quebradizos. Pero Dios nos ha hecho para llenarnos de su felicidad, para siempre. Y ya ahora en la tierra, nos da su alegría para que la transmitamos a todos. Sí, es posible estar contentos en medio de incertidumbres, problemas, preocupaciones. Decía la Madre Teresa de Calcuta: «el verdadero amor es aquel que nos causa dolor, que duele, y a la vez nos da alegría». Acompañemos también con nuestra vida y nuestra oración a aquellos difuntos que, aunque sufren porque su “vaso de barro” no está aún preparado para toda esa belleza de Dios, tienen ya la alegría de saber que Él les está esperando en el cielo.

Fernando

Roma, 1 de noviembre de 2017

9 de enero de 2018, aniversario del nacimiento de san Josemaría

«Quiero dejaros como herencia el amor a la libertad y el buen humor», decía san Josemaría. Al hilo de sus enseñanzas, esta carta del Prelado invita a agradecer esa herencia y a reflexionar sobre el don de la libertad.

+++

ÍNDICE

Inicio.

— Llamados a la libertad.

— Libertad de espíritu.

— Formar y gobernar personas libres.

— Respeto y defensa de la libertad en el apostolado.

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

1. En los meses pasados, siguiendo una orientación del Congreso general, me he referido con frecuencia a la libertad. Ahora, con estas páginas, deseo que recordemos algunos aspectos de este gran don de Dios, siguiendo las enseñanzas de san Josemaría, que fue toda su vida un enamorado de la libertad. «No me cansaré de repetir, hijos míos —escribía en una ocasión—, que una de las más evidentes características del espíritu del Opus Dei es su amor a la libertad y a la comprensión»⁵⁹. Al releer y meditar sus palabras, demos muchas gracias a Dios. A la vez, procuremos examinar, cada una y cada uno, cómo traducirlas mejor en nuestra vida personal, con la gracia de Dios. Así, estaremos también en mejores condiciones de ayudar a que más almas puedan llegar a «la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rm 8,21).

La pasión por la libertad, su exigencia por parte de personas y pueblos, es un signo positivo de nuestro tiempo. Reconocer la libertad de cada mujer y de cada hombre significa reconocer que son personas: dueños y responsables de sus propios actos, con la posibilidad de orientar su propia

⁵⁹ San Josemaría, *Carta 31-V-1954*, n. 22.

existencia. Aunque la libertad no siempre lleva a desplegar lo mejor de cada uno, nunca podremos exagerar su importancia, porque si no fuéramos libres no podríamos amar.

Pero es una pena que, en muchos ambientes, exista un gran desconocimiento de lo que es realmente la libertad. Con frecuencia se pretende una ilusoria libertad sin límites, como meta última del progreso, mientras no pocas veces hay que lamentar también muchas formas de opresión y de aparentes libertades, que en realidad son cadenas que esclavizan. Una libertad que, antes o después, se revela vacía. «Algunos se creen libres —escribe el Papa— cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar donde retornar siempre. Dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes»⁶⁰.

Llamados a la libertad

2. Hemos sido «llamados a la libertad» (*Gal 5,13*). La Creación misma es una manifestación de la libertad divina. Los relatos del Génesis dejan entrever el amor creador de Dios, su alegría por comunicar al mundo su bondad, su belleza (cfr. *Gn 1,31*), y al hombre su libertad (cfr. *Gn 1,26-29*). Al llamarnos a cada uno a la existencia, Dios nos ha hecho capaces de elegir y querer el bien, y de responder con amor a su Amor. Sin embargo, nuestra limitación como criaturas hace posible también que nos apartemos de Dios. «Es un misterio de la divina Sabiduría que, al crear al hombre *a su imagen y semejanza* (cfr. *Gn 1,26*), haya querido correr el *riesgo* sublime de la libertad humana»⁶¹.

Ese riesgo, desde los albores de la historia, llevó efectivamente al rechazo del Amor de Dios por el pecado original. Se debilitó así la fuerza de la libertad humana hacia el bien, y la voluntad quedó algo inclinada al pecado. Después, los pecados personales debilitan aún más la libertad, y por eso el pecado supone siempre, en mayor o menor medida, una esclavitud (cfr. *Rm 6,17.20*). Sin embargo, «el hombre sigue siendo siempre libre»⁶². Aunque «su libertad es también siempre frágil»⁶³, se mantiene como un bien esencial de cada persona humana, que es necesario proteger. Dios es el primero en respetarla y amarla, porque «no quiere esclavos, sino hijos»⁶⁴.

3. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (*Rm 5,20*). Con la gracia, surge una nueva y más alta libertad para la que «Cristo nos ha liberado» (*Gal 5,1*). El Señor nos libera del pecado mediante sus palabras y sus obras: todas tienen eficacia redentora. Por eso, «en todos los misterios de nuestra fe católica aletea ese canto a la libertad»⁶⁵. Con frecuencia os recuerdo la necesidad de que Jesucristo se encuentre en el centro de nuestra vida. Para descubrir el sentido más profundo de la libertad, hemos de contemplarle a Él. Nos pasmamos ante la libertad de un Dios que, por puro amor, decide anonadarse tomando carne como la nuestra. Una libertad que se despliega ante nosotros, en su paso por la tierra hasta el sacrificio de la Cruz: «Yo doy la vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente» (*Jn 10,17-18*). No ha habido en la historia de la humanidad un acto tan profundamente libre como la entrega del Señor en la Cruz: Él «se entrega a la muerte con la plena libertad del Amor»⁶⁶.

El evangelio de san Juan narra un diálogo del Señor con algunos que habían creído en Él. Resuena con fuerza, entre las palabras de Jesús, una promesa: «*Veritas liberabit vos*, la verdad os hará libres»

⁶⁰ Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 170.

⁶¹ San Josemaría, *Carta 24-X-1965*, n. 3.

⁶² Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 30-XI-2007, n. 24.

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 129.

⁶⁵ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 25.

⁶⁶ San Josemaría, *Vía Crucis*, X estación.

(Jn 8,32). «¿Qué verdad es ésta —se preguntaba san Josemaría—, que inicia y consume en toda nuestra vida el camino de la libertad? Os la resumiré, con la alegría y con la certeza que provienen de la relación entre Dios y sus criaturas: saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de un gran Padre. Yo pido a mi Señor que nos decidamos a darnos cuenta de eso, a saborearlo día a día: así obraremos como personas libres»⁶⁷.

4. Nuestra filiación divina hace que nuestra libertad pueda expandirse con toda la fuerza que Dios le ha conferido. No es emancipándonos de la casa del Padre como somos libres, sino abrazando nuestra condición de hijos. «El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima»⁶⁸: vive de espaldas a sí mismo, en conflicto consigo mismo. Por eso, qué liberador es saber que Dios nos ama; qué liberador es el perdón de Dios, que nos permite volver a nosotros mismos, y a nuestra verdadera casa (cfr. Lc 15,17-24). Al perdonar a los demás, en fin, experimentamos también esa liberación.

La fe en el amor de Dios por cada una y por cada uno (cfr. I Jn 4,16) nos lleva a corresponder por amor. Nosotros podemos amar porque Él nos ha amado primero (cfr. I Jn 4,10). Saber que el Amor infinito de Dios se encuentra no solo en el origen de nuestra existencia, sino en cada instante, porque Él es más íntimo a nosotros que nosotros mismos⁶⁹, nos llena de seguridad. Saber que Dios nos espera en cada persona (cfr. Mt 25,40), y que quiere hacerse presente en sus vidas también a través de nosotros, nos lleva a procurar dar a manos llenas lo que hemos recibido. Y en nuestra vida, hijas e hijos míos, hemos recibido y recibimos mucho amor. Darlo a Dios y a los demás es el acto más propio de la libertad. El amor *realiza* la libertad, la redime: la hace encontrarse con su origen y con su fin, en el Amor de Dios. «La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres»⁷⁰.

El sentido de la filiación divina conduce por eso a una gran libertad interior, a una profunda alegría y al optimismo sereno de la esperanza: *spe gaudentes* (Rm 12,12). Sabernos hijos de Dios nos lleva también a amar al mundo, que salió bueno de las manos de nuestro Padre Dios, y a afrontar la vida con la clara conciencia de que se puede hacer el bien, vencer al pecado y llevar el mundo a Dios. El Papa Francisco lo ha expresado contemplando a nuestra Madre: «De María, llena de gracia, aprendemos que la libertad cristiana es algo más que la simple liberación del pecado. Es la libertad que nos permite ver las realidades terrenas con una nueva luz espiritual, la libertad para amar a Dios y a los hermanos con un corazón puro y vivir en la gozosa esperanza de la venida del Reino de Cristo»⁷¹.

Libertad de espíritu

5. Actuar libremente, sin sufrir coacción de ningún tipo, es propio de la dignidad humana y, más aún, de la dignidad de las hijas y de los hijos de Dios. A la vez, es necesario «fortalecer el aprecio por una libertad no arbitraria, sino verdaderamente humanizada por el reconocimiento del bien que la precede»⁷²: una libertad reconciliada con Dios.

⁶⁷ *Amigos de Dios*, n. 26.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ Cfr. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11.

⁷⁰ *Amigos de Dios*, n. 27.

⁷¹ Francisco, Homilía, 15-VIII-2014.

⁷² Benedicto XVI, Enc. *Caritas in veritate*, 29-VI-2009, n. 68.

Querría detenerme por eso a considerar la importancia de la *libertad de espíritu*. No me refiero al sentido ambiguo, que a veces se da también a esta expresión: actuar conforme a los propios caprichos y en resistencia a cualquier norma. En realidad, la libertad de todas las personas humanas está materialmente limitada por deberes naturales y compromisos adquiridos (familiares, profesionales, cívicos, etc.). Sin embargo, en todo podemos actuar libremente, si lo hacemos por amor: «*Dilige et quod vis fac: Ama y haz lo que quieras*»⁷³. La verdadera libertad de espíritu es esta capacidad y actitud habitual de obrar por amor, especialmente en el empeño de seguir lo que, en cada circunstancia, Dios le pide a cada uno.

«¿Me amas?» (*Jn 21,17*): la vida cristiana es una respuesta libre, llena de iniciativa y de disponibilidad, a esta pregunta del Señor. Por eso, «nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad»⁷⁴.

En este horizonte se entiende que alentar la libertad de cada uno no suponga disminuir la exigencia. Cuanto más libres somos, más podemos amar. Y el amor es exigente: «todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (*I Cor 13,7*). A su vez, crecer en el amor es crecer en libertad, es ser más libre. Con palabras de santo Tomás de Aquino: «*Quanto aliquis plus habet de caritate, plus habet de libertate*»⁷⁵. Cuanto más intensa es nuestra caridad, más libres somos. También actuamos con libertad de espíritu cuando no tenemos ganas de realizar algo o nos resulta especialmente costoso, si lo hacemos por amor, es decir, no porque nos gusta, sino porque nos da la gana. «Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, *porque nos da la gana*, que es la razón más sobrenatural»⁷⁶.

6. La alegría es también una manifestación de la libertad de espíritu. «En lo humano —nos dice san Josemaría—, quiero dejaros como herencia el amor a la libertad y el buen humor»⁷⁷. Son dos realidades que parecen muy distintas, pero que están conectadas, porque sabernos *libres para amar* nos lleva a experimentar en el alma la alegría, y con ella el buen humor: una mirada al mundo que, más allá del simple carácter natural, permite ver el lado positivo —y, si es el caso, divertido— de las cosas y de las situaciones. Como dice el Papa Francisco, Él «es el autor de la alegría, el Creador de la alegría. Y esta alegría en el Espíritu nos da la verdadera libertad cristiana. Sin alegría, los cristianos no podemos ser libres: nos convertimos en esclavos de nuestras tristezas»⁷⁸.

Esta alegría está llamada a invadir todo en nuestra vida. Dios nos quiere contentos. Hablando a los Apóstoles, Jesús nos habla también a nosotros: «que mi gozo esté en vosotros y que vuestro gozo sea completo» (*Jn 15,11*). Por eso podemos cumplir con alegría también los deberes que puedan resultar desagradables. Como nos dice san Josemaría, «no es lícito pensar que sólo es posible hacer con alegría el trabajo que nos gusta»⁷⁹. Se puede hacer con alegría —y no de mala gana— lo que cuesta,

⁷³ San Agustín, *In Epist. Ioan. ad Parthos*, VII, 8.

⁷⁴ *Amigos de Dios*, n. 30.

⁷⁵ Santo Tomás, *In III Sent.*, d. 29, q. un., a. 8, q. la. 3 s.c. 1.

⁷⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 17.

⁷⁷ San Josemaría, *Carta 31-V-1954*, n. 22.

⁷⁸ Francisco, Homilía, 31-V-2013.

⁷⁹ San Josemaría, *Carta 29-XII-1947*, n. 106.

lo que no gusta, si se hace por y con amor y, por tanto, libremente. Haciendo su oración en voz alta, el 28 de abril de 1963, san Josemaría explicaba así las luces que había recibido en el lejano 1931: «Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijo de Dios»⁸⁰.

7. Toda la ley divina, y todo lo que es voluntad de Dios para cada uno, no es ley que oprima la libertad; por el contrario, es *lex perfecta libertatis* (cfr. *St* 1,25): ley perfecta de libertad, como el mismo Evangelio, porque toda ella se resume en la ley del amor, y no solo como norma exterior que manda amar, sino a la vez como gracia interior que da la fuerza para amar. «*Pondus meum amor meus*»: mi amor es mi peso, decía san Agustín⁸¹, refiriéndose, no al hecho evidente de que a veces amar sea costoso, sino a que el amor que llevamos en el corazón es lo que nos mueve, lo que nos lleva a todas partes. «*Eo feror, quocumque feror*», allí donde voy, es él que me lleva⁸². Pensemos, cada una y cada uno, ¿cuál es el amor que me lleva a todas partes?

Quien deja que el Amor de Dios se haga con su corazón, experimenta personalmente hasta qué punto «la libertad y la entrega no se contradicen; se sostienen mutuamente. La libertad sólo puede entregarse por amor; otra clase de desprendimiento no la concibo. No es un juego de palabras, más o menos acertado. En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor, y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios»⁸³. La obediencia a Dios, así, no solo es acto libre, sino además acto liberador.

«Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis», dice Jesús a sus discípulos: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (*Jn* 4,32-34). Para Jesús, obedecer al Padre es alimento: lo que le da fuerza. Y así para nosotros: ser discípulo de Jesús, como explicaba san Juan Pablo II, consiste en «*adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre»⁸⁴.

Benedicto XVI profundiza en esta íntima relación entre libertad y entrega: «En su obediencia al Padre, Jesús realiza su libertad como elección consciente motivada por el amor. ¿Quién es más libre que Él, que es el Todopoderoso? Pero no vivió su libertad como arbitrio o dominio. La vivió como servicio. De este modo “llenó” de contenido la libertad, que de lo contrario sería solo la posibilidad “vacía” de hacer o no hacer algo. La libertad, como la vida misma del hombre, cobra sentido por el amor. (...) Por tanto, la libertad cristiana no es en absoluto arbitrariedad; es seguimiento de Cristo en la entrega de sí hasta el sacrificio de la cruz. Puede parecer una paradoja, pero el Señor vivió el culmen de su libertad en la cruz, como cumbre del amor. Cuando en el Calvario le gritaban: “Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”, demostró su libertad de Hijo precisamente permaneciendo en aquel patíbulo para cumplir a fondo la voluntad misericordiosa del Padre»⁸⁵.

«Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir. Fuiste más fuerte que yo, y me venciste» (*Jr* 20,7). ¡Qué amplitud de sentimientos se recoge en esta oración del profeta Jeremías! Percibir la propia vocación como un don de Dios —y no como un simple entramado de obligaciones—, incluso cuando suframos, es también una manifestación de libertad de espíritu. Qué liberador es saber que Dios nos quiere como somos, y nos llama en primer lugar a dejarnos querer por Él.

⁸⁰ San Josemaría, notas de una meditación, 28-IV-1963.

⁸¹ San Agustín, *Confesiones*, XIII, 9, 10.

⁸² *Ibid.*

⁸³ *Amigos de Dios*, n. 31.

⁸⁴ San Juan Pablo II, Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 19.

⁸⁵ Benedicto XVI, Discurso en el *Angelus*, 1-VII-2007.

8. Libertad de espíritu significa también no atarnos a obligaciones que no existen; saber prescindir y cambiar con flexibilidad tantos detalles de la vida que dependen de nuestra libre iniciativa personal. Como nos escribió hace ya veinte años don Javier, «hay, desde luego, acciones debidas y otras que no lo son en su concreta materialidad; pero tanto en las primeras como a través de las segundas hemos de buscar libre y responsablemente el cumplimiento del mandamiento supremo del amor a Dios: así somos libres y obedientes a la vez y en cualquier momento»⁸⁶.

Debemos mantener siempre en la Obra el ambiente de confianza y de libertad que facilita manifestar a quien corresponda lo que nos preocupa, comentar lo que no comprendemos o que nos parece que se debería mejorar. A la vez, ese clima de confianza se nutre también de la lealtad y la paciencia para sobrellevar, con serenidad y buen humor, las limitaciones humanas, situaciones que contraríen, etc. Esa es la actitud de un buen hijo, que, en ejercicio de su libertad, protege bienes más grandes que su propio punto de vista, aunque esté convencido de tener razón: bienes como la unidad y la paz familiar, que no tienen precio. En cambio, «cuando nuestras ideas nos separan de los demás, cuando nos llevan a romper la comunión, la unidad con nuestros hermanos, es señal clara de que no estamos obrando según el espíritu de Dios»⁸⁷.

9. Aunque a veces algunas situaciones puedan hacernos sufrir, Dios se sirve con frecuencia de ellas para identificarnos con Jesús. Como dice la carta a los Hebreos, Él «aprendió por los padecimientos la obediencia» (*Hb* 5,8) y trajo así la «salvación eterna para todos los que le obedecen» (5,9): nos trajo la libertad de los hijos de Dios. Aceptar las limitaciones humanas que todos tenemos, sin renunciar a superarlas en la medida de lo posible, es también manifestación y fuente de libertad de espíritu. Pensad por contraste en la triste actitud del hijo mayor de la parábola (*Lc* 15,25-30): cómo echa en cara a su padre tantas cosas que había ido guardando con amargura en su alma, y cómo tampoco es capaz de sumarse a la alegría familiar. Su libertad se había ido haciendo pequeña y egoísta, incapaz de amar, de entender que «todo lo mío es tuyo» (*Lc* 15,31). Vivía en su casa, pero no era libre, porque su corazón estaba fuera.

Qué hermosa resulta en cambio, por contraste, la historia de Rut la moabita, en la que libertad y entrega echan raíces en un profundo sentido de pertenencia a la familia. Conmueve ver cómo esta mujer responde a la insistencia de su suegra, que la animaba a rehacer su vida por su cuenta: «No me obligues a marcharme y a alejarme de ti, pues adonde vayas iré y donde pases las noches las pasaré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde mueras moriré y allí mismo recibiré sepultura» (*Rt* 1,16-17).

Contemplando a la Virgen Santísima, en fin, resulta aún más claro cómo la libertad se despliega en la entrega fiel. «Considerad ahora el momento sublime en el que el Arcángel San Gabriel anuncia a Santa María el designio del Altísimo. Nuestra Madre escucha, y pregunta para comprender mejor lo que el Señor le pide; luego, la respuesta firme: *fiat!* (*Lc* 1,38) —¡hágase en mí según tu palabra!—, el fruto de la mejor libertad: la de decidirse por Dios»⁸⁸.

Formar y gobernar personas libres

10. En la formación, tiene un papel importante la dirección espiritual personal, que debe desarrollarse siempre en un clima de libertad, y orientarse a formar personas que se sientan «libres

⁸⁶ Javier Echevarría, Carta pastoral, 14-II-1997, n. 15.

⁸⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 17.

⁸⁸ *Amigos de Dios*, n. 25.

como pájaros»⁸⁹. En este sentido, san Josemaría escribe, refiriéndose a los que reciben las charlas personales de sus hermanos, que «la autoridad del director espiritual no es potestad. Dejad siempre una gran libertad de espíritu a las almas. Pensad en lo que tantas veces os he dicho: *porque me da la gana*, me parece la razón más sobrenatural de todas. La función del director espiritual es ayudar a que el alma quiera —a que *le dé la gana*— cumplir la voluntad de Dios. No mandéis, aconsejad»⁹⁰. Con los consejos de la dirección espiritual se procura secundar la acción del Espíritu Santo en cada alma y ayudarla a situarse ante Dios y ante sus propios deberes con libertad y responsabilidad personales porque, «al crear las almas, Dios no se repite. Cada uno es como es, y hay que tratar a cada uno según lo ha hecho Dios y según lo lleva Dios»⁹¹.

Junto al consejo, de ordinario podrá ir la exhortación cariñosa que facilita el convencimiento de que siempre *vale la pena* esforzarnos por ser fieles por amor, libremente. También en la dirección espiritual, alguna vez, se puede dar —con claridad, pero siempre con cariño y delicadeza— un “consejo imperativo”, que recuerde la obligación de cumplir un deber. La fuerza de ese consejo, sin embargo, no provendría del consejo mismo, sino de ese deber. Cuando hay confianza, se puede y se debe hablar así, y quien recibe esa advertencia lo agradece, porque reconoce en ese gesto la fortaleza y el cariño de un hermano mayor.

11. La formación, a lo largo de toda la vida, sin descuidar su necesaria exigencia, tiende en una medida importante a *abrir horizontes*. En cambio, si nos limitásemos a exigir y a ser exigidos, podríamos acabar por ver solo lo que no alcanzamos a hacer, nuestros defectos y limitaciones, olvidando lo más importante: el amor de Dios por nosotros.

En este mismo contexto, recordemos cómo san Josemaría nos ha enseñado que «en la Obra, somos muy amigos de la libertad, y también lo somos en la vida interior: no nos atamos a esquemas ni métodos (...). Hay mucho —debe haber mucho— de autodeterminación incluso en la vida espiritual»⁹². Por esto, la sinceridad en la dirección espiritual, que nos mueve a abrir libremente el alma para recibir consejo, nos mueve también a la iniciativa personal, a manifestar con libertad lo que vemos como posibles puntos para nuestra lucha interior por identificarnos cada vez más con Jesucristo.

Por esto, la formación, transmitiendo a todos un mismo espíritu, no produce uniformidad, sino unidad. De modo gráfico decía san Josemaría que, en la Obra, «se puede andar por el camino de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino: según las circunstancias, será obligatorio para cada uno, porque así se lo impone su conciencia, seguir uno u otro de estos procedimientos. Lo único necesario es no descaminarse»⁹³. El espíritu de la Obra, como el Evangelio, no se superpone a nuestro ser, sino que lo vivifica: es una semilla destinada a crecer en la tierra de cada uno.

12. En la formación, es también importante evitar que un excesivo afán de seguridad o de protección encoja el alma, nos empequeñezca. «Quienes han encontrado a Cristo no pueden cerrarse en su ambiente: ¡triste cosa sería ese empequeñecimiento! Han de abrirse en abanico para llegar a todas las almas»⁹⁴. Qué importante es, pues, formarnos en la necesidad de vivir sin miedo a equivocarnos, sin

⁸⁹ San Josemaría, *Carta 14-IX-1951*, n. 38.

⁹⁰ San Josemaría, *Carta 8-VIII-1956*, n. 38.

⁹¹ *Ibid.*

⁹² San Josemaría, *Carta 29-IX-1957*, n. 70.

⁹³ San Josemaría, *Carta 2-II-1945*, n. 19.

⁹⁴ San Josemaría, *Surco*, n. 193.

miedo a no estar a la altura, sin miedo a un ambiente adverso; y, con visión sobrenatural, implicarnos —con prudencia y decisión— en el propio ambiente social y profesional.

El amor a la libertad se manifiesta también, por tanto, en la espontaneidad e iniciativa en el apostolado, que se compagina con los encargos apostólicos concretos. Es importante tener siempre muy en cuenta que «nuestro apostolado es sobre todo un apostolado personal»⁹⁵. Esto mismo rige a nivel de promoción de actividades apostólicas por parte de los Directores: «No he querido nunca ataros, sino que, por el contrario, he procurado que obréis con una gran libertad. En vuestra acción apostólica habéis de tener iniciativa, dentro del margen amplísimo que señala nuestro espíritu, para encontrar —en cada lugar, en cada ambiente y en cada tiempo— las actividades que mejor se acomoden a las circunstancias»⁹⁶.

13. Otra importante manifestación del amor a la libertad se hace presente en el gobierno pastoral, que corresponde al Prelado y a sus Vicarios, con la ayuda de sus correspondientes Consejos. Meditemos, una vez más, con agradecimiento, estas palabras de san Josemaría: «Como una consecuencia de ese espíritu de libertad, la formación —y el gobierno— en la Obra se funda en la confianza (...). Nada se logra con un gobierno fundado en la desconfianza. En cambio, es fecundo mandar y formar con respeto a las almas, desarrollando en ellas la verdadera y santa libertad de los hijos de Dios, enseñándolas a administrar la propia libertad. Formar y gobernar es amar»⁹⁷.

Mandar con respeto a las almas es, en primer lugar, respetar delicadamente la interioridad de las conciencias, sin confundir el gobierno y la dirección espiritual. En segundo lugar, ese respeto lleva a distinguir los mandatos de lo que son solo oportunas exhortaciones, consejos o sugerencias. Y, en tercer lugar —y no, por eso, menos importante—, es gobernar con tal confianza en los demás, que se cuente siempre, en la medida de lo posible, con el parecer de las personas interesadas. Esta actitud de quienes gobiernan, su disposición a escuchar, es una estupenda manifestación de que la Obra es familia.

Tenemos también una agradecida experiencia de la plena libertad que existe en el Opus Dei en las cuestiones económicas, políticas, teológicas opinables, etc. «En lo que no es de fe, cada uno piensa y actúa como quiere, con la más completa libertad y responsabilidad personal. Y el pluralismo que, lógica y sociológicamente, se deriva de este hecho, no constituye para la Obra ningún problema: es más, ese pluralismo es una manifestación de buen espíritu»⁹⁸. Este pluralismo debe ser querido y fomentado, aunque quizá a alguno la diversidad a veces se le pueda hacer costosa. Quien ama la libertad logra ver lo que tiene de positivo y amable lo que otros piensan y hacen en esos amplios ámbitos.

Por lo que se refiere al modo de realizar el gobierno, san Josemaría estableció y recordó siempre con fuerza la colegialidad, que es otra manifestación de ese espíritu de libertad que impregna la vida en el Opus Dei: «Os he repetido en innumerables circunstancias, y lo repetiré mucho más a lo largo de mi vida, que exijo en la Obra, en todos los niveles, un gobierno colegial: para que no se caiga en la tiranía. Es una manifestación de prudencia, porque con un gobierno colegial los asuntos se estudian más fácilmente, se corrigen mejor los errores, se perfeccionan con mayor eficacia las labores apostólicas que ya marchan bien»⁹⁹.

⁹⁵ San Josemaría, *Carta 2-X-1939*, n. 10.

⁹⁶ San Josemaría, *Carta 24-X-1942*, n. 46.

⁹⁷ San Josemaría, *Carta 6-V-1945*, n. 39.

⁹⁸ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 98.

⁹⁹ San Josemaría, *Carta 24-XII-1951*, n. 5.

La colegialidad no es solo ni principalmente un método o sistema de funcionamiento para la toma de decisiones; es, ante todo, un espíritu, enraizado en el convencimiento de que todos podemos y necesitamos recibir de los demás luces, datos, etc., que nos ayuden a mejorar y aun a cambiar de opinión. A la vez, esto lleva consigo precisamente el respeto —es más, la positiva promoción— de la libertad de los demás, para que puedan exponer sin dificultad alguna sus puntos de vista.

Respeto y defensa de la libertad en el apostolado

14. El apostolado tiene su origen en el deseo sincero de facilitar a los demás su encuentro con Jesucristo o una mayor intimidad con Él. «Nuestra actitud —ante las almas— se resume así, en esta expresión del Apóstol, que es casi un grito: *caritas mea cum omnibus vobis in Christo Iesu!* (1 Cor 16,24): mi cariño para todos vosotros, en Cristo Jesús. Con la caridad, seréis sembradores de paz y de alegría en el mundo, amando y defendiendo la libertad personal de las almas, la libertad que Cristo respeta y nos ganó (cfr. *Gal 4,31*)»¹⁰⁰.

Amamos la libertad, en primer lugar, de las personas a las que tratamos de ayudar a acercarse al Señor, en el apostolado de amistad y confianza, que san Josemaría nos invita a realizar con el testimonio y la palabra. «También en la acción apostólica —mejor: principalmente en la acción apostólica—, queremos que no haya ni el menor asomo de coacción. Dios quiere que se le sirva en libertad y, por tanto, no sería recto un apostolado que no respetase *la libertad de las conciencias*»¹⁰¹.

La verdadera amistad comporta un sincero cariño mutuo, que es la verdadera protección de la libertad y de la intimidad recíprocas. El apostolado no discurre como algo superpuesto a la amistad, porque —como os he escrito— «no hacemos apostolado, ¡somos apóstoles!»¹⁰²: la amistad misma es apostolado; la amistad misma es un diálogo, en el que damos y recibimos luz; en el que surgen proyectos, en un mutuo abrirse horizontes; en el que nos alegramos por lo bueno y nos apoyamos en lo difícil; en el que lo pasamos bien, porque Dios nos quiere contentos.

15. Como sabéis, el proselitismo, entendido en su sentido original, es una realidad positiva, equivalente a la actividad misionera de difusión del Evangelio¹⁰³. Así lo entendió siempre san Josemaría, y no en el sentido negativo que ha ido adquiriendo ese término en tiempos más recientes. Con todo, es necesario tener presente que, más allá de lo que deseáramos, en ocasiones las palabras adquieren connotaciones distintas de las que tenían en su origen. Por eso, calibrad, en función del contexto, la oportunidad de utilizar este término, porque en ocasiones vuestros interlocutores podrían entender algo distinto de lo que queréis decir.

El respeto y defensa de la libertad de todos se manifiesta también —si cabe, más especialmente— al plantear a una persona la posibilidad de la llamada de Dios a la Obra. Libertad para aconsejarse con quien quiera y, sobre todo, libertad plena en el discernimiento de la posible propia vocación y en la consiguiente decisión. San Josemaría, comentando un término fuerte del Evangelio, el *compelle intrare* —obliga a entrar— de la parábola (*Lc 14,23*), escribe: «Porque es característica capital de nuestro espíritu el respeto a la libertad personal de todos, el *compelle intrare*, que habéis de vivir en el proselitismo, no es como un empujón material, sino la abundancia de luz, de doctrina; el estímulo espiritual de vuestra oración y de vuestro trabajo, que es testimonio auténtico de la doctrina; el cúmulo de sacrificios, que sabéis ofrecer; la sonrisa, que os viene a la boca, porque sois hijos de

¹⁰⁰ San Josemaría, *Carta 16-VII-1933*, n. 3.

¹⁰¹ San Josemaría, *Carta 9-I-1932*, n. 66.

¹⁰² Carta pastoral, 14-II-2017, n. 9.

¹⁰³ Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 3-XII-2007, n. 12 y nota 49.

Dios: filiación, que os llena de una serena felicidad —aunque en vuestra vida, a veces, no falten contradicciones—, que los demás ven y envidian. Añadid, a todo esto, vuestro garbo y vuestra simpatía humana, y tendremos el contenido del *compelle intrare*»¹⁰⁴. Qué claro resulta así que la Obra crece y debe crecer siempre en un clima de libertad, presentando —con decisión y con sencillez— la belleza deslumbrante de vivir con Dios.

16. *Veritas liberabit vos* (Jn 8,32). Todas las promesas de liberación que se suceden a lo largo de los siglos son verdaderas en la medida en que se nutren de la Verdad sobre Dios y el hombre; la Verdad, que es una Persona: Jesús, Camino, Verdad y Vida (cfr. Jn 14,6). «También hoy, después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como Aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia»¹⁰⁵.

Dios nos ha dado la libertad para siempre: este don no es algo transitorio, para ejercitar solamente durante esta vida en la tierra. La libertad, como el amor, «nunca acaba» (I Cor 13,8): permanece en el Cielo. Nuestro camino hasta allí es precisamente un camino hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios: *in libertatem gloriae filiorum Dei* (Rm 8,21). En el Cielo la libertad no solo no desaparecerá, sino que alcanzará su plenitud: la de abrazar el Amor de Dios. «Un gran Amor te espera en el Cielo: sin traiciones, sin engaños: ¡todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia...! Y sin empalago: te saciará sin saciar»¹⁰⁶. Si somos fieles, por la misericordia de Dios, en el Cielo seremos plenamente libres, por la plenitud del amor.

Con todo cariño os bendice

vuestro Padre

Fernando

Roma, 9 de enero de 2018, aniversario del nacimiento de san Josemaría

ENTREVISTAS

“La vitalidad en la Iglesia depende de la apertura total al Evangelio”

Entrevista de Alfonso Riobó al Prelado del Opus Dei, monseñor Fernando Ocáriz, publicada por la Revista Palabra

Tras el fallecimiento de Mons. Javier Echevarría, que ha dirigido el Opus Dei desde 1994, el 23 de enero fue elegido y nombrado nuevo Prelado por el Papa Francisco el hasta entonces “número 2” de la Prelatura, el sacerdote español Fernando Ocáriz Braña. Transcurridas poco más de dos semanas desde entonces, Mons. Ocáriz ha concedido a Palabra esta amplia entrevista.

El objetivo acordado era dedicar buena parte de la entrevista a acercar al lector la persona de Mons. Fernando Ocáriz. El nuevo Prelado del Opus Dei lo ha cumplido fielmente, superando su notable reticencia a centrar la conversación en sí mismo. La reserva es parte de su carácter, como la

¹⁰⁴ San Josemaría, *Carta 24-X-1942*, n. 9.

¹⁰⁵ San Juan Pablo II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 12.

¹⁰⁶ San Josemaría, *Forja*, n. 995.

sobriedad expresiva, aunque no le faltan cordialidad ni apertura. Por lo que se refiere a la sesión fotográfica, fue para él un deber poco grato pero asumido con buen humor.

El encuentro tiene lugar en la sede de la Curia de la Prelatura del Opus Dei, el edificio donde vivieron y trabajaron san Josemaría Escrivá, el beato Álvaro del Portillo y Javier Echevarría. Aunque Fernando Ocariz pasó al primer plano del gobierno de la Obra en 1994, cuando fue nombrado vicario general (desde 2014 era vicario auxiliar), reside aquí desde hace 50 años, conoce cada detalle de la actividad del Opus Dei y actúa en plena identificación con sus predecesores.

Agradecemos al Prelado esta entrevista, la primera de esta amplitud, apenas dos semanas después de su elección y nombramiento el 23 de enero de 2017.

Primeros años

- Usted nació en París en 1944, de una familia española. ¿Cuál era el motivo de que residieran en Francia?

La guerra civil. Mi padre era militar en el lado republicano. Nunca quiso contar detalles; pero tengo entendido que, por su posición como comandante, tuvo ocasión de salvar a gente, y dentro del mismo ejército republicano acabó por estar en una situación arriesgada. Como no era partidario de Franco, pensó que convenía marcharse a Francia, y aprovechó la cercanía de la frontera de una parte del ejército, y se pasó allí, a través de Cataluña. Era veterinario militar, pero se había dedicado sobre todo a la investigación en biología animal. No era lo que podría considerarse un político, sino un militar y un científico.

- ¿Conserva algún recuerdo de esa época?

Lo que sé de esa época es por haberlo oído contar. Cuando la familia se marchó a Francia yo aún no había nacido, y tampoco mi séptima hermana, la anterior a mí (no llegué a conocer a mis dos hermanas mayores, que murieron siendo muy pequeñas, mucho antes de que yo naciera). Los dos menores nacimos en París. Yo nací en octubre, justo un mes después de la liberación por parte de las tropas americanas y las francesas del general Leclerc.

- ¿Se hablaba de política en casa?

No tengo recuerdos acerca de París. Ya en España, se hablaba poco; más bien se hacían comentarios sueltos y breves, no favorables, aunque no violentos, al régimen de Franco. De todos modos, hay que reconocer que, a partir de esa época, mi padre y la familia llevaron una vida pacífica: mi padre fue readmitido más adelante en un centro oficial de investigación, dependiente del Ministerio de Agricultura, en Madrid, donde trabajó hasta la jubilación.

- ¿Y de religión? ¿Recibió la fe en la familia?

Recibí la fe fundamentalmente en la familia, sobre todo de mi madre y mi abuela materna, que vivía con nosotros. Mi padre era una persona muy buena, pero en aquella época estaba bastante alejado de la religión. Con el tiempo volvería a la práctica religiosa, y llegó a ser supernumerario del Opus Dei. En el hogar familiar aprendí lo básico de la vida de piedad.

- De París, volvieron a España.

Yo tenía entonces tres años, y sólo conservo un vago recuerdo, como una imagen grabada en la memoria, del viaje en tren de París a Madrid.

- ¿En qué colegio estudió?

En Areneros, el colegio de los jesuitas. Allí estuve hasta el final del bachillerato. Era un colegio bueno y con una disciplina bastante seria. A diferencia de lo que he oído contar de otros colegios de la época, jamás vi a un jesuita pegarle a nadie, en los ocho años que estuve allí. Es algo que me suscita agradecimiento. Me acuerdo de bastantes profesores, sobre todo de los de los últimos años; por ejemplo, en el último curso tuvimos como profesor de matemáticas a un laico y padre de familia, de apellido Castillo Olivares, una persona verdaderamente valiosa, a la que admirábamos mucho.

Encuentro con el Opus Dei

- Estudió la carrera de Ciencias Físicas en Barcelona. ¿Cuál fue el motivo del traslado?

En realidad, el primer año de la Universidad lo hice en Madrid. Era el “selectivo”, que introducía a todas las ingenierías y facultades de ciencias. Había sólo cinco asignaturas, comunes a todas esas carreras: matemáticas, física, química, biología y geología. Éramos un curso muy numeroso; varios grupos, cada uno de más de cien alumnos.

Ese primer año tuve de profesor de matemáticas a don Francisco Botella [*catedrático, sacerdote y uno de los primeros miembros del Opus Dei*]. Cuando después se enteró de que yo era de la Obra y de que pensaba estudiar Físicas, me dijo: “¡Cómo haces Físicas! ¿Por qué no haces Matemáticas? Si quieres ganar dinero, hazte ingeniero; pero si es porque te interesan las ciencias, ¿por qué no estudias Matemáticas?”.

Cuando fui a Barcelona ya era miembro del Opus Dei. Viví en el Colegio Mayor Monterols, donde compatibilicé los estudios de Física con la formación teológica y espiritual que reciben las personas que se incorporan a la Obra.

- ¿Cuándo conoció el Opus Dei?

Por conversaciones entre mis hermanos mayores y mis padres, yo había oído la expresión “Opus Dei” siendo muy pequeño. Aunque no tenía ni idea de lo que era, esa palabra me resultaba familiar.

Estando en quinto de bachillerato, fui a un centro de la Obra que estaba en la calle Padilla número 1, esquina con Serrano, y por eso se llamaba “Serrano”; ya no existe. Fui pocas veces. Me gustaba el ambiente y lo que se decía, pero en el colegio ya teníamos actividades espirituales y quizá no acababa de ver la necesidad. También fui alguna vez a jugar al fútbol con los de “Serrano”.

Más adelante, en el verano de 1961, después del bachillerato y antes de la universidad, mi hermano mayor, que trabajaba como ingeniero naval en uno de los astilleros de Cádiz, me invitó a pasar unas semanas allí con su familia. Muy cerca de su casa había un centro del Opus Dei, y empecé a acudir. Estaba de director un marino e ingeniero de armas navales que me animaba a que aprovechara el tiempo: ¡hasta me dio un libro de química para estudiar, cosa que yo jamás había hecho en verano! Allí se rezaba, se estudiaba, se charlaba y, entre una cosa y otra, fui asimilando el espíritu del Opus Dei.

Acabó hablándome de la posibilidad de tener vocación a la Obra. Yo reaccioné como hacen muchos, diciendo: “No. En todo caso, como mi hermano, que es padre de familia”. Di largas al tema, hasta que me decidí. Recuerdo el momento preciso: estaba oyendo una sinfonía de Beethoven. Naturalmente, no es que me decidiera a causa de la sinfonía, sino que coincidió que estaba oyéndola cuando me decidí, después de haber pensado y rezado mucho. A los pocos días volví a Madrid.

Mons. Ocáriz con una familia, en Roma.

- Por tanto, ¿le gusta la música?

Sí.

- ¿Cuál es su músico preferido?

Quizá Beethoven. También otros: Vivaldi, Mozart..., pero si hubiera que elegir uno, me quedaría con Beethoven. La verdad es que desde hace años oigo muy poca música. No sigo un plan preciso.

- ¿Le importaría describir esa decisión de entrega a Dios?

No hubo un momento preciso de “encuentro” con Dios. Ha sido una cosa natural, gradual, desde que era pequeño y me enseñaron a rezar. De una manera progresiva me fui luego acercando a Dios en el colegio; allí teníamos la oportunidad de recibir la comunión diariamente, y pienso que eso ayudó a que la decisión posterior de hacerme de la Obra fuera relativamente rápida. Pedí la admisión en la Obra cuando me faltaba un mes para cumplir 17 años, por lo que me incorporé ya con 18.

- ¿Qué podría contar de los años de Barcelona?

En Barcelona estuve cinco años, dos como residente en ese centro de estudios y tres como parte de la dirección del Colegio Mayor. Allí estudié los otros cuatro años de carrera, y luego seguí un año más dando clases en la Facultad como ayudante. Todos los recuerdos de Barcelona son estupendos: de amistad, de estudio... Un recuerdo especial son las visitas que hacíamos a pobres y enfermos, como es tradición en la Obra. Muchos de los universitarios que acudíamos nos dábamos cuenta de que el contacto con la pobreza, con el dolor, ayuda a relativizar los propios problemas.

- ¿Cuándo conoció a san Josemaría Escrivá? ¿Qué impresión le produjo?

El 23 de agosto de 1963. Fue en Pamplona, en el Colegio Mayor Belagua, durante una actividad formativa de verano. Tuvimos con él una tertulia muy larga, por lo menos de hora y media. Me produjo una impresión estupenda. Me acuerdo que, después, comentamos entre varios que habría que ver al Padre –así llamábamos al fundador– mucho más frecuentemente.

Llamaba la atención su simpatía y su naturalidad: no era una persona solemne, sino natural, de buen humor, que contaba anécdotas con frecuencia; y a la vez decía cosas muy profundas. Era una síntesis admirable: decir cosas profundas con sencillez.

Lo volví a ver poco después, creo que al mes siguiente. Fui a pasar unos días en Madrid, y coincidió que el Padre estaba en Molinoviejo, así que fuimos a verle desde varios lugares.

En ninguna de esas ocasiones llegué a hablar con él personalmente. Luego, aquí en Roma sí, claro: muchas veces.

Cincuenta años en Roma

- A Roma se traslada en 1967...

Vine para realizar los estudios teológicos, y también conseguí una beca del gobierno italiano para investigar en Física durante el curso 1967-1968, en la Universidad *La Sapienza*. En realidad, de investigación pude hacer poco, lo indispensable exigido por la beca. Cuando vine, no tenía expresamente la perspectiva de seguir una carrera académica en Teología. Las cosas fueron rodando solas. No tenía planes en ese sentido.

- Su ordenación sacerdotal fue en 1971.

Sí. Me ordené el 15 de agosto de 1971, en la basílica de San Miguel, en Madrid. El obispo ordenante fue don Marcelo González Martín, todavía obispo de Barcelona, poco antes de trasladarse a Toledo.

Decían, en broma, que en la promoción éramos cuatro franceses: dos eran franceses “completos”, Franck Touzet y Jean-Paul Savignac; luego estábamos Agustín Romero, español que estaba en Francia desde hacía muchos años; y finalmente yo, que había nacido en París y vivido allí tres años.

No puedo decir que hubiera sentido desde siempre la llamada al sacerdocio. Cuando vine a Roma manifesté una disposición de principio, y luego dije abiertamente a san Josemaría: “Padre, estoy dispuesto a ordenarme”. Me tomó del brazo, y me dijo, entre otras cosas, más o menos: “Me das mucha alegría, hijo mío; pero cuando sea el momento tienes que hacerlo con total libertad”. Esa conversación fue en la *Galleria della Campana*, pienso que al terminar alguna de las tertulias que entonces teníamos con él con mucha frecuencia.

- ¿Recibió en España alguna tarea pastoral, tras la ordenación?

No. Tres días después de la ordenación dije la primera misa solemne en la basílica de San Miguel, e inmediatamente volví a Roma. Aquí había colaborado antes en las actividades de apostolado con jóvenes en Orsini, que entonces era un centro para universitarios, dando clases de formación cristiana y participando en otras actividades.

Siendo ya sacerdote, en Roma, colaboré varios años en la parroquia del Tiburtino (*San Giovanni Battista in Collatino*), y después en la de *Sant'Eugenio*; atendí sacerdotalmente varios centros de la Obra, tanto de mujeres como de hombres; y trabajaba aquí en las oficinas de la sede central. En fin, una trayectoria normal.

- Se sabe que le gusta el tenis. ¿Cuándo adquirió la afición?

Empecé con el tenis relativamente pronto, en Barcelona. Me enseñó mucho un italiano, Giorgio Carimati, ahora sacerdote y ya anciano, que entonces jugaba al tenis muy bien; en Italia había sido casi profesional. Pero ha habido idas y venidas con lo del tenis, porque me lesioné el codo derecho y algunas épocas me dediqué a la bicicleta. Ahora procuro practicarlo; intento jugar todas las semanas. Pero no siempre es posible, por el clima, por las ocupaciones, etc.

- ¿Juegan partidos...”de verdad”, a ganar?

Sí, claro. En cuanto a ganar, depende de con quién juegue.

- ¿Le gusta leer?

Sí, pero no hay mucho tiempo... No tengo un autor preferido. He leído también clásicos. Por la falta de tiempo he tardado años en terminar algunos libros grandes; hace ya bastante tiempo tardé un año en acabar *Guerra y paz*. De Teología he tenido que leer mucho, porque he dado clases hasta el año 1994, y porque también para la Congregación para la Doctrina de la Fe tengo que estudiar temas teológicos.

- En lo teológico, ha estudiado aspectos centrales del espíritu del Opus Dei como la filiación divina. ¿Considera necesario ahondar en esas reflexiones?

Ya se ha hecho mucho en ese campo. Lo que hay que hacer es continuar, y habrá que hacerlo siempre. El espíritu del Opus Dei es, solía decir el filósofo y teólogo Cornelio Fabro, “el Evangelio *sine glossa*”. Es el Evangelio, puesto en la vida ordinaria; siempre hay que profundizar más.

En ese sentido, no es que haya ahora una nueva época, porque ya se ha hecho muchísimo. Basta leer, por ejemplo, los tres “tomazos” de Ernst Burkhardt y Javier López titulados *Vida cotidiana y santidad*.

- En un artículo en esta revista, hablando de Mons. Javier Echevarría, ha usado la expresión “fidelidad dinámica”. ¿Con qué significado?

La expresión “fidelidad dinámica” no es una originalidad, ni mucho menos. Se trata de lo que afirmó expresamente san Josemaría: cambian los modos de decir y de hacer, permaneciendo intocable el núcleo, el espíritu. No es asunto de ahora. Una cosa es el espíritu, y otra es la materialidad del funcionamiento en cosas accidentales, que pueden ir cambiando con los tiempos.

La fidelidad no es pura repetición mecánica; es aplicar la misma esencia a diversas circunstancias. Muchas veces es preciso mantener también lo accidental, y otras veces cambiarlo. De ahí la importancia del discernimiento, sobre todo para conocer cuál es el límite entre lo accidental y lo esencial.

- ¿Qué parte tuvo en el nacimiento de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz?

No tuve nada que ver en lo jurídico o institucional. Simplemente fui uno de los primeros profesores. Había sido profesor en el Colegio Romano de la Santa Cruz durante bastantes años, en conexión con la Universidad de Navarra, y desde 1980 hasta 1984 di clases en la Pontificia Universidad Urbaniana; como tenía también las publicaciones suficientes, la autoridad competente de la Santa Sede consideró mi cualificación adecuada para entrar directamente como profesor ordinario. Fuimos tres los que entramos como ordinarios, en esas condiciones: Antonio Miralles, Miguel Ángel Tabet y yo.

- ¿Quiénes han sido sus maestros, en lo intelectual?

En Filosofía, Cornelio Fabro y Carlos Cardona. En Teología, no sabría decir uno concreto. Por una parte, están santo Tomás de Aquino, san Agustín, y Joseph Ratzinger más tarde. Pero sobre todo señalaría a san Josemaría Escrivá: en otro nivel distinto, lógicamente, no académico; pero sí por su profundidad y originalidad. Si hubiera que poner uno en lo teológico, sería él.

Recuerdos de tres papas

- ¿Cuándo conoció a san Juan Pablo II?

En una de las reuniones multitudinarias con el clero en el Vaticano, al inicio del pontificado. Luego le vi en bastantes ocasiones, y acompañando a Mons. Javier Echevarría comí con él algunas veces, junto con tres o cuatro personas más.

También almorcé con él otras dos veces, por razón del trabajo en la Congregación para la Doctrina de la Fe.

En la primera ocasión, tuvimos una reunión en el apartamento pontificio en la que estaban, además del Papa, el Secretario de Estado, el Sustituto, el cardenal Ratzinger como Prefecto, y tres consultores. Después de un buen rato de reunión, fuimos al comedor las mismas personas, y durante la comida cada uno iba dando su parecer, por orden, sobre el asunto que se trataba. Mientras tanto, esta vez y también la segunda, el Papa fundamentalmente escuchaba. Al principio pronunció unas palabras de agradecimiento por nuestra presencia, luego dijo al cardenal Ratzinger que dirigiera la reunión, y al final él hizo un resumen sintético y de valoración de conjunto de lo que había oído.

Creo que fue en la segunda ocasión cuando, tras escuchar y agradecer todo lo que se había expuesto, llevándose la mano al pecho, dijo: “Pero la responsabilidad es mía”. Se vio que realmente aquello le pesaba.

- Y a Benedicto XVI, ¿cuándo lo conoció?

Conocí al cardenal Ratzinger cuando fui nombrado consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en 1986. Luego coincidí con él con alguna frecuencia, en reuniones con pocas personas. Otras muchas veces he ido a verle para diversos asuntos.

- ¿Recuerda alguna anécdota de esos encuentros?

Un detalle percibí siempre en él: escuchaba mucho, y nunca era él quien daba por terminadas las entrevistas.

Recuerdo varias anécdotas. Por ejemplo, cuando el famoso *affaire* de Lefebvre, yo estuve en las conversaciones con el obispo francés, si no recuerdo mal, en 1988. En una reunión participaban el cardenal Prefecto Ratzinger, el Secretario de la Congregación, el mismo Lefebvre con dos consejeros, y uno o dos consultores más de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Lefebvre había aceptado, pero luego se echó para atrás. Estando yo un momento solo con Ratzinger, le salió del alma decir con pena: “¡Cómo no se dan cuenta de que sin el Papa no son nada!”.

Como Papa, pude saludarle varias veces, pero no tener propiamente una conversación. Después de su renuncia le he visto en dos ocasiones, acompañando a Mons. Echevarría al sitio donde vive ahora: le noté muy cariñoso, anciano, pero con la mente plenamente lúcida.

- Ya que ha mencionado el problema de los lefebvrianos, ¿le ve salida?

No he tenido contactos desde las últimas reuniones teológicas con ellos, de hace poco tiempo, pero por las noticias que hay, parece que podría estar próximo a arreglarse.

- ¿Cuándo conoció al Papa Francisco?

Le conocí en Argentina, cuando era obispo auxiliar de Buenos Aires. Yo acompañaba a Mons. Javier Echevarría. Volví a verle en 2003, cuando ya era cardenal arzobispo. Causaba la impresión de ser una persona seria, amable, cercana a las preocupaciones de la gente. Luego su rostro ha cambiado: ahora lo vemos con esa sonrisa continua.

Siendo Papa le he visto varias veces. Ayer recibí una carta suya. Yo le había mandado una carta agradeciendo el nombramiento, la prontitud con que lo llevó a cabo y el detalle de una imagen de la Virgen que me mandó ese día. Y me ha contestado con una carta muy bonita en la que, entre otras cosas, me pide que rece por él, como siempre hace.

Prioridades

–En su primer día como Prelado, se refirió a tres prioridades actuales del Opus Dei: juventud, familia y personas necesitadas. Empecemos por la juventud.

En la labor del Opus Dei con la gente joven se comprueba cómo la juventud de hoy –al menos, buena parte– responde con generosidad a los ideales grandes, por ejemplo a la hora de involucrarse en actividades de servicio a los más desfavorecidos.

Al mismo tiempo se percibe en muchos una falta de esperanza, por la ausencia de ofertas laborales, por problemas familiares, por una mentalidad consumista o por distintas adicciones que oscurecen esos ideales grandes.

Es preciso favorecer que los jóvenes se hagan preguntas profundas que, en realidad, sólo encuentran plena respuesta en el Evangelio. Un reto, por tanto, es acercarlos al Evangelio, a Jesucristo, ayudarles a descubrir su atractivo. Ahí encontrarán motivos para sentirse orgullosos de ser cristianos, para vivir la fe con alegría y para servir a los demás.

El desafío es escucharlos más, entenderlos mejor. En esto juegan un papel principal los padres, los abuelos y los educadores. Es importante tener tiempo para los jóvenes, estar de su lado. Dar cariño, derrochar paciencia, ofrecer compañía y saber plantearles retos exigentes.

- ¿Cuál es, en su opinión, la prioridad para la familia?

Desarrollar lo que el Papa Francisco ha llamado “el corazón” de *Amoris Laetitia*, es decir, los capítulos 4 y 5 de la exhortación apostólica, sobre los fundamentos y el crecimiento en el amor.

En nuestros días se hace necesario redescubrir el valor del compromiso en el matrimonio. Podría parecer más atractivo vivir alejado de cualquier tipo de vínculo, pero una actitud así suele terminar en la soledad o en el vacío. En cambio, comprometerse es utilizar la libertad a favor de un empeño valioso de gran alcance.

Además, para los cristianos, el sacramento del matrimonio da la gracia necesaria para hacer fructífero ese compromiso, que no es cosa sólo de dos, pues Dios está por medio. Por eso, es importante ayudar a redescubrir la sacramentalidad del amor matrimonial, especialmente en el periodo de preparación al matrimonio.

- En los viajes pastorales acompañando a Mons. Echevarría, ha conocido muchas iniciativas en favor de personas desfavorecidas. ¿Ha visto de cerca esa necesidad?

Es impresionante la pobreza en el mundo. Hay países que tienen, por un lado, personas de altísimo nivel, científicos, etcétera, pero también una tremenda miseria, que conviven juntas en grandes ciudades. En otros lugares, te encuentras con una ciudad que parece Madrid o Londres y, a pocos kilómetros, con barriadas de una miseria material impresionante, que forman alrededor de la ciudad todo un cordón de chabolas. El mundo es distinto de unos sitios a otros. Pero lo que impresiona en todas partes es la necesidad de servir a los demás, de que la Doctrina Social de la Iglesia vaya haciéndose realidad.

- ¿En qué sentido son las personas necesitadas una prioridad para la Iglesia y, como tal, para el Opus Dei?

Son una prioridad porque están en el centro del Evangelio y porque son amadas de un modo especial por Jesucristo.

En el Opus Dei hay como un primer aspecto más institucional: el de las iniciativas que personas de la Prelatura promueven con otras personas para paliar necesidades concretas del momento y del lugar en que viven, y a las que la Obra presta asistencia espiritual. Algunos casos concretos y recientes son, por ejemplo, *Laguna*, en Madrid, una iniciativa sanitaria para atender a personas que necesitan cuidados paliativos; *Los Pinos*, un centro educativo situado en una zona marginal de Montevideo, que promueve el desarrollo social de los jóvenes; o el *Iwollo Health Clinic*, un dispensario médico que ofrece atención gratuita a cientos de personas de zonas rurales de Nigeria. Esas y otras muchas obras similares deberían continuar y crecer porque el corazón de Cristo lleva a eso.

La otra vertiente, más profunda, es ayudar a que cada fiel de la Prelatura y cada persona que se acerca a sus apostolados descubra que su vida cristiana es inseparable de la ayuda a los más necesitados.

Si miramos a nuestro alrededor, en nuestro lugar de trabajo, en la familia, encontraremos tantas ocasiones: ancianos que viven en soledad, familias que atraviesan dificultades económicas, pobres, parados de larga duración, enfermos del cuerpo y del alma, refugiados... San Josemaría se volcaba en el cuidado de los enfermos, pues veía en ellos la carne sufriente de Cristo redentor. Por eso solía referirse a ellos como “un tesoro”. Son dramas que encontramos en la vida ordinaria. Como decía la Madre Teresa de Calcuta, ahora santa, “no hace falta ir a la India para atender y dar amor a los demás: se puede hacer en la misma calle en la que vives”.

- En la sociedad actual la evangelización plantea nuevos retos, y el Papa recuerda que la Iglesia está siempre “en salida”. ¿De qué manera participa el Opus Dei de esta invitación?

El Papa llama a una nueva etapa evangelizadora, caracterizada por la alegría de quienes, habiendo encontrado a Jesucristo, se ponen “en salida” para compartir este don entre sus iguales.

Sólo puede dar verdadera alegría quien tiene experiencia personal de Jesucristo. Si un cristiano dedica tiempo a su trato personal con Jesús, podrá dar testimonio de fe en medio de las actividades ordinarias, y ayudar a descubrir ahí la alegría de vivir el mensaje cristiano: el obrero con el obrero, el artista con el artista, el universitario con el universitario...

Las personas del Opus Dei -con todos nuestros defectos- deseamos contribuir a la edificación de la Iglesia desde el propio lugar de trabajo, en la propia familia... esforzándonos por santificar la vida ordinaria. Muchas veces se tratará de ámbitos profesionales y sociales que todavía no han experimentado la alegría del amor de Dios y que, en este sentido, son también *periferias* a las que es necesario llegar, de uno a uno, de persona a persona, de igual a igual.

- Una preocupación generalizada en la Iglesia son las vocaciones. ¿Qué aconsejaría, a partir de la experiencia del Opus Dei?

En el Opus Dei se experimentan las mismas dificultades que todos en la Iglesia, y pedimos al Señor, que es el “dueño de la mies”, que envíe “trabajadores a su mies”. Quizá un reto especial es fomentar la generosidad entre los jóvenes, ayudándoles a comprender que la entrega a Dios no es sólo renuncia sino don, regalo que se recibe y que hace feliz.

¿Cuál es la solución? Me viene a la cabeza lo que decía el fundador del Opus Dei: “Si queremos ser más, seamos mejores”. La vitalidad en la Iglesia no depende tanto de fórmulas organizativas, nuevas o antiguas, sino de una apertura total al Evangelio, que lleva a un cambio de vida. Tanto Benedicto XVI como el Papa Francisco han recordado que son sobre todo los santos los que hacen la Iglesia. Por tanto, ¿queremos más vocaciones para toda la Iglesia? Esforcémonos más por corresponder personalmente a la gracia de Dios, que es quien santifica.

- Desde su elección ha pedido con frecuencia oraciones por la Iglesia y por el Papa. ¿Cómo fomentar esa unidad con el Santo Padre en la vida de las personas corrientes?

Me pide un consejo. Todos los que han saludado personalmente al Papa Francisco, y desde el 2013 habrán sido miles, han escuchado esta petición: “Rece por mí”. No es una frase hecha. Ojalá en la vida de un católico no falte cada día un pequeño gesto por el Santo Padre, que lleva mucho peso encima: recitar una oración sencilla, realizar un pequeño sacrificio, etc. No se trata de buscar cosas difíciles, sino algo concreto, diario. A los padres y madres de familia les animo también a que inviten a sus hijos, desde pequeños, a rezar una breve oración por el Papa.

“Toda misión de liderazgo debe ser de servicio”

El 23 de enero, el papa Francisco nombró a monseñor Fernando Ocáriz prelado del Opus Dei, convirtiéndose así en el nuevo Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Pocas semanas después concedió esta entrevista a la revista de Antiguos Alumnos del IESE.

+++

¿Cómo aborda esta tarea de liderazgo?

Jesucristo, que es el Maestro y el Señor, dijo de sí mismo que no había venido a ser servido, sino a servir. De servicio es –o debe ser– toda misión de gobierno, de liderazgo. En mi caso, es obvio que se trata de un servicio a la Iglesia y al papa, dirigiendo esta porción del pueblo de Dios, que es la prelatura del Opus Dei. Para los miembros de la Obra, mi cometido se concreta en asegurar que reciban la necesaria formación cristiana y atención pastoral, para facilitar que puedan santificarse y contribuir a la evangelización de la sociedad, cada uno desde su lugar y su situación. Esto implica también darles aliento y luz, de palabra y por escrito.

Consciente además de que es Dios el que santifica, abordo mi tarea confiado en la ayuda del Cielo. Por eso, desde el primer momento, he pedido a los fieles de la prelatura y a los cooperadores que me sostengan con su oración. Lo mismo me animo ahora a pedir a las personas vinculadas con el IESE.

¿Con qué criterios valora lo urgente y lo importante y cómo se enfrenta a la dirección de una organización en la que se combinan las diferencias culturales con un objetivo común?

San Josemaría, fundador del Opus Dei –que fue también promotor y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra– advertía del peligro de descuidar lo importante por atender urgencias. Insistía –y así lo practicaba él mismo– en que es necesario estudiar bien los asuntos, tomando todo el tiempo que cada uno requiere: no menos, pero tampoco más. La precipitación no es diligencia; ni la dilación, prudencia. Para prevenir el nerviosismo y las prisas, que fácilmente llevan a decidir antes de haber recabado todos los datos relevantes, solía decir: “lo urgente puede esperar, lo muy urgente debe esperar”. La rapidez debida, la agilidad, es fruto del trabajo intenso y constante, así como del seguimiento de las decisiones, para ir cubriendo etapas sin dejar que los asuntos languidezcan.

Todas esas condiciones de un buen trabajo directivo se cumplen más fácilmente si el gobierno es colegial, como está establecido en el Opus Dei, por disposición prudente del fundador. Se acierta más y se va más ágilmente si varias personas estudian una cuestión. La diligencia no consiste en saltarse a alguno que deba aportar su opinión, sino en no “hacer charcos”, como decía san Josemaría; o sea, no retener los asuntos, sino examinarlos y darles curso, para que otros los vean a su vez y todos puedan contribuir a la decisión común.

Trabajar así hace también más fácil valorar lo importante y lo urgente. Un criterio básico al respecto –diría yo– es: lo más importante es lo que más directamente afecta a las personas. Lo organizativo tiene, sin duda, su relevancia; pero es secundario: primero están las personas. Y para un cristiano coherente, que ha recibido y valora el inmenso don de la fe, ese servicio prioritario a las personas es también servicio a Dios.

En cuanto a la forma de compaginar diversidad cultural y objetivo común en la prelatura del Opus Dei, la clave está en alentar la libertad. El cometido principal del Opus Dei es formar a sus

miembros para que cada uno actúe, libre y responsablemente, en el lugar y situación que le corresponde, procurando encarnar su fe cristiana en lo que hace.

Nadie en el Opus Dei le dirá qué solución ha de adoptar en los asuntos profesionales, sociales, políticos, etc.: él o ella tendrán que decidir en conciencia, con arreglo, naturalmente, a su preparación profesional específica y a su personal forma de ser y de pensar. El pluralismo resultante no es ningún caos: la armonía surge de la misma variedad polifónica, por la que cada uno contribuye a la sinfonía del conjunto, a la tarea de evangelización. Es, en el fondo, la misma unidad “católica” que se da en la Iglesia, hogar común para todos los pueblos.

¿Cómo deberían asumir ese día a día quienes busquen ser mejores personas y la excelencia a través de su trabajo en la dirección de empresas?

No pretendo ni puedo proponer una solución concreta. Sí sugeriré algunas ideas generales que, aplicadas por cada uno a su modo, quizá puedan ser útiles. Es conocido que los directivos están habitualmente bajo presión, por la abundancia y dificultad del trabajo y, sobre todo, por la responsabilidad que pesa sobre ellos.

Por una parte, me parece importante compartir la carga, en especial con los colaboradores inmediatos; saber delegar. Si a la gente se le muestra confianza, se le dan responsabilidades y margen a su iniciativa, suele reaccionar bien, tomando la tarea como propia e identificándose con el proyecto común.

En segundo lugar, aconsejaría, a las personas creyentes, descargar peso en Dios, que es nuestro Padre. Un buen profesional y buen cristiano trabaja lo más que puede y como mejor sabe y, a la vez, entiende que no todo está en su mano y deja también lo que no controla al cuidado de Dios. Jesucristo nos enseñó que Dios es un Padre amoroso, que se ocupa de las aves del cielo y de los lirios del campo, y mucho más de sus hijos. Si afrontamos todas nuestras jornadas con fe práctica, real, en la providencia divina, que gobierna todo para nuestro bien –aunque a veces no lo entendamos– creceremos como personas en nuestro trabajo y lo haremos mejor, libres de agobios que hacen daño y restan eficacia.

En este sentido, también resulta útil cuidar el descanso: el propio y el de quienes trabajan con nosotros. Equilibrar la solicitud por nuestras obligaciones y recuperar fuerzas permite seguir atendéndolas con renovado impulso.

¿Cómo se puede compatibilizar la misericordia, de la que tanto nos habla el papa Francisco, con las exigencias de un mercado que, muchas veces, parece no tener alma? ¿Cómo deberíamos ayudar a promover una economía más social?

Cómo plasmar la misericordia en la actividad económica nos lo dirá la misericordia misma, si dejamos que esta entre y conforme nuestra vida. El papa Francisco enseña que la misericordia es creativa; en su carta con motivo de la clausura del Jubileo del año pasado, nos anima a dar espacio a la “fantasía de la misericordia”, que impulsa iniciativas originales. La misericordia no es solo para determinadas ocasiones. Es una actitud permanente de sentir en el propio corazón las miserias ajenas, sufrirlas como propias y procurar aliviarlas.

Con esa disposición hondamente arraigada, los cristianos que desarrollan su profesión en el ámbito mercantil, financiero, industrial, etc., pueden contribuir a “dar alma” al mercado –y a todas las instituciones sociales–, es decir, actuar en el mercado con la conciencia de que en los intercambios participan personas, con la determinación de practicar la justicia y con el deseo de satisfacer las necesidades de los otros. Eso ya contribuye, aunque sea a través de pequeñas

aportaciones, a hacer más social la economía; me consta que el IESE lo fomenta en su tarea de formación de directivos. Aparte, el IESE puede contribuir con estudios y propuestas relevantes, para que las prácticas empresariales y la política económica y laboral vayan en esa dirección.

Además, es preciso practicar la misericordia como don gratuito, para ayudar a resolver las carencias, materiales o espirituales, que el mercado no puede remediar, o no remedia de hecho. Muchos empresarios mantienen iniciativas de asistencia y de promoción humana, que son prueba de la creatividad de la misericordia.

¿Cómo evitar que el deseo de éxito nuble el deseo de ayudar a los demás?

No son incompatibles, si nacen del mismo impulso y miran al mismo fin. La santificación del trabajo, que es un aspecto nuclear en el espíritu del Opus Dei, se hace realidad trabajando bien, con competencia, y por un motivo sobrenatural. Si en nuestra actividad procuramos amar a Dios y al prójimo, todas las demás intenciones se unifican y se hace santa la actividad misma. No hay entonces oposición entre el éxito y la solidaridad. Un directivo que desea ser un buen cristiano busca el éxito para llevar adelante su proyecto profesional y, al mismo tiempo, ayudar a los demás. Los dos deseos se refuerzan mutuamente.

En concreto, ¿cómo podemos introducir una visión más humanista de las relaciones humanas en el trabajo?

Estoy seguro de que es algo que hace el IESE constantemente, al recalcar que una empresa es una comunidad de personas y mostrar cómo ha de reflejarse esta realidad en los estilos directivos. A su vez, las personas formadas en el IESE extienden esa visión y las prácticas consecuentes de mil maneras, al aplicar lo que aprendieron a sus diversas situaciones profesionales, y siempre con atención particularizada hacia los más necesitados.

¿Qué criterios le parece que deben tener en cuenta los hombres y las mujeres para abordar este desafío? Al ser cada vez más necesarios dos sueldos en el hogar, ¿qué retos suponen para la familia estos cambios?

No solo porque hagan falta dos sueldos en un hogar, sino también porque una madre de familia puede estar en condiciones de desarrollar una carrera profesional. Es una pena encontrarse en la disyuntiva: o familia, o profesión.

En realidad, esto se plantea a menudo también a los hombres. Por supuesto, las mujeres, si pueden y si quieren, dejan el trabajo fuera del hogar para concentrarse en el cuidado de los hijos, por ejemplo, mientras son pequeños. Y es una decisión a veces necesaria y, en todo caso, digna de aplauso.

Por otra parte, son muchas las mujeres que compaginan la atención a la familia con otro trabajo, como también son cada vez más los hombres que reducen su jornada laboral para dedicar más tiempo a la familia. Conciliar familia y profesión es una de las cuestiones más importantes que tiene pendientes la sociedad actual en muchos países. Sé que en el IESE le prestáis mucha atención, y confío en que contribuyáis a encontrar soluciones. Pero querría, sobre todo, subrayar algo fundamental. Las madres y los padres de familia, al cuidar de su hogar y educar a sus hijos, con gran amor y sacrificio, en medio de muchas dificultades, aunque a veces no les salga bien o no logren hacerlo como desearían, realizan algo grandioso. Dan los más grandes beneficios: la formación y la felicidad de unas personas; y son acreedores de la gratitud de la sociedad, pues prestan una contribución insustituible al bien común. Y, sobre todo, Dios los mira con agrado. San Josemaría solía recordar a los empresarios que el mejor y principal “negocio” que tienen es su familia.

¿Cuáles serían, en su opinión, los valores que distinguirían a una empresa ética, tanto en los buenos tiempos como en los malos, cuando hay que hacer ajustes antipáticos?

Esto lo sabrá mejor que yo cualquier directivo de empresa. Pienso que conviene tener en cuenta que las situaciones pueden ser, en ocasiones, de una gran diversidad y complejidad.

Puede haber gente insensible, pero no hay duda de que muchos directivos sufren de verdad cuando se ven forzados a recortar la plantilla porque no se halla otro modo de asegurar la continuidad de la empresa. Sufren porque ven, en los afectados, personas y familias que corren peligro, quizá, de quedarse sin trabajo durante largo tiempo. Y sufren también por la preocupación o el desánimo que puede cundir entre los empleados que conservan sus puestos, así como por su propia preocupación ante el futuro de la empresa y, en consecuencia, de sus propias familias y las de los otros que dependen de ella.

Esa reacción en tiempos malos es síntoma de ética en un directivo: de atención primordial a las personas, que sabrá plasmar en las políticas y prácticas de la empresa. En tiempos buenos, la misma actitud llevará a los directivos a poner todo su talento en procurar la prosperidad de la empresa, sin limitarse a buscar el beneficio a corto plazo. Cuidarán el “capital humano”, por ejemplo, invirtiendo en la formación de los trabajadores. La atención primordial a las personas explica también el respeto a las leyes o al medioambiente; respeto que forma parte de la misión de la empresa, de su contribución al bien común. A veces resulta muy difícil integrar todos esos factores: decidir es complicado y está expuesto a error. En todo caso, la ética no es un límite ni un complemento de la buena acción directiva, sino una dimensión esencial.

¿Basta la introducción de códigos de buenas conductas y mecanismos de supervisión, para que la empresa tenga una base ética?

Los códigos, sobre todo si se vigila su cumplimiento, pueden ser de gran ayuda. Expresan las orientaciones éticas fundamentales y las aplican a las distintas facetas de la actividad empresarial. Sin embargo, en la vida real, se decide en situaciones concretas, y las diversísimas situaciones que se dan en la realidad no pueden estar todas previstas en un código. Para acertar en cada situación, los directivos, por una parte, han de tener muy bien asumidos los principios éticos y profesionales, pero, por otra, también necesitan experiencia, tenacidad y fortaleza que resista las presiones para ceder al mal y flexibilidad para rectificar. Aprender esas actitudes y ejercitarlas es parte de la formación del directivo.

Usted ya conoce el papel del IESE en el desarrollo de las escuelas de dirección en África y en otras economías emergentes. ¿Cómo podemos ayudarles más para que su papel como formadores se acelere, respetando su riqueza cultural?

Aprecio mucho esa gran tarea que procura hacer el IESE con la transmisión de conocimiento a países en desarrollo. Ayuda así a que surja un núcleo de empresarios y directivos bien capacitados y con ideales, tan necesario en esas naciones.

Y lo hace de la manera más eficaz: formando a quienes formarán a compatriotas suyos, poniendo en marcha una actividad que se perpetuará porque tendrá impulso propio y un estilo conforme con las características y la cultura del lugar. Ganará velocidad, sin duda, gracias al estímulo del IESE, aunque los mejores frutos quizá puedan tardar aún.

Como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, ¿qué le pide al IESE?

Más que pedir, doy las gracias, a Dios, porque son ya muchos millares los empresarios y directivos que han recibido en el IESE una formación integral que les ha hecho crecer como personas

y como profesionales. El IESE es un foco de excelencia, de humanidad, de responsabilidad social y de espíritu cristiano que alcanza a muchos ambientes y lugares. ¡Gracias!

Un gran universitario

Monseñor Fernando Ocariz nació el 27 de octubre de 1944. Es el más joven de ocho hermanos, uno de los cuales, José Ocariz, es profesor emérito de Contabilidad y Control en el IESE.

Mons. Ocariz es licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad de Barcelona (1966) y en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense (1969). Siendo estudiante, convivió en Roma con san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Obtuvo el doctorado en Teología en 1971, en la Universidad de Navarra. Ese mismo año, fue ordenado sacerdote. En sus primeros años como presbítero se dedicó, especialmente, a la pastoral juvenil y universitaria.

Desde 1994, fue vicario general del Opus Dei y, en el año 2014, fue nombrado vicario auxiliar de la prelatura. Durante los últimos 22 años, acompañó al anterior prelado, monseñor Javier Echevarría, en sus visitas pastorales a más de 70 naciones.

Como nuevo Gran Canciller, su cometido principal es velar por que la Universidad de Navarra cumpla con sus fines, de acuerdo con su espíritu fundacional, conservando la identidad cristiana y manteniendo actualizada la expresión de su misión y sus valores.

«Son tiempos para abrirnos a la acción de Dios»

Versión íntegra de la entrevista al Prelado del Opus Dei publicada recientemente por el periódico portugués “Jornal de Noticias”.

+++

He hablado con algunos de los que han sido alumnos suyos. Me contaron que impartía sus clases de Teología Fundamental de memoria, sin necesidad de abrir manuales, y caminando por el aula. ¿Tiene tan buena memoria?

Han pasado ya algunos años desde entonces y no recuerdo con mucho detalle. Desde luego, aunque la memoria ayuda, en la enseñanza de la Teología influye especialmente el hecho de que se trata de realidades que están en el centro de la propia vida y no sólo de datos que se recuerdan.

Si le pregunto por los cambios que podría haber en la Prelatura ¿es una paradoja? A veces se les tilda de inmovilistas, conservadores, como si tuvieran miedo al cambio...

Las instituciones de la Iglesia, como el Opus Dei, tienen el reto de ser plenamente fieles a Jesucristo en cada momento histórico, a través de la misión que han recibido. Con la ayuda de Dios, procuran hacer visible a Jesucristo de un modo adecuado a las circunstancias de lugar y tiempo. Por eso, en la Prelatura deben convivir la fidelidad a lo esencial, es decir, al espíritu y a la misión recibidos, con los cambios que requieran las nuevas circunstancias, los que sean necesarios dentro del ámbito amplio de lo que no es esencial. Como explicaba san Josemaría, con el tiempo cambian los modos de decir y de hacer, pero debe permanecer inmutable el núcleo, el espíritu.

¿Cómo afronta su misión y qué piensa que se espera de ella?

En primer lugar, pienso en la necesidad de la plena unión con el Papa y con los demás pastores, que resulta esencial para una tarea que es de servicio a la Iglesia. Naturalmente, he de vivir la paternidad y cercanía con las personas, sobre todo con las del Opus Dei, pues son las que la Iglesia me ha encomendado. Soy consciente de que la misión supera con mucho mi capacidad personal, pero también sé que Dios asiste. Además, cuento con la colaboración de mis vicarios y consejos, y muy especialmente, con la oración de los fieles del Opus Dei y de muchos amigos.

Es el tercer sucesor del fundador del Opus Dei. ¿Ha habido cambios en la Obra desde su comienzo? ¿Cuál es la realidad del Opus Dei a día de hoy?

La misión general de la Iglesia se puede resumir en llevar el Evangelio a todo el mundo, ayudando a las personas a encontrar a Jesucristo en la Palabra y en los sacramentos. La prelatura del Opus Dei participa en esta misión recordando la llamada universal a la santidad y ofreciendo formación cristiana dirigida especialmente a santificar la vida ordinaria: el trabajo, la familia, las relaciones sociales, etc. Desde 1928, el Opus Dei se ha extendido a todos los continentes; ha aumentado la variedad de fieles en edad, condición social, nacionalidades; ha alentado la puesta en marcha de numerosas iniciativas educativas y sociales, etc., pero el núcleo —el espíritu y la misión a los que me acabo de referir— seguirá siendo el mismo, aunque como mencioné antes, en cada tiempo hay que descubrir el aporte de este mensaje ante los retos cambiantes de la sociedad, de las personas, de las épocas.

¿Cómo está el Opus Dei en Portugal?

Los portugueses, con su fe confiada y serena, y con su carácter abierto, han llevado el mensaje de san Josemaría a muchas naciones. Portugal fue el primer país donde el fundador llevó el Opus Dei fuera de España, y lo hizo personalmente en 1945, impulsado por sor Lucia. Hay unos mil quinientos fieles de la Prelatura, la mayoría casados. Son católicos corrientes y sacerdotes seculares, que se esfuerzan por vivir el Evangelio en el trabajo y en los demás aspectos de su vida ordinaria. La prelatura del Opus Dei les ofrece formación cristiana a través de retiros espirituales, clases de teología, grupos de estudio y formación, etc., además de la atención pastoral de los sacerdotes. Estas actividades están abiertas a todos y, de hecho, participan muchas personas que no son del Opus Dei. Algunos portugueses del Opus Dei se dedican a proyectos formativos en ámbito educativo y familiar, a los que la prelatura presta una asistencia pastoral que es pública y conocida.

¿Conoce los recientes cambios legislativos en Portugal? Se quiere incorporar el tema del aborto —que es legal desde hace años— en el plan curricular de las escuelas. También se está discutiendo la descriminalización de la eutanasia. Portugal, un país de larga tradición católica, parece cada vez menos cristiano, tanto en las costumbres como en las leyes. ¿Cómo ve el futuro del país?

La rápida secularización de los modos de vida, ese acostumbrarse a vivir como si Dios no existiera, y a veces como si no tuviéramos que morir, es un movimiento cultural que afecta a muchos países del llamado occidente cristiano. Portugal no escapa a esa tendencia, a pesar de que es un país que ama tanto la vida, y donde se quiere a las personas por lo que son, con independencia de su salud física o espiritual. No conozco con profundidad los detalles de la situación portuguesa, pero usted me habla de temas concretos que se presentan en muchos sitios. Antes que nada, habrá que regresar a Dios, que es verdaderamente un padre bueno y lleno de ternura: de Él puede venir la luz para conocer la verdad y la fuerza para hacer el bien. De eso depende el futuro, también de Portugal. Me parece que, en este sentido, Fátima es como un gran imán para los portugueses, y una fuente de seguridad y optimismo.

Europa está sumergida en una crisis humanitaria, hay extremismos políticos latentes y elecciones muy pronto. ¿Está de acuerdo el Opus Dei —etiquetado a veces de conservadurismo— con determinadas posiciones más extremistas?

La Obra no tiene más posición que la de la Iglesia Católica. Sus miembros gozan de la libertad de cualquier católico en todas las cuestiones opinables. Pero, junto a ello, todos los católicos participamos de algunos retos que son éticos antes que políticos: Europa se encuentra, efectivamente, con el reto de acoger e integrar a miles de refugiados que se han visto forzados a abandonar sus países en busca de un futuro mejor. Para las personas del Opus Dei, como para todos los cristianos, las necesidades y los sufrimientos de estos hermanos son continuas invitaciones al servicio y a la oración, pues reconocemos en ellos “la carne sufriente de Cristo”, como nos recuerda con frecuencia el Papa Francisco.

El amor cristiano es un amor concreto que sigue el modelo de Jesús: vivir continuamente para los demás, revestirlos de dignidad a través de obras de servicio, acompañar en el dolor más profundo y transmitirles el consuelo de Cristo. En el discurso que el Papa pronunció a finales de 2014 en el parlamento europeo dio ideas sugerentes para afrontar esta dramática situación. Ojalá quienes gobiernan las tengan en cuenta.

¿Qué le parece, por ejemplo, la decisión de Donald Trump de levantar muros y cerrar las puertas a los inmigrantes? El Papa Francisco ha dicho, en reiteradas ocasiones, que debemos acogerlos como hermanos en la Tierra, pero están en juego cuestiones complejas desde el punto de vista de la seguridad: seguridad, libertad, terrorismo conviven en nuestros días. ¿Cómo garantizar el difícil equilibrio entre seguridad y libertad?

Los obispos norteamericanos acompañan muy de cerca a los inmigrantes y comparten sus preocupaciones. Además, se han mostrado abiertos a colaborar con las autoridades, para intercambiar reflexiones y puntos de vista. Luego, el equilibrio de las soluciones concretas —en particular entre seguridad y libertad— no es fácil y seguramente caben planteamientos diversos. Es una responsabilidad importante de las autoridades políticas. Los políticos, independientemente de sus planteamientos, cuentan con la oración de los creyentes, también cuando no piensan como ellos. Rezo para que en todos los países haya un clima de acogida a las personas más necesitadas, como a las que usted se refiere; ahora, concretamente, a los inmigrantes y refugiados, sin importar la raza, religión o condición social.

Hace poco tiempo consulté un estudio donde Portugal aparecía entre los países de Europa con mayor índice de divorcios y una cantidad significativa de matrimonios rotos. La Obra insiste mucho en el carisma de la familia, y en la familia como pilar de la sociedad y de la espiritualidad. ¿Por qué fracasan hoy tantos matrimonios? ¿Cuáles son las amenazas más importantes a la familia?

Que un hombre y una mujer se ofrezcan uno al otro, para toda la vida, con compromiso de exclusividad y hasta la muerte, para crecer conjuntamente y engendrar hijos que son continuidad de ese amor, es una realidad admirable que interesa a todos, no sólo a la Iglesia. Y que ese proyecto se hunda y fracase, además de herir a los involucrados, repercute también en la sociedad. Jesucristo dijo, además, que Dios recibe esa unión y la respeta como definitiva. Y para los cristianos el matrimonio es un sacramento, a través del cual Dios actúa con ayudas y bendiciones para los casados y sus hijos.

Hoy muchos se desaniman por el fracaso de otras personas, por el ritmo extenuante de la vida, por la escasez de medios, de espacio y de tiempo que afecta a las familias.

Pienso que el Papa Francisco nos ayuda a quebrar todo pesimismo y recuerda que el matrimonio ha de fundarse en la alegría del amor. No puedo dejar de sugerir la lectura atenta de lo que el Papa llama el corazón de *Amoris Laetitia*: el capítulo cuarto sobre el amor en el matrimonio, y el capítulo quinto sobre el amor que se vuelve fecundo. Son ideas prácticas, sugerentes y muy fácilmente comprensibles que pueden fortalecer las familias.

En su primer mensaje citó “Es Cristo que pasa”, diciendo que “cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo: para eso, necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales”. ¿Cómo es este tiempo que nos ha tocado vivir?

Son tiempos de inseguridad y, a la vez, de deseo de cambio; de alejamiento de Dios y de “saudades” de Dios; de tristeza y cansancio, pero también de nostalgia de bien; de temor a los conflictos, junto con un gran deseo de paz. Son los tiempos que nos toca vivir, y son tiempos para abrirnos a la acción de Dios.

Algunos, en la opinión pública, se refieren al Opus Dei como algo cerrado, similar a un grupo de presión. Al hablar del Opus Dei en la opinión pública también aparece con frecuencia el dinero, la influencia o la riqueza. ¿De verdad es la Obra tan influyente? ¿Tiene tanto dinero y tantos bienes? ¿Cuáles? ¿Porqué hay tanta gente del Opus Dei importante y de clase alta (en Portugal, por ejemplo, banqueros)? ¿Hay más ricos que pobres en la Prelatura? ¿Es porque Jesús dijo que es más fácil para un camello pasar por el hueco de una aguja que para un rico entrar en el reino de los cielos?

La realidad es muy distinta y hay, a veces, bastante ficción en el imaginario colectivo. Entre los cristianos que pertenecen al Opus Dei se encuentran personas de todo tipo: sanos y enfermos, jóvenes y ancianos, pobres y personas más acomodadas, gente con trabajo estable, jubilados y muchas personas en el paro que, en los países que más sienten la crisis, sufren con todos los que están en esa misma circunstancia. Me parece importante acercarse a la realidad, conocer a las personas. El Opus Dei presta un servicio de acompañamiento cristiano a todos, más allá de la condición social o económica, y sin interferencia alguna en el amplio campo de sus opciones profesionales, artísticas, políticas y de ciudadanía. Al mismo tiempo, nuestros centros y labores apostólicas tienen las puertas abiertas para quien quiera conocer esta realidad de primera mano. Muchas personas del Opus Dei con sus amigos impulsan proyectos sociales, asistenciales y educativos que están al servicio de mucha gente y que no suelen ser noticia. Le pongo un ejemplo que he conocido estos días: algunos fieles del Opus Dei en Costa de Marfil han creado el centro médico Wale que da asistencia médica y tratamiento gratuito a los enfermos de sida, tanto en Yamoussoukro como en Toumbokro. Le pido a Dios que esas iniciativas, personales o colectivas, no dejen de multiplicarse, también en tierras portuguesas.

¿Está de acuerdo con san Pablo cuando afirma que el dinero es la raíz de todos los males?

San Pablo dice que *el amor* al dinero es la raíz de todos los males. Es la misma alerta que hace el Papa Francisco cuando habla del dios-dinero y de la idolatría del dinero. El Papa, además de despertarnos ante las grandes injusticias sociales, también nos ayuda a afinar hasta en el modo de dar limosna: mirando a los ojos de quien nos pide, y dejando que la mano que da toque a la mano que recibe.

En los últimos años, el Opus Dei consiguió puestos de influencia en la Curia y en la Santa Sede. También la Universidad de la Santa Cruz creció significativamente. ¿Cómo explica este aumento del prestigio y de los cargos por parte del Opus Dei?

Son muy pocas las personas de la Obra que trabajan en la Curia vaticana: su nombramiento se hace público en el boletín oficial de la prelatura, “Romana”, donde cualquiera puede comprobarlo. Han respondido libremente a quienes les han propuesto esa colaboración, e intentarán trabajar con actitud de servicio y de obediencia a sus superiores en la Curia. Por otro lado, me parece clave entender que el trabajo en los organismos administrativos de la Iglesia se vive como un servicio a la Iglesia universal y no como un cargo de prestigio. En cualquier caso, puedo asegurarle que lo único que nos interesa es servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida. Así nos lo enseñó san Josemaría y así hemos de procurar vivirlo.

¿Se puede comparar, en términos de dimensión, el Opus Dei con los Jesuitas? ¿Diría que la Obra es hoy igual o más importante que los Jesuitas?

En la Iglesia todos queremos responder al mandato misionero de Jesucristo, todos colaboramos en la gran misión evangelizadora. Cada uno lleva a cabo este anuncio según su carisma y, aún todos juntos, somos pocos para ayudar a toda la gente. Por eso nos sentimos unidos unos a otros, y no hay lugar para comparaciones. Es muy notable el servicio a la humanidad que ha prestado y presta la Compañía de Jesús, con la dedicación y entrega de tantos hombres que unen oración, estudio y un servicio muy real a las situaciones humanas de frontera. Yo mismo estudié el bachillerato en un colegio de los jesuitas en Madrid, y estoy muy agradecido por lo que recibí tanto en el plano académico como en el de la formación humana y espiritual.

¿Pudo ver la película “Silencio”? ¿Qué le pareció? Si todavía no la ha visto, ¿qué le han dicho sobre ella?

He leído algo sobre la película, que retrata como puede llegar a ser muy alto el precio de ser leal a Dios. No debemos desear ser probados, pero confiamos en que Dios nos ayude, en cada momento, a no dejar de hacer lo justo y lo bueno.

¿Cómo es tener que tratar con un Papa jesuita? Sé que me responderá que el Papa lo es para toda la Iglesia. Obviamente no se pone en duda su infalibilidad. Sin embargo, hay Papas que pueden gustar más o menos, por unas razones u otras. Francisco ha experimentado cierta oposición por algunas posiciones que los conservadores consideran un poco laxas. ¿Preocupa en la Obra que pueda haber cambios doctrinales?

En un buen hijo de la Iglesia no deberían caer los celos a los que se refiere. Además, con el Papa actual es muy fácil llegar a un cariño, digamos, humano, de amistad. Personalmente, me impresiona su vida de oración y su apertura a cada persona, manifestando un amor de predilección hacia los enfermos. Hablamos de un Papa con un gran sentido pastoral, y que desea una Iglesia evangelizadora. El pasado 3 de marzo estuve en audiencia privada con el Papa. Francisco estuvo muy cariñoso, agradecido e interesado por la labor apostólica del Opus Dei en todo el mundo. Con frecuencia recuerdo un lema que propuso san Josemaría: *Omnes cum Petro, ad Iesum per Mariam*: todos, con Pedro, a Jesús por María.

¿Qué me dice sobre lo que se habló en el sínodo de la familia: el acceso a los sacramentos —en algunos casos— a los divorciados que han contraído nuevo matrimonio, o de determinadas afirmaciones —poco conservadoras— del Santo Padre sobre que no se debe juzgar a los homosexuales sino acogerlos?

El Papa invita a toda la Iglesia a acompañar, a discernir, a integrar a todas las personas, sea cual sea su situación personal. Es un nuevo impulso pastoral, que requiere respuestas concretas dentro de la continuidad con la doctrina del Magisterio. En su documento sobre la familia, al mismo tiempo que recuerda que no cambia la doctrina de la Iglesia, el Santo Padre nos anima a buscar modos para ayudar a las personas que se quieren casar, a quienes desean hacer crecer su amor conyugal o a quienes atraviesan alguna dificultad. Para eso hacen falta más directores o consejeros espirituales disponibles y preparados.

¿Qué piensa sobre el caso del grupo de cardenales que escribieron a Francisco señalando cierta discordancia con aspectos de la exhortación postsinodal? ¿Está de acuerdo con que hubo, quizá, una interpretación equivocada o explicación errónea de algunos puntos? ¿De cuáles?

Entenderá que no me compete entrar aquí en detalles sobre este tema. En cualquier caso, es manifiesta la existencia de diversidad de pareceres en cuestiones importantes, lo que supone un motivo para rezar por la unidad.

¿Tiene sentido una Iglesia con tantos movimientos diferentes? La diversidad de movimientos y carismas ¿puede contribuir a dividir la Iglesia?

La Iglesia es un Pueblo, el Pueblo de Dios, formado por muchos pueblos. Es una casa grande y en expansión, que Cristo edifica para acoger a todas las personas y donde todas las personas pueden encontrar el lugar en el que se sientan en casa. Unidad y diversidad no se oponen; el opuesto de unidad es división. Si hay unión con Cristo, a través de Pedro, no hay riesgos de división sino todo lo contrario. La unidad en la diversidad es precisamente comunión, que supone un enriquecimiento notable para la Iglesia.

¿Cómo explicaría el Opus Dei al mundo de hoy?

El fundador, san Josemaría Escrivá, solía decir que el Opus Dei es una gran catequesis. Es una imagen muy gráfica: cada persona del Opus Dei, con la naturalidad de su vida cristiana y con su amistad, a pesar de las propias limitaciones y defectos, procura compartir la alegría del Evangelio entre sus familiares, amigos, colegas de trabajo, vecinos... y hacer la Iglesia precisamente en esas periferias profesionales, familiares y sociales. Nuestro mundo está lleno de heridas y sediento de esperanza. El testimonio de una vida cristiana en las realidades más cotidianas puede ayudar a que muchas personas conozcan y encuentren a Jesucristo, y al descubrir su amor, tengan una alegría más profunda en sus vidas.

¿Qué opinión y expectativas tiene sobre la visita del Papa Francisco a Portugal? Ha preferido visitar Fátima en lugar de ir al Santuario de Aparecida en Brasil. ¿Qué espera el prelado de esta visita de Francisco a Portugal en el mes de mayo?

Es admirable la devoción, profunda y viva, que tiene el Papa a la Virgen. Se ve que irá a Fátima atraído por Dios a través de María. El tema del viaje es sugerente: “Con María, peregrino en la esperanza y la paz”. En Fátima, los pastorcillos se han apasionado por Dios, que les ha deslumbrado. Ojalá, junto al Papa, todos puedan descubrir o redescubrir, con la ayuda maternal de María, el inmenso amor de Dios por cada uno.

«El trato de persona a persona es el mensaje para la nueva evangelización»

Y “ese es el impulso misionero que la Obra puede aportar, ese trato de persona a persona, la evangelización de persona a persona”, ha explicado el nuevo Prelado del Opus Dei en una entrevista de José Luis Restán y Eva Galvache en el programa ‘El Espejo’, de COPE (España).

+++

San Josemaría Escrivá de Balaguer fundó el Opus Dei en 1928. Es una prelatura personal de ámbito internacional, compuesta por un Prelado, por un clero propio y por fieles laicos (hombres y mujeres).

D. Fernando nació en París, en octubre de 1944, por tanto, tiene 72 años. Es hijo de una familia española exiliada en Francia por la Guerra Civil. Es el más joven de ocho hermanos. Es licenciado en Ciencias Físicas y doctor en Teología. Sigue jugando al tenis, deporte al que es aficionado desde joven. Ha escrito varios libros de índole teológica y filosófica.

Desde 1994 es vicario general del Opus Dei y en 2014 fue nombrado vicario auxiliar de la prelatura. Durante los últimos 22 años ha acompañado al anterior prelado, Mons. Javier Echevarría, en sus visitas pastorales a más de 70 naciones.

Mons. Ocáriz se ha convertido así en el primer Prelado del Opus Dei que por edad no ha sido colaborador de San Josemaría, ¿esto supone un salto, un desafío especial?

“Novedad es, lo de salto no lo diría yo porque ha habido una continuidad notable también por lo que han hecho los sucesores de San Josemaría de transmitir todo lo que es el espíritu, el carisma de la Obra y Echevarría ha dejado las cosas muy claras, el desafío existe, el desafío es la fidelidad al carisma dado lo cambiante de los tiempos, las circunstancias de personas, eso es un desafío constante. La fidelidad es la esencia, pero las circunstancias cambian, los tiempos, los problemas que se plantean. Gracias a Dios cuento con muchos colaboradores y con bastante descentralización”, responde.

El carisma de San Josemaría es un tesoro para embellecer al mundo, ¿cuál es el núcleo del carisma?

A San Josemaría le sucedió el beato Álvaro del Portillo y a éste, Monseñor Javier Echevarría, que falleció el pasado 12 de diciembre. Desde el pasado día 23, Monseñor Fernando Ocáriz es el nuevo Prelado.

“El núcleo es el recordar la llamada universal a la santidad y de que a toda persona Dios la llama a una felicidad completa, la santidad es la plena felicidad de la unión con Dios que solo en la otra vida podremos alcanzar del todo. Pero no es que todos están llamados, sino que es una universalidad objetiva, todo es camino para esa santidad, la vida ordinaria, el trabajo ordinario, las circunstancias familiares en todo hay ocasión de unión con Dios, encuentro con esa felicidad que permite realizar una dedicación a los demás que embellece al mundo a base del afecto, de la fraternidad, de la unidad”, señala Mons. Ocáriz.

El nuevo Prelado del Opus Dei se ha marcado “como prioridad el cuidado pastoral y el anuncio misionero que son inseparables, porque la Iglesia como la Obra que es una partecita de la Iglesia está para el mundo, no para cuidarse a sí misma pues tenemos que estar abiertos a todo el mundo para llevar el mensaje del Señor, de Cristo, y claro la cuestión teológica como actividad académica la tengo que dejar de lado, aunque siempre sirve como base. Pero la pastoral y la doctrina

son distintas, pero van unidas: si no se trasmite la doctrina en la pastoral la pastoral no se sabe a dónde va y si la doctrina se queda sin pastoral no sirve para nada”.

Conocemos la realidad del Opus Dei en España y en Europa, pero menos sobre su presencia en Asia y en África

“En Asia estamos en 11-12 países y en África en siete con trabajos estables de la Obra. La impresión es lo bonito que es el encuentro de culturas tan diversos, lo bonito es cómo el Evangelio se mete en culturas tan distintas como en un país como Singapur o Kenia. Es muy bonito cómo, conservando su propio ser, coinciden en lo esencial del Evangelio. Una unidad dentro de la gran variedad de universalidad”. Por ello “todo lo que haga el Opus Dei es Iglesia, lo más original es el impulso misionero de la Obra es el trato de persona a persona, la evangelización de persona a persona algo que un documento de la Doctrina de la Fe ponía de relieve hace unos años, el testimonio de persona a persona, de la amistad, una amistad auténtica, esto es muy típico de la Obra”.

«El Opus Dei también desea estar “en salida”»

Encarni Llamas Fortes – Diócesis de Málaga

El pasado mes de enero, el papa Francisco nombró prelado del Opus Dei a Mons. Fernando Ocariz Braña (París, 1944). Se convierte así en el tercer sucesor de san Josemaría al frente de la prelatura, tras el fallecimiento de Mons. Javier Echevarría, el pasado 12 de diciembre.

+++

Se ha convertido en el tercer sucesor de san Josemaría. También trabajó con el beato Álvaro del Portillo... ¿Qué supone para usted suceder a estos dos hombres santos?

Supone una notable responsabilidad que, al mismo tiempo, va acompañada de mucha serenidad. Responsabilidad porque este nuevo servicio eclesial, además del gobierno pastoral ordinario, incluye transmitir la memoria de santidad que hemos recibido, y rezar y trabajar para que se haga vida en cada una de nuestras vidas. Serenidad, porque confío en la intercesión de san Josemaría y de sus sucesores, y cuento también con la oración de muchísimas personas.

Al mismo tiempo, me da alegría comprobar de cerca el deseo de las personas de la prelatura de ser fieles a Dios y de servir lealmente a la Iglesia y a las almas, tanto en Málaga u otros lugares de tradición cristiana como en Indonesia o en Sri Lanka, por mencionar dos países donde hay pocos cristianos y donde la labor estable del Opus Dei es más reciente.

Ahora es usted Padre de una gran familia de laicos y sacerdotes de todo el mundo... ¿Cómo se siente ante esa paternidad?

Toda paternidad procede de Dios, que es Padre de amor y de misericordia. A todo padre en la Iglesia se le podría aplicar aquello que nos decía san Josemaría: ser padre “a la medida del corazón de Cristo”; algo que, realmente, no tiene medida. Pero Dios cuenta con la debilidad humana y no dudo que me dará las gracias necesarias. Como le decía antes, me apoyo especialmente en la oración de muchas personas que aman a la Iglesia y que rezan por Opus Dei. Sé que estoy bien acompañado.

“Cada generación de cristianos ha de santificar su propio tiempo” (...) ¿Sigue siendo esta la prioridad del Opus Dei?

Así ha sido desde los orígenes de la Iglesia. Como dice san Josemaría en la frase que usted cita, cada generación de cristianos tiene que seguir santificando, redimiendo, su tiempo, porque no son extraños a la época en la que viven: se saben parte de ella, y llamados a hacer presente a Cristo, animando a muchas personas a encontrarse con Él, poniendo de manifiesto su atractivo y subrayando la consecuente alegría.

Es verdad que la redención está acabada, es perfecta, pero también es cierto que Jesús ha querido contar con cada cristiana y con cada cristiano para llevarla a los demás. Es el mandato misionero que Cristo entregó a su Iglesia: “Id a todo el mundo”, a todas las naciones, a todas las profesiones y oficios, a todas las familias... ¡Llegad a todas las periferias de la tierra, empezando por las personas que están más cerca!

El Opus Dei es una pequeña parte de la Iglesia, y también desea estar “en salida”, como repite con frecuencia el Papa. Los fieles de la prelatura en el ejercicio de su profesión civil, o en el seno de sus familias, han de estar continuamente en esa actitud de apertura y donación hacia los demás, conviviendo codo con codo con las ansias y sufrimientos de sus iguales, aprendiendo de los demás hombres y mujeres (familiares, amigos, colegas de trabajo...), y tratando de ayudar a que cada uno encuentre su camino hacia Dios.

Santificar el propio tiempo es llevar a Dios las actividades ordinarias de cada día: ofrecer a nuestra sociedad los frutos de un trabajo humilde y bien hecho, de una vida de servicio a los demás, contagiar esperanza, e ilusión por humanizar nuestro mundo. La alegría es un puente sincero que une a las personas por encima de muchas cosas.

¿Cuáles diría usted que son los retos que tenemos los seculares de hoy?

Muchos pensadores hablan de que en nuestra sociedad las relaciones interpersonales se han vuelto líquidas, como sometidas al vaivén de lo inmediato y de lo superficial. Esas relaciones contribuyen a generar corazones vacíos. Los cristianos hemos de trabajar por lo perdurable, por ideales bellos y definitivos, y por eso pienso que el reto más importante que tiene la Iglesia –y la sociedad en su conjunto– es dar esperanza a cada persona, especialmente a los jóvenes, a las familias, y a quienes padecen más necesidades materiales o espirituales.

Para superar este reto, a pesar de nuestros defectos y limitaciones, es importante poner delante de los ojos de muchas personas la luz del amor de Jesús: llevar a Jesucristo a los ambientes en que nos movemos, respetando la libertad de las conciencias. Es la tarea misionera de los cristianos de todos los tiempos. Ofrecer este tesoro será un acto más auténtico si somos capaces de mostrar empatía hacia los demás, si sabemos agrandar nuestro corazón para que quepan las necesidades y las penas, los miedos y los sufrimientos de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, empezando por los más cercanos y por los más débiles.

En estos primeros meses como Prelado del Opus Dei, habrá recibido muchos mensajes. ¿Uno que haya quedado especialmente en su corazón?

Agradezco sinceramente las palabras de afecto y cercanía que me han llegado desde distintos lugares de la gran familia de la Iglesia, también desde esta querida diócesis de Málaga. El Papa Francisco me escribió manifestando su cariño y oración: vuelvo a esas letras muchas veces. También he recibido cartas que me han conmovido, de obispos, de sacerdotes, de comunidades de religiosos o de religiosas. Recuerdo ahora la de un muchacho joven, enfermo de cáncer, que me enviaba su apoyo y oración desde el hospital.

Me han ayudado mucho los innumerables mensajes que he recibido de los fieles de la prelatura; manifiestan una unidad de oración y de intenciones que me conmueve, y que sin duda es un regalo del Señor. Deseo no acostumbrarme nunca a esos gestos de cariño. El verdadero amor hace más llevadera cualquier responsabilidad. Pido a Dios, y a Nuestra Señora de la Victoria, que me ayude en este servicio con la generosidad con que lo hizo Mons. Javier Echevarría.

«Podemos “tocar” a Jesús vivo en todas las ocasiones de la existencia ordinaria»

Entrevista de Teresa Gutiérrez de Cabiedes a Mons. Fernando Ocariz, publicada recientemente en el semanario español «Alfa y Omega».

+++

Tiende a cruzar los brazos y, entonces, se le dilata una sonrisa de la que brotan palabras tímidas pero salpicadas de humor. A sus 72 años practica un buen revés de tenis. Su sobriedad expresiva se compensa con una mirada afable y profunda.

En la historia reciente de nuestro país el Opus Dei ha dejado honda huella. No solo por el origen aragonés de un fundador, que propagó un carisma divino a los cinco continentes. Fundamentalmente, importa su presencia en el ámbito educativo, público y, sobre todo, en la vida cotidiana de miles de personas de a pie. Y parece estimulante interrogar en profundidad al guía que lidera una nueva etapa.

Esta conversación se plantea como diálogo de corazón a corazón. No sobra contar a los lectores que arrancamos mendigando con fuerza la bendición del Espíritu Santo, en estas palabras y en el eco que produzcan. El deseo es preguntar con los que se preguntan; conversar con sinceridad valiente y constructiva, con toda la confianza y franqueza posibles.

Pasados ampliamente los cien primeros días desde su elección como prelado de la Obra, no sé si darle la enhorabuena o el pésame por la carga que ha caído sobre sus hombros. ¿Cómo vive el ser padre espiritual de miles de personas a lo largo y ancho del mundo?

Soy consciente de que recae sobre mí una gran responsabilidad, pero me encuentro tranquilo. Me ayuda sobre todo saber que Dios, cuando encarga una misión, da también la gracia necesaria para llevarla a cabo.

Además, me conforta la cercanía y el afecto que me ha mostrado de modo tangible el Santo Padre, con motivo de mi nombramiento y después, cuando he tenido ocasión de verle. Me siento sostenido también por la oración y el cariño de muchos. Me viene a la cabeza una carta que recibí de un chico joven, que me brindaba ofrecer sus sufrimientos desde el hospital; de tantos miembros del Opus Dei y otras personas. Así me explico la serenidad que he notado en estos meses.

¿Después de ser elegido prelado, se dejan ganar sus contrincantes en los partidos de tenis?

Espero que no; fácilmente me daría cuenta y el partido perdería interés.

Recientemente vivió su primer viaje pastoral a España para visitar a fieles y amigos del Opus Dei. ¿Qué mensaje deseaba transmitir en tantos encuentros cara a cara?

En este viaje a España he querido recordar sobre todo que, como cristianos, hemos de poner a Jesucristo en el centro de nuestras vidas. Como subrayó Benedicto XVI en una frase de su primera encíclica (y que al Papa Francisco le gusta citar), el cristiano no se adhiere a una idea, ni solo a una doctrina, sino que sigue y ama a una persona: a Cristo.

En esto he querido insistir en este viaje, poniendo el acento en el espíritu propio del Opus Dei, es decir, en que hemos de llevar la caridad de Cristo a la vida ordinaria, a la familia, al trabajo, al trato con los amigos.

En España el Opus Dei ha dado grandes frutos espirituales y sociales. Pero también genera controversia. Muchos han encontrado la salvación de Dios gracias a este carisma y son felices. También existen numerosas personas que cuentan (incluso públicamente) que su paso por la Obra ha supuesto heridas profundas. ¿Puede que algo no se haya hecho bien?

En los 22 años que he trabajado a su lado, he escuchado a don Javier pedir perdón a las personas que se han sentido heridas por el comportamiento de alguno de sus hijos. Yo me sumo a esa petición de perdón y deseo con toda el alma que esas personas curen sus heridas y superen su dolor.

San Josemaría solía decir que guardaba afecto a todas las personas que se acercaban a la labor formativa del Opus Dei, aunque fuese por una temporada. Imagínese el afecto que conservaba hacia las personas que habían llegado a pertenecer a la Obra. Él sentía una profunda paternidad espiritual: nunca se deja de querer a un hijo o a un hermano.

Conviene considerar dos planos distintos. Por una parte, el mensaje del Opus Dei representa un camino abierto para seguir a Cristo. Por otra, las actividades que desarrollan las personas y los centros de la Obra, en las que, como es natural, influyen las circunstancias y los modos de ser. Seguramente, entre tan gran número de personas y actividades -con buena intención- habrá habido errores, omisiones, descuidos o malentendidos. A mí me gustaría pedir perdón por cada uno de ellos.

Habla del perdón. Una de las bendiciones de la fe católica es que sabemos que la misericordia de Dios nos acoge a pesar de nuestros fallos. Incluso cuando esos errores mancillan su nombre. Quizás uno de los momentos más gozosos de nuestra historia se dio cuando Juan Pablo II pidió perdón en nombre de los hijos de la Iglesia universal.

Pienso que no debemos separar la petición del perdón de la alabanza a Dios propia del agradecimiento, por la multitud de dones que constantemente vuelca en su misericordia y nos llegan a través de la mediación humana, que se convierte en instrumento de la acción divina.

San Juan Pablo II nos dio un gran ejemplo a lo largo de su vida de esas dos dimensiones, que deben de estar siempre presentes al contemplar la magnificencia de Dios y la debilidad de los hombres. Así sucedió en aquella jornada del Perdón, que convocó dentro del Gran Jubileo de 2000. Y Benedicto XVI ha afirmado que el perdón es la única fuerza que puede vencer al mal, que puede cambiar el mundo. En primer lugar, hemos de pedir perdón a Dios. Además, pienso que tenemos que integrar en nuestra vida, como algo habitual, el pedir perdón y perdonar. Lo repetimos todos los días al rezar el padrenuestro, pero lo olvidamos en la práctica con demasiada frecuencia. Es cierto que hemos de respetar la verdad, que no podemos pedir perdón acusando indirecta e injustamente a otras personas con un *meaculpismo* superficial. Pero perdonar y pedir perdón son actitudes cristianas que no humillan, sino que engrandecen.

La cristiandad occidental vive un invierno vocacional preocupante. A la vez, existen brotes primaverales en la Iglesia: frutos esperanzadores en comunidades que han madurado una renovada pedagogía de la fe. El Espíritu ha impulsado de una ascética eminentemente

voluntarista a una profundización en la gratuidad del amor de un Dios que sale al encuentro, que no requiere que le conquistemos con nuestros méritos, que necesita nuestra pobreza para desplegar su misericordia. ¿Cómo se vive y se anuncia actualmente esta relación con Dios en el Opus Dei?

El fundamento del espíritu del Opus Dei es la conciencia viva de nuestra filiación divina. San Josemaría escribió en *Camino*: «Dios es un Padre lleno de ternura, de infinito amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile -a solas, en tu corazón- que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo». El anuncio de la relación con Dios en el Opus Dei tiene ese enfoque. Como escribe san Juan: «Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios, ¡y lo somos!».

En este mundo nuestro, tantas veces prisionero en la cultura del lamento, saborear así el amor de un Padre es crucial para vivir con esperanza.

Siempre, y especialmente en estos momentos, hemos de tener muy presente esta maravillosa realidad, que ayuda a superar los pesimismoes que sobrevienen ante los problemas de la vida, la conciencia de los propios defectos, las dificultades de la evangelización e incluso ante la situación del mundo.

Nuestra vida no es una novela rosa, sino un poema épico. Sabernos hijos de Dios nos ayuda a vivir con confianza, gratitud y alegría. Nos invita a amar este mundo nuestro, con todos sus problemas y con toda su belleza. La paz del mundo depende más de lo que cada uno aportemos, en la vida ordinaria, (sonriendo, perdonando, quitándonos importancia), que de las grandes negociaciones de los Estados, por necesarias y relevantes que estas sean.

Desde su primera carta pastoral como prelado, insiste mucho en la centralidad de Jesucristo. Para no derivar en el cristianismo como ideología, o como ritual bienintencionado, necesitamos experimentar y revivir constantemente un encuentro personal con el amor de Dios. Solo como consecuencia brote la vida cristiana y sobreabunda la gracia en la Iglesia. ¿Cómo ansía anunciar hoy el Opus Dei ese kerigma, que es buena noticia inagotable?

Fundamentalmente mediante la sincera amistad: de persona a persona, que es siempre mutuamente enriquecedora. Para la evangelización, resulta esencial el valor del testimonio y de compartir la propia experiencia de vida: es mucho más eficaz que los discursos teóricos.

Lógicamente, esto no excluye la multiforme iniciativa personal que da origen también a actividades evangelizadoras muy diversas (labores de enseñanza, asistenciales, etc.), de algunas de las cuales la Prelatura se responsabiliza de su orientación cristiana y presta la atención ministerial de sacerdotes.

El Opus Dei nació en la Iglesia con carácter profético. Sin embargo, la muerte del fundador coincidió con los primeros años del tsunami posconciliar. Parece lógico que la Obra se aferrara a los cimientos. ¿Cabe que se hayan quedado tics de atrincheramiento, ante tanta confusión y caos como ha vivido (y vive) la barca de Pedro?

La fidelidad a Dios es una dimensión que siempre ha iluminado la historia a lo largo de los veinte siglos del cristianismo. La fidelidad a la fe cristiana, que es fidelidad a Jesucristo, se ha mostrado siempre dinámica, innovadora y transformadora. Pienso que efectivamente, después del Vaticano II, al ver las consecuencias de «la hermenéutica de la ruptura» (como la denominó Benedicto XVI en un famoso discurso), se ha planteado esa tentación del *atrincheramiento* que menciona.

En todo caso son reacciones coyunturales que es necesario superar -tanto la ruptura como el atrincheramiento-. Son consecuencia de haber cedido a una mentalidad dialéctica, política, que es ajena a la Iglesia, porque divide y rompe la comunión. En la Iglesia no hay, no debe haber, bandos ni partidos, sino unidad dentro del legítimo pluralismo.

El relativismo causa estragos en nuestra sociedad desnortada. La Obra es famosa por su fidelidad a la Iglesia y al Papa. Esto supone una bendición en tiempos convulsos. Acentuar la doctrina en medio de la tormenta aporta seguridad; por otra parte, puede desembocar en afán de tenerlo todo reglamentado. ¿Cómo armonizar la fidelidad sin fisuras a la Ley divina con la libertad gozosa de los hijos de Dios?

Muchos problemas surgen cuando planteamos dilemas innecesarios o reducimos la realidad a estereotipos dialécticos. Fidelidad o creatividad, ortodoxia o libertad, doctrina o vida... Pienso que hemos de vivir con una actitud integradora que es, por cierto, muy cristiana. La realidad no se deja encerrar en un esquema excluyente. Exige de nosotros un equilibrio, una ponderación, una integración que acaba siendo muy positiva también en las relaciones entre personas.

En efecto, la dialéctica genera cortocircuitos. Mirémoslo desde un prisma más integrador. A usted le encanta Beethoven: ¿Cómo seguir la partitura haciendo propia la interpretación?

Veo perfectamente compatible la fidelidad a la doctrina con la apertura a las inspiraciones del Espíritu. La historia de la Iglesia lo confirma. Sin perder su identidad, es permanente novedad. En este contexto, considero importante la libertad de espíritu, que, evidentemente, no consiste en la ausencia de obligaciones y compromisos, sino en el amor. Es lo que san Agustín expresó en la famosísima frase: «Ama y haz lo que quieras», o como escribió santo Tomás de Aquino en lenguaje diverso: «Cuanta más caridad tiene alguien, tiene más libertad».

Entonces, una fidelidad creativa supone vivir la libertad de amar deseando abrirse a la novedad perenne del Espíritu...

En efecto, los modos de decir y de hacer cambian, pero el núcleo, el espíritu, permanece inalterado. La fidelidad nunca proviene de una repetición mecánica; se realiza cuando acertamos a aplicar el mismo espíritu en circunstancias diferentes.

Eso implica, en ocasiones, mantener también lo accidental; pero en otros casos induce a cambiarlo. En ese sentido, el discernimiento sereno y abierto a la luz del Espíritu Santo es fundamental; sobre todo para conocer los límites (a veces no evidentes) entre lo accidental y lo esencial.

Otro riesgo de la hipertrofia del celo doctrinal en nuestra Iglesia es la proliferación de almas atrapadas en un racionalismo que descarta la dimensión sensible en la relación personal con Dios: como si vivir la fe con el corazón fuese caer en el sentimentalismo. Como físico, ¿se atreve con una ecuación para crecer en intimidad con Dios?

Los años de estudio de teología, la cercanía a determinadas personas, me han llevado a valorar mucho la luz de la fe también para el ejercicio de la razón. Pero siempre sin minusvalorar la importancia de la dimensión sensible, del corazón, de las emociones, que son profundamente humanas. Nuestro Dios es siempre cercano: y en la Eucaristía Jesucristo se hace especialmente próximo a la intimidad de nuestro corazón.

Uno de los retos más provocadores que nos plantea nuestra época es recuperar el valor fecundo del silencio. La Obra es experta en formar cristianos llamados a vivir en presencia de

Dios en medio del mundo. Quizás uno de los atajos nos lo regaló san Josemaría al invitarnos a meternos en el Evangelio, manantial permanente de sabiduría y paz, como un personaje más. ¿Cómo tocar a Jesús vivo, hoy y ahora?

San Josemaría, al aconsejar meterse en los relatos del Evangelio como un personaje más, transmitía su propia experiencia. Dios le concedió una fe viva en la encarnación, de la que surgía un amor ardiente a Nuestro Señor, a seguir las huellas de su paso por la tierra y a verlo como modelo.

Jesucristo, siendo Dios, al ser y vivir como hombre entre los hombres, que crece y se educa, vive en un hogar de familia, trabaja, tiene amigos, trata con los vecinos, sufre y llora... Nos muestra el valor de todo lo humano a los ojos de Dios y que, por eso, nuestra vida corriente tiene, en unión con Él, valor divino.

Así, podemos *tocar* a Jesús vivo en todas las ocasiones de la existencia ordinaria. Sobre todo, en los *lugares* privilegiados de la presencia del Señor: en los niños, los pobres, con quienes Él ha querido identificarse especialmente; en los enfermos, a los que el Papa llama «la carne sufriente de Cristo»; y del modo más intenso, como señalaba antes, en la Eucaristía.

El Opus Dei goza de una imagen de unidad fuerte, y eso es meritorio. Sin embargo, a veces no se aprecia con facilidad la práctica de una sana autocrítica. Sus primeras palabras escritas a los fieles de la Obra glosaban la cantidad de obras buenas (¡y reales!) que habéis protagonizado juntos. Me planteo si hablar solo de lo bueno y del ideal (y entiendo que es necesario hacerlo) quizás puede generar un caldo de cultivo propicio para la autocomplacencia o llevar al idealismo de confundir lo que se ansía ser (el carisma divino) con lo que en realidad se está siendo (la pobre ejecución humana, tantas veces).

La autocomplacencia es siempre un peligro para quien desea obrar el bien. Y en el Opus Dei, como todo el mundo, también tenemos que estar vigilantes ante ese peligro. Como decía antes, he trabajado cerca de don Javier Echevarría durante más de 20 años. Él solía repetirnos que las personas de la Obra ni somos ni nos sentimos superiores a nadie, que cada uno es capaz de cualquier maldad.

Pero no basta la humildad personal, existe también una humildad colectiva, institucional, que tiene muchas manifestaciones: en el modo de hablar, en la admiración sincera hacia los demás, etc. Por eso, cuando reconocemos las obras buenas es para dar gracias a Dios, que es quien nos las concede, no para *echarnos flores*. Pido a Dios que nos libre del *autobombo*, contra el que nos ponía en guardia con frecuencia don Javier, siguiendo también en esto a san Josemaría.

En ese sentido, me resulta una expresión muy entrañable la que utiliza al hablar del Opus Dei como una *partecica* de la Iglesia. Las familias eclesiales, soñadas por el Espíritu Santo, corren en ocasiones un riesgo. En mi tierra le llamamos no ver más allá de la boina, es decir, vivir en la miopía del culto a la institución, al propio carisma, al fundador... ¿Cómo evitar promover la marca de la casa, y anteponer el rostro de Dios y la unidad con la Iglesia?

La expresión *partecica* de la Iglesia es de san Josemaría, que recurría al diminutivo típico de su habla aragonesa, para expresar el tono afectivo con que la empleaba. La tentación de la autorreferencialidad está siempre al acecho de todo el mundo. A veces por un exceso de entusiasmo, a veces por desconocimiento de otras realidades, o por un punto de vanidad. San Josemaría nos quiso prevenir de ese peligro al recordarnos con frecuencia que la Obra existe solo para servir a la Iglesia como la Iglesia quiera ser servida. Si servir a la Iglesia -necesaria expresión del amor a Jesucristo- es siempre una realidad en la vida de cada uno, iremos bien.

Me planteo si a veces rezamos por la unión de las religiones y olvidamos el *ecumenismo intraeclesial*. Un ejemplo: la familia es una de las grandes víctimas de nuestra sociedad y, por desgracia, de nuestra Iglesia. Para muestra, un botón. En España, ante una familia numerosa, es frecuente que te pregunten: «¿Del Opus o *Kikos*?». Pero muchos cristianos de a pie tienen la impresión de que tanto unos como otros van por su carril. ¿Cómo lograr que, siendo cada cual fiel a los dones recibidos, aprenda a amar la riqueza de los otros como fruto de la diversidad de la acción de Dios?

Para querer, antes hay que conocer. Muchas divisiones o malentendidos en el seno de la Iglesia se explican por la falta de conocimiento. Y se resolverían en buena parte con un mayor acercamiento a la realidad.

Además, amar a Jesucristo comporta amar a todo el mundo, especialmente a quienes de un modo u otro dedican su vida al servicio del Evangelio. La alegría también es un puente sincero que une a las personas por encima de las diferencias.

En la línea de conocerse (primero al prójimo en la fe), planteemos una hipótesis. ¿Qué pasaría si organizarais alguna iniciativa juntos? Por ejemplo: ¿Qué ocurriría si un evento familiar fuera engendrado por Neocatecumenales y fieles del Opus Dei, o que la *Gioventù Studentesca* de Comunión y Liberación participara en un congreso UNIV, o suscitarais un acto interreligioso, codo a codo, con los Focolares?

Los católicos tenemos el riesgo, como advierte el Papa Francisco, de reducir el apostolado a estructuras, actividades o eventos, que en muchos casos no son particularmente eficaces para llegar al corazón y a la cabeza de personas que no conocen a Jesucristo.

Lo central en la Obra es impartir una buena formación cristiana, para que cada uno actúe con libertad e iniciativa, individualmente. Esos posibles encuentros que menciona, a veces podrían ser útiles, y de hecho se dan en ocasiones, en particular cuando son el Papa o los obispos quienes toman la iniciativa.

De todos modos, me parece que además de reunirnos, sobre todo nos encontramos en los lugares donde cada uno desarrolla su actividad habitual: en el ámbito del trabajo, de la educación, la cultura, la empresa, la política. Allí, ya están trabajando católicos de diferentes sensibilidades, y podemos colaborar en innumerables iniciativas de evangelización: con sentido ecuménico, del brazo con otros cristianos; y con espíritu abierto, junto con otras muchas personas de buena voluntad.

El próximo sínodo de la Iglesia estará dedicado a la vocación de los jóvenes, un tema sobre el que ha habido polémica con el Opus Dei. Un bienintencionado afán apostólico ha podido *forzar* algunas decisiones de entrega o convertir la misión en una tarea de la que hay que rendir resultados. Si ha sido así, ¿cómo evitar que vuelva a suceder? ¿Sería fecundo trascender el proselitismo y promover un *apostolado del contagio*?

Benedicto XVI y Francisco se han referido al proselitismo en el sentido negativo que ha adquirido en los últimos tiempos, especialmente en el ámbito ecuménico, y han explicado muy bien en qué consiste el apostolado cristiano.

Naturalmente, el sentido con el que san Josemaría empleaba el término *proselitismo* no era el negativo; fue siempre un decidido defensor de la libertad. Es posible que en ocasiones algunos hayan cometido esos errores que menciona. Me viene ahora a la memoria, entre tantas manifestaciones prácticas de ese amor de san Josemaría a la libertad, un pequeño detalle, pero que considero muy

significativo. Cuando una madre le pidió que bendijese al niño que llevaba en su seno, la bendición fue esta: «Que seas muy amigo de la libertad».

Quizás la meta sería que los demás, se pregunten: «¿De quién nace la alegría y el amor que experimentan estas personas?».

En efecto, no se trata tanto de hacer apostolado como de ser apóstoles. Por eso, repito que el testimonio es completamente necesario. Pero eso no excluye, sino que exige la positiva transmisión del Evangelio, la propuesta del seguimiento de Jesús, que surge del amor a los demás y, en consecuencia, con un pleno respeto a la intimidad y libertad. En esto, como en todo, el ejemplo de Jesús es luminoso y decisivo. No solo «pasó por este mundo haciendo el bien», sino que también fue explícito y muy directo en sus propuestas concretas: «Sígueme», «Convertíos y creed en el Evangelio».

El Opus Dei se ha hecho referente por su inversión en educación a todos los niveles y en todos los continentes. ¿Cómo se vive en el mundo sin ser mundanos? A veces, en empresas sostenidas por instituciones religiosas se filtra la lógica del éxito y pasan a un primer plano el logro de la excelencia o los méritos tangibles premiados por *rankings*. ¿Cómo evitar terminar eclipsando la auténtica misión: mostrar cada vez más y mejor la belleza del rostro de Dios?

Antes me refería al peligro de los estereotipos dialécticos. Pienso que cuando algunas personas del Opus Dei promueven centros de enseñanza, aspiran a que sean excelentes desde el punto de vista profesional y, a la vez, a que se ofrezca una excelente educación cristiana, siempre respetando la libertad de los estudiantes y sus familias.

No solo no existe contraposición, sino que el espíritu cristiano requiere la integración. Visto de otro modo, se trata de confirmar con obras que el hecho de ser cristiano no lleva consigo el descuido de lo humano, sino todo lo contrario.

Me temo que no he acertado a expresarlo bien. No es tanto un «o logros humanos o mostrar a Dios». Tampoco me refería específicamente a los apostolados de la Obra. Vivimos en clima de laicismo beligerante en el que es fácil que pensemos que nombrar a Dios resulta peligroso y es mejor dejarlo en la letra pequeña o lo acabamos añadiéndolo como una pegatina postiza. ¿Cómo afrontar el reto de hablar de Él con naturalidad, con pasión, sin complejos, como el amor bendito que sostiene nuestra vida y nuestras empresas?

Ciertamente, tenemos la sensación de vivir tiempos de inseguridad. Y a la vez, se perciben grandes deseos de cambio. Nuestro mundo parece alejarse de Dios y, sin embargo, se aprecia tanta sed espiritual...; tememos los conflictos, mientras manifestamos grandes ansias de paz. La acción de Dios se realiza hoy y ahora, en los tiempos que nos ha tocado vivir, y ¡ojalá nos abramos a ella! Cuando algunos pensadores hablan de que se han vuelto líquidas las relaciones interpersonales en nuestra sociedad, y apuntan a nuestro naufragio en lo efímero y lo superficial... Eso no puede llenarnos de pesimismo o amargura, sino espolearnos a contagiar la alegría del Evangelio.

Puede que uno de los primeros pasos sea asumir que no importan tanto los números como la gracia. Si vivimos un cristianismo de minorías, pero con la fe imbatible de un grano de mostaza...

Estoy convencido de que uno de los desafíos más importantes de la Iglesia hoy es dar esperanza a cada persona, especialmente a los más jóvenes, a las familias que sufren dificultad o ruptura, y las víctimas de la pobreza (no solo material, sino tantas veces en forma de soledad o de vacío existencial).

Afrontar este desafío, contando con nuestras limitaciones personales y pecados, solo es posible reviviendo en la mirada misericordiosa de Jesús y rogándole que nos envíe a llevar su amor a nuestros contemporáneos.

La Iglesia quiso para la Obra la fórmula de una prelatura personal al servicio de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares. Pero no pocas veces se la percibe como una realidad *extradiocesana*. Siendo justos, muchos sacerdotes de la prelatura están paliando la escasez de sacerdotes diocesanos. Pero en términos prácticos, el hecho de que los fieles de la prelatura tengan medios de formación en centros propios, sus confesores, sus obras apostólicas..., puede propiciar que vivan al margen de la vida diaria de la parroquia. ¿Cómo afrontar el reto de ser piedras vivas (integradas y no adosadas) en la estructura de la Iglesia?

Quizá en este punto sucede que, cuando se habla de la Obra, se piensa sobre todo en los sacerdotes de la Prelatura, o en los numerarios. Pero la mayoría de los fieles de la Obra son supernumerarios, que participan activamente en la vida de sus parroquias, en la medida de sus posibilidades (conjugando sus obligaciones laborales y familiares). No siempre es fácil tener tiempo, y cada uno hace lo que puede.

Por otra parte, los sacerdotes de la Sociedad de la Santa Cruz son sacerdotes diocesanos plenamente volcados en las tareas pastorales de sus diócesis. En mi opinión, con el paso del tiempo, se hará más clara esa dimensión eclesial quizá hoy menos conocida.

A veces nos falta contemplar que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo. Y que cada uno, desde su vocación, aporta al caudal de gracia por la comunión de los santos. Pero me planteo si otro de los grandes desafíos en nuestra Iglesia es que las parroquias se enriquezcan más y mejor con los carismas que va suscitando el Espíritu Santo. Me temo que hace falta un esfuerzo por ambas partes, y superar prejuicios, saliendo al encuentro mutuamente.

En ese sentido, puede ayudarnos un cambio de actitud. En vez de contabilizar qué hace cada uno, dar gracias al Señor porque todos sumamos. En la primera carta que escribí como prelado, pienso que fui claro al respecto: «Deseo animar a algunos fieles de la Prelatura, cooperadores y gente joven, a ofrecerse para colaborar, con plena libertad y responsabilidad personales, en catequesis, cursos prematrimoniales, labores sociales, en las parroquias u otros lugares que lo necesiten, siempre que se trate de servicios acordes con su condición secular y mentalidad laical, y sin que en eso dependan para nada de la autoridad de la Prelatura. Por otro lado, quiero hacer una mención especial de las religiosas y los religiosos, que tanto bien han hecho y hacen a la Iglesia y al mundo. “Quien no ame y venera el estado religioso, no es buen hijo mío”, nos enseñaba nuestro padre. Me alegra, además, pensar en tantos religiosos, además de sacerdotes diocesanos, que han visto florecer su vocación al calor de la Obra».

Me viene a la mente, también, algo que suele cuestionarse a la Obra. Un aspecto de su práctica pastoral. El hecho de que hombres y mujeres estén separados, tan eficaz y necesario a veces, ¿Es un rasgo del carisma fundacional? ¿Quizás resulta antinatural cuando no admite excepciones? Externamente, puede percibirse como una consigna que asfixia iniciativas sanas que surjan naturalmente y/o que faciliten la convivencia de los jóvenes, el compartir espiritual de los matrimonios...

En la Obra, la separación entre mujeres y hombres se limita a los medios de formación, a los centros donde se imparte, a la organización de distintos apostolados. En esos casos, la separación es un rasgo del carisma original, que tiene bien experimentadas razones pastorales, aunque comprendo que algunas personas no lo comparten y prefieran otros modos de actuar, igualmente legítimos.

Fuera de esos medios de formación, hay múltiples actividades en las que participan mujeres y hombres: cursos para matrimonios o para novios, sesiones para padres y madres de familia en clubes juveniles, iniciativas de parroquias llevadas por sacerdotes de la Prelatura, etc. Por no hablar de las innumerables actividades informales que surgen de la propia iniciativa y creatividad de las familias.

Lo importante, en mi opinión, es que hombres y mujeres casados reciban la formación como una ayuda para reforzar su matrimonio y su familia; con ese deseo se les ofrecen los medios de formación de la Obra.

Vivimos tiempos tensos y a la vez apasionantes. Pienso en los lugares donde la Iglesia está perseguida. También allí, entre los misioneros del siglo XXI, hay muchos españoles del Opus Dei anunciando a Dios. En la vieja Europa vivimos algo anestesiados. ¿Cómo aliviar el martirio de tantos hermanos nuestros que están derramando su vida por Cristo?

En primer lugar, acompañándoles con la oración. No podemos acostumbrarnos a esas noticias que, desgraciadamente, suceden a diario. San Josemaría, que sentía vivamente todo lo que afectaba a la Iglesia, denunciaba la «conspiración del silencio» que pesaba sobre los cristianos perseguidos, en especial los que entonces vivían tras el telón de acero. Pidió a las personas de la Obra —y pienso que es un consejo que sirve para todos los católicos— que hiciéramos frente al silencio con la información, dando a conocer lo que sucede con los cristianos perseguidos, y ayudándoles en la medida de nuestras posibilidades. La información es clave, porque dar a conocer la realidad puede movernos a ayudar más generosa y activamente.

En ocasiones tenemos la sensación de vivir en un mundo algo desmadrado. ¿Qué le ha pedido a nuestra Madre en su viaje a Fátima?

En su presencia materna, iba repasando algunos desafíos de este mundo nuestro, tan complejo como apasionante. Le pedía la gracia de llevar a todos el Evangelio en su pureza original y, a la vez, en su novedad radiante. En un mensaje posterior a mis hijos, escribía algo que pienso que puede servirnos: «La llamada a que cada uno de nosotros, con sus recursos espirituales e intelectuales, con sus competencias profesionales o su experiencia de vida, y también con sus límites y defectos, se esfuerce en ver los modos de colaborar más y mejor en la inmensa tarea de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Para esto, es preciso conocer en profundidad el tiempo en el que vivimos, las dinámicas que lo atraviesan, las potencialidades que lo caracterizan, y los límites y las injusticias, a veces graves, que lo aquejan. Y, sobre todo, es necesaria nuestra unión personal con Jesús, en la oración y en los sacramentos. Así, podremos mantenernos abiertos a la acción del Espíritu Santo, para llamar con caridad a la puerta de los corazones de nuestros contemporáneos».

Pienso que estas palabras cierran felizmente una conversación en la que hubiera deseado abordar más temas. Pero hay que dejarlo aquí. Le agradezco de corazón el tiempo que ha dedicado. Gracias por su franqueza y por no rechazar preguntas incómodas. Gracias por haber intentado, juntos, tender puentes.

Yo también le agradezco el tiempo que me ha dedicado. Además, ha sido estupendo hablar en un clima de libertad, apertura y afecto, en el que siempre aprendemos unos de otros. Estoy contento de que me haya puesto algunas preguntas que quizá podrían parecer molestas, pero que han sido ocasión de tratar aspectos interesantes y que, además, estaban motivadas por un recto y sincero deseo de cooperar a la difusión de la verdad. Al decir esto, me vienen a la cabeza unas palabras de la tercera carta de san Juan: «Cooperadores de la verdad», que Joseph Ratzinger escogió como lema episcopal.

¡Gracias a Dios! Gracias también por su entrega para guiar espiritualmente a miles de personas de toda raza y condición, a lo ancho y largo del globo. Porque necesitamos que sigan construyendo, con la alegría del Evangelio, las familias, la Iglesia, y este bendito mundo nuestro. Ojalá cada lector sea, también, un ladrón que robe a Dios oraciones, para que pueda cumplir fielmente su misión. Entonces, en este partido, sí habrá salido ganando.

«Queremos llevar el amor de Dios al ancho mundo del trabajo»

“La única ambición del cristiano, aunque no sea miembro del Opus Dei, es mostrar cómo la esperanza cristiana responde a los deseos humanos de felicidad”, afirmó Mons. Fernando Ocáriz en la entrevista publicada el pasado 8 de noviembre en el semanario belga ‘Tertio’.

+++

Tras el fallecimiento del prelado Javier Echevarría Rodríguez el 12 de diciembre de 2016, fue elegido en enero, en Roma, el tercer sucesor del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975). Según el reglamento de la prelatura personal había 94 candidatos posibles de 45 países: los mayores de 40 años, miembros del Opus Dei desde al menos 10 años, y sacerdotes desde al menos 5 años.

El 21 de enero pudieron ejercer su voto las 38 mujeres de la asesoría central. De entre los nombres extraídos de su urna electoral, los 156 hombres -62 laicos y aquellos 94 sacerdotes- del congreso general pudieron elegir un nuevo prelado el 23 de enero. Resultó ser un español, como las veces anteriores: Fernando Ocáriz Braña.

Aún el mismo día, la elección fue confirmada por el papa Francisco, que nombró oficialmente a Ocáriz como prelado del Opus Dei. Si la tradición se mantiene, el papa le nombrará más tarde obispo. De nuevo se convirtió el número dos del Opus Dei en el nuevo prelado, pero por primera vez no se trata de un colaborador directo del fundador. Álvaro del Portillo fue durante años la mano derecha de Escrivá y uno de los tres primeros sacerdotes ordenados en el Opus Dei. Y Echevarría fue secretario del fundador y después vicario general de la Prelatura.

¿Cómo conoció usted el Opus Dei y qué le hizo decidirse a formar parte?

Conocí el Opus Dei a través de uno de mis hermanos, al que estoy muy agradecido. Él me invitó a participar en unas clases de formación espiritual organizadas en un centro para jóvenes estudiantes: me gustó el ambiente, el tono amable y práctico de esas reuniones formativas. Sin embargo, como en el colegio de los jesuitas en que estudiaba ya teníamos bastantes clases de formación religiosa, no vi la necesidad de seguir participando.

Más adelante, durante el verano anterior al ingreso en la universidad, en 1961, comencé a frecuentar otro centro del Opus Dei. Cuando, en ese verano, me plantearon la posibilidad de formar parte de la Obra, lo pensé bastante, recé y consideré que era eso lo que Dios me pedía, y escribí una carta al fundador pidiéndole la admisión. Así de simple.

Seis años después, acepté la invitación a trasladarme a Roma, para profundizar en los estudios filosóficos y teológicos. Y es allí donde se me abrió la posibilidad de servir de un modo nuevo a los demás, a través del sacerdocio. La propuesta me la hizo el mismo fundador, san Josemaría Escrivá. Como era algo que ya me rondaba en la cabeza, me bastó poco para decidirme: son decisiones fundamentales que se toman en la oración, en diálogo con Jesucristo.

Hace quince años fue canonizado Escrivá. ¿Por qué fundo el Opus Dei? ¿Qué recuerdos personales guarda de él?

San Josemaría decía que el Opus Dei no fue idea suya, sino el fruto de una inspiración de Dios, que tuvo lugar en Madrid el 2 de octubre de 1928. Ni el contexto cristiano de la época, ni las reflexiones del joven Josemaría a partir de sus estudios teológicos, ni su intensa vida de oración en los años previos a la fundación de la Obra explican el nacimiento del Opus Dei, aunque lógicamente ayudaron a que recibiera esa luz fundacional con las disposiciones apropiadas.

Su mensaje esencial consiste en buscar a Dios –Padre bueno y misericordioso– en las actividades de cada día, especialmente en el trabajo profesional, y también en la vida de familia y de amistad. La misión de esta prelatura de la Iglesia católica consiste en recordar que la santidad no es una meta para privilegiados, sino algo asequible para usted, para mí, para un joven o un anciano, para una madre o un padre de familia, para un sano o enfermo, un rico o un pobre. En palabras del fundador, es un mensaje “viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo”.

Conocí a san Josemaría cuando vino a vernos a los que participábamos en un curso de verano en la Universidad de Navarra, en el verano de 1963. Me atrajo su simpatía, su capacidad de hablar a la vez con profundidad y sencillez. Pero fue sobre todo en Roma, desde octubre de 1967 hasta su fallecimiento en junio de 1975, donde pude tratarle más, escuchándole con frecuencia en grupos más reducidos y, en ocasiones, en conversaciones personales.

Me marcó, sobre todo, su amor a Dios, a la Virgen y a la Iglesia; su amor a la libertad y su buen humor. Le recuerdo como una persona de gran corazón, que se hacía cargo de las necesidades de los demás y que sabía llevarnos hacia Dios. Le recuerdo también como persona de gobierno, enérgico y decidido cuando era necesario.

¿Cuáles son las prioridades actuales del Opus Dei?

El objetivo principal es que cada mujer y hombre que compone o participa en las actividades apostólicas del Opus Dei se sienta acompañado para vivir el cristianismo en plenitud, santificando el trabajo profesional y todas las otras tareas y circunstancias de la vida ordinaria. Para esto, se trata de partir de la contemplación de Jesucristo. En este sentido, el programa de san Josemaría será siempre válido: “Que busques a Cristo; Que encuentres a Cristo; Que ames a Cristo”. Son momentos para adentrarse más y más por caminos de contemplación en medio del mundo, en medio de las profesiones, sea en los grandes edificios de Bruselas que en las periferias de las grandes metrópolis como Sao Paulo, Lagos, México o Manila.

El Congreso del Opus Dei que tuvo lugar en enero de 2017 señaló como prioridades, entre otras, el trabajo de evangelización en el campo de la familia, de los jóvenes y de los más necesitados. Hoy resulta especialmente necesario redescubrir la belleza del amor matrimonial. Por lo que respeta a los jóvenes, es clave ayudarles a encontrar las respuestas a sus anhelos, preocupaciones e ideales. En cuanto a los más necesitados, tanto en el cuerpo como en el espíritu, es necesario tener presente que están en el centro del Evangelio y en el corazón de Jesucristo. Se trata de seguir impulsando iniciativas que ayuden a paliar las necesidades concretas en este nuestro mundo herido y a través de las que se pueda transmitir el consuelo de Dios.

Los miembros del Opus Dei son fundamentalmente laicos. ¿En qué consiste el apostolado de los laicos?

El sacerdocio ministerial es esencial en la Iglesia: sin los sacramentos –especialmente la Eucaristía y la Penitencia que solo el sacerdote administra–, el apostolado de los laicos resultaría

completamente insuficiente. Por su parte, sin el apostolado de los laicos, el sacerdocio ministerial quedaría extraordinariamente limitado: ¿qué haríamos los sacerdotes para la formación cristiana de las nuevas generaciones sin la colaboración de los padres y madres de familia? ¿Cómo podría alcanzar la labor pastoral de los sacerdotes a tantas personas del mundo de la ciencia, de la economía, de los derechos humanos, de la política, del arte, del periodismo, y de tantas otras profesiones y trabajos? San Josemaría decía que el modo más específico con el que los laicos contribuyen a la santidad y al apostolado en la Iglesia era llevando el fermento del mensaje cristiano a la sociedad, a través de su acción libre y responsable en las estructuras temporales.

Ahí, en la sociedad, laicos evangelizan con su ejemplo; con la honradez, la laboriosidad, la justicia, la alegría, la lealtad, la fe, la fraternidad con todos. La amistad con sus colegas y el prestigio profesional que puedan alcanzar con su trabajo, ofrecen la posibilidad de ayudar personalmente a los demás, al encuentro con el Evangelio, a pesar de las limitaciones que todos tenemos y de nuestros errores.

Ya el Concilio Vaticano II ha recordado que esa es la principal misión de los laicos en la Iglesia. Esto no quita que algunos sean llamados, además, a cargos de responsabilidad en la estructura de la Iglesia, que no exijan para su ejercicio el haber recibido el sacramento del Orden. Será otra muestra de generosidad y servicio a los demás. Pero no olvidemos que eso no es lo esencial del laico y que, como dice el Papa Francisco, promover el laicado no consiste en “clericalizarlo”.

Existen muchos prejuicios sobre el Opus Dei. ¿Cómo aclara usted a la gente que no tienen nada que temer del Opus Dei?

Ante las críticas, provengan de donde provengan, siempre hemos de hacer examen, para ver si están justificadas de alguna manera por nuestro comportamiento, por nuestra falta de correspondencia a la gracia de Dios; y, en ese caso, corregirnos. Además, hemos de tener paciencia: el Opus Dei es aún joven y las novedades en la vida de la Iglesia y de la sociedad han sido frecuentemente recibidas con dificultad.

Pienso sinceramente que no hay ningún motivo para tener “miedo” –por usar la palabra que usted menciona– del Opus Dei, dentro o fuera de la Iglesia: no buscamos imponernos ni imponer nada. Amamos –no solo respetamos– la libertad nuestra y la de todos, también la de los que no piensan ni viven como nosotros. La única ambición del cristiano, sea o no del Opus Dei, es la de mostrar cómo la esperanza cristiana responde a los deseos de felicidad del hombre.

Tras su nombramiento como prelado contó Usted a la prensa que existe una buena conexión entre el papa Francisco y el Opus Dei. ¿Cómo apoya la prelatura las prioridades de este papa?

Como todos los católicos, sabemos que el Papa es el Vicario de Cristo en la Iglesia universal. Y que una misión del católico es unir a la cabeza, llevar –como decía san Josemaría– “Roma a la periferia y la periferia a Roma”.

En la audiencia que me concedió tras mi nombramiento, el Papa estuvo muy cariñoso, cercano, e interesado por la labor apostólica del Opus Dei en diferentes países. Me dio consejos sobre cómo responder, desde la fidelidad al carisma recibido del fundador, a las circunstancias cambiantes de cada tiempo y lugar. Entre otras cosas, nos animó a tener muy presente la labor de evangelización en la “periferia de las clases medias”: llevar el amor de Dios al extenso mundo de las profesiones. También hubo ocasión para conversar sobre diferentes proyectos que personas de la prelatura y amigos han puesto en marcha para tratar de paliar las carencias más básicas en diversos países, como iniciativas de integración de refugiados e inmigrantes en Alemania, la promoción de las

curas paliativas en lugares del llamado “primer mundo”, nuevas iniciativas para la promoción humana en barrios pobres de diferentes ciudades, y actividades de formación humana y cristiana en muchos países del mundo.

Desde luego, procuramos apoyar las prioridades del Papa Francisco con los medios a nuestra disposición y desearíamos hacer mucho más. Nos gustaría hacer aún más de lo que hacemos para propagar la alegría del evangelio, para cuidar “nuestra casa común”, para estar cerca de las familias, para mostrar la misericordia de Dios.

En 2018 se celebra un sínodo sobre los jóvenes y la vocación. ¿Qué pueden ofrecer la iglesia y el Opus Dei a los jóvenes que a menudo tienen poca perspectiva de futuro?

Los cristianos tenemos una respuesta que ofrecer a los jóvenes, aunque en bastantes ocasiones sea poco escuchada, quizá porque hay demasiado ruido en las redes sociales que frecuentan, y desánimo en sus almas ante la corrupción y las injusticias. La propuesta cristiana, como han recordado Benedicto XVI y Francisco, no es solo ni principalmente una doctrina, menos aún una serie de preceptos poco comprensibles, sino una persona: Jesús de Nazaret. Hay que ayudar a cada muchacho, a cada muchacha, a encontrar a Jesucristo; a ponerse ante el hombre-Dios, que nos conoce y nos quiere personalmente.

Desde la Cruz o desde la Hostia consagrada, Jesús nos mira a cada uno; nos dice que nos conoce por nuestro nombre; que sabe también de nuestros errores, desánimos y miserias, pero que a pesar de todo ha decidido venir a la tierra, sufrir la pasión y morir por nuestra felicidad terrena y eterna. Y que Él sólo nos pide nuestra correspondencia.

Aquí está el panorama de la salvación que nos corresponde a nosotros, los cristianos, desvelar a la generación actual.

Y esta tarea depende principalmente de los muchos jóvenes que ya han encontrado a Jesús y que pueden acercarse a sus amigos más fácilmente que los adultos. Ese apostolado hay que hacerlo, ante todo, con la oración, después con nuestras vidas, y finalmente con nuestra palabra.

El Opus Dei en Roma es también responsable de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz. ¿Puede decir algo sobre la especificidad de esta universidad?

La Universidad de la Santa Cruz es una de las más jóvenes universidades pontificias. Reconozco que yo la tengo especialmente en mi corazón, porque ha sido querida por san Josemaría, fundada por su sucesor, el beato Álvaro del Portillo, y seguida muy de cerca por mi predecesor, Mons. Javier Echevarría. Y, además, antes que Gran Canciller, yo mismo he sido profesor de Teología Fundamental allí durante bastantes años.

En su aún corto tiempo de vida, ha procurado trabajar bien, tiene unas publicaciones de buen nivel científico y procura dar una formación completa —doctrinal, desde luego, y también pastoral y espiritual— a sus alumnos.

Desea así servir a la Iglesia, a los obispos y superiores religiosos que envían alumnos; y cooperar con las otras Universidades Pontificias, algunas con siglos de vida, en la preparación de un clero y un laicado bien formado, con una doctrina teológica, jurídica, filosófica actualizada y, al mismo tiempo, fiel a la tradición de la Iglesia. No es poca ambición.
